

EL ATAQUE DEL MOLINO

I.



QUELLA hermosísima tarde se celebraba una gran fiesta en el molino del tío Merlier. Tres mesas colocadas en fila dentro del patio se hallaban ya dispuesta para los convidados. Toda la gente de la comarca sabía que la jóven Francisca, hija de Merlier, debía casarse aquel dia con Domingo, un muchacho á quien se acusaba de haraganería, pero que era mirado con muy buenos ojos por cuantas mujeres le conocian, y que en honor de la verdad, merecía ser considerado como un real mozo.

El molino del tío Merlier era de lo mas alegre que puede imaginarse. Hallábase situado en el centro de Rocreuse, y en el sitio en que la carretera forma un recodo. El pueblecillo no tiene más que una sola calle formada por una hilera de casuchas en cada uno de los bordes del camino; pero en dicho recodo había anchos prados y un sin fin de grandes árboles seguían el curso del Morelle, y daban al fondo del valle una magnífica sombra. No hay en toda la Lorena otro paraje más delicioso. A derecha é izquierda se ve un frondoso arbolado

arbolado que sigue las suaves ondulaciones de los montes y lleva el horizonte de un mar de verdor, en tanto que por la parte del Mediodía se extiende una llanura maravillosamente fértil que ostenta una infinidad de sembrados separados entre sí por setos vivos. Pero lo que constituye el principal encanto de Rocreuse, es el fresco ambiente que se respira en aquel delicioso sitio en los calurosos días de Julio y Agosto. El Morrelle baja de los montes de Gagny y parece traer consigo el frío del follaje, bajo el cual serpentea durante algunas horas, los ruidos murmuradores y la pacífica y helada sombra de los bosques. Y no es este el único frescor que allí se siente: una multitud de arroyuelos se deslizan en todas direcciones, y al seguir los estrechos senderos de los boques, cree uno caminar sobre lagos subterráneos que, rompiendo el musgo y escapándose hasta por las más pequeñas hendiduras, al pié de los árboles situados entre las rocas, se reúnen formando cristalinamente fuentes. Los murmuradores ecos de aquellos arroyuelos se reproducen y vibran de tal modo que apagan el canto de los pájaros que por allí revolotean. Cualquiera creería hallarse en un parque encantado lleno de cascadas, cuyas aguas se precipitan por todas partes.

En la parte inferior, las praderas se hallan completamente humedecidas, varios gigantes castaños proyectan su negra sombra de trecho en trecho. En las lindes de los prados, largos parapetos de sauces forman prolongadas líneas de preciosos follajes. Dos avenidas de enormes plátanos suben á través del campo hasta llegar al antiguo castillo de Gagny, hoy completamente arruinado. En aquella tierra siempre regada, crece la hierba de un modo extraordinario, y forma una especie de parterre entre los dos ribazos llenos de arbolado; pero un parterre natural, cuyo césped son las praderas, y cuyos árboles gigantes representan colosales canastillos de flores. En la mitad del día, cuando los rayos del sol caen á plomo, las sombras adquieren un tinte azulado, las abrasadas y rojizas hierbas duermen en aquellas horas de calor y al mismo tiempo un frío de hielo reina bajo el espeso follaje.

Allí, en los linderos de los prados, el molino del tío Merlier alegraba con su *tic-tac* aquellos verdosos campos. La

fábrica formada de enyesado y de tablazon parecía tan vieja como el mundo. La mitad de ella se hallaba bañada por el Morelle, que forma en aquel paraje una brillante cascada. No había sido necesario construir una presa, porque la caída natural del agua se precipitaba desde unos cuantos metros de altura sobre la rueda del molino, que rechinaba girando incesantemente, con la tos asmática de una fiel sirvienta envejecida en la casa. Cuando algún vecino aconsejaba al tío Merlier que la cambiase, él movía la cabeza diciendo que una rueda nueva sería más perezosa y no sabría tan bien su obligación; y componía la antigua con todos cuantos elementos hallaba á la mano, duelas de toneles viejos, herraje tomado de orin, zinc y plomo. La rueda parecía mostrarse satisfecha con estas composturas y ostentaba su estrambótico perfil cubierto de hierbas y de musgo. Cuando el agua la sacudía con su caudal de plata, cubríase de perlas, y su extraño esqueleto se pavoneaba al pasar una y otra vez bajo aquellos brillantes collares de nácar.

La parte del molino que peneiraba en el Morelle, tenía el aspecto de un arco salvaje á medio concluir. La mitad de aquel rústico edificio se hallaba construido sobre gruesas estacas. El agua entraba por debajo del piso, y había en aquel sitio ciertos agujeros muy conocidos en el país por las anguillas y los enormes cangrejos que en ellos se cogían. Al pié de la cascada, el estanque aparecía limpio y brillante como un espejo, y cuando la rueda no la turbaba con su abundante espuma, veíanse una infinidad de grandes peces que nadaban con extraordinaria lentitud. Una escalera hecha pedazos bajaba hasta el río, cerca de una estaca, á la cual se hallaba sujeta una barquilla. Una galería de madera pasaba por la parte superior de la rueda. Veíanse por todas partes una porción de ventanucos abiertos del modo más irregular que puede imaginarse. Todo aquello constituía una mescolanza de rincones, pequeñas tapias, construcciones añadidas con un lamentable desacierto, y vigas y cobertizos que daban al molino todo el aspecto de una antigua y desmantelada ciudadela. Pero la yedra crecía en abundancia, toda clase de plantas trepadoras ocultaban las grietas demasiado grandes, cubriendo con su

verde manto aquella vieja y destartalada vivienda, y todas cuantas señoritas pasaban por allí dibujaban en sus álbums el molino del tío Merlier.

Por la parte situada al borde del camino, la casa tenía alguna mayor solidez. Una portada de piedra daba acceso al patio principal y á la derecha y á la izquierda de éste había varias cuadras y tinglados. Al lado de un pozo un olmo inmenso cubría con su sombra la mitad del patio. En el fondo, la casa presentaba perfectamente alineadas las cuatro ventanas de su primer piso, coronado por un inmenso palomar. La única vanidad del tío Merlier consistía en hacer revocar de diez en diez años aquella fachada. Esta operacion se había llevado á cabo hacía muy poco tiempo, y la casa deslumbraba á las gentes de aquellos contornos cuando aparecía iluminada por los rayos del sol.

Hacía ya veinte años que el tío Merlier era alcalde de Rocreuse. Todos le estimaban porque había sabido labrarse su fortuna. Sus convecinos le atribuían un capital de 80.000 francos, reunidos ochavo sobre ochavo. Al casarse con Magdalena Guillard, que le traía en dote el molino de que acabamos de hablar; él no contaba, como suele decirse, más que con sus dos brazos. Pero Magdalena no tuvo nunca porqué arrepentirse de su eleccion, en vista de la desenvoltura con que él manejaba los negocios de la casa. Al morir su mujer, quedóse el tío Merlier sin más compañía que la de su hija Francisca. Indudablemente, él hubiera podido llevar una vida descansada y dejar que la rueda del molino durmiese en el musgo; pero esto le hubiera procurado una existencia sumamente aburrida, y la casa hubiera sido para él una especie de cementerio. Continuó trabajando sin más objeto que el de distraerse. El tío Merlier era un viejo serio y callado, y no se le veía reír nunca, efecto sin duda de que toda su alegría le retozaba por dentro. Los vecinos de Rocreuse le habían elegido alcalde únicamente porque era hombre de dinero y por el aire magistoso que sabía adoptar cuando se hallaba en el ejercicio de sus funciones municipales.

Francisca Merlier acababa de cumplir diez y ocho años. No pasaba por una de las muchachas más guapas del pueblo por

que era chiquitillá y su salud dejaba bastante que desear. Hasta la edad de quince años había sido bastante fea. Nadie podía comprender en Rocreuse que la hija del padre y de la madre Merlier, ambos tan guapetones, creciese tan poco y de tan mala manera. Pero á los quince años, aunque siempre delicada, su pequeño rostro comenzó á embellecerse de un modo extraordinario. Sus cabellos eran negros, sus ojos negros y su tez admirablemente sonrosada; su boca dibujaba una eterna sonrisa, sus mejillas ostentaban dos graciosísimos hoyuelos, y en su serena y despejada frente parecía brillar una celeste aureola. Aunque de débil complexión, sobre todo tratándose de una mujer del campo, no era, sin embargo, demasiado delgada; lo único que podía decirse de ella, es que no hubiera sido capaz de levantar en alto un saco de trigo; pero iba engruesando poco á poco, y á juzgar por este favorable síntoma, no debía tardar mucho en ponerse regordeta y apetitosa como una codorniz. El continuado silencio de su padre la había hecho ser razonable desde muy niña, y si se reía continuamente, era por mostrarse agradable con todo el mundo; pero en el fondo, la muchacha era extraordinariamente seria.

Como es natural, todos los mozos de aquellos contornos la cortejaban más bien por sus escudos que por su belleza. Ella había acabado por hacer una elección que produjo una especie de escándalo en toda la comarca. Al otro lado del Morelle vivía un moceton llamado Domingo Penguer. No era de Rocrense. Había venido de Bélgica diez años ántes con objeto de recojer la herencia de un tío suyo, que poseía unas pequeñas tierras en la falda del monte Gagny, enfrente del molino y separado de éste por una corta distancia. Venía, según él mismo contaba, para vender aquellas tierras y volverse á su casa. Pero, por lo visto, hubo de gustarle el país y decidió quedarse en él. Dedicóse á cultivar su pequeña propiedad y á cosechar algunas legumbres de las cuales vivía. Dedicábase á la pesca y á la caza; los guardas le sorprendieron en más de una ocasión y le formaron su correspondiente sumario. Esta vida independiente, cuyas ventajas no se explicaban los labriegos de un modo satisfactorio, acabaron

por hacerle cobrar muy mala fama, y todo el mundo le tenía por un cazador furtivo. De todos modos, era un verdadero holgazan, porque se le encontraba frecuentemente dormido sobre la hierba y á unas horas en que debía hallarse dedicado al trabajo. El casucho que habitaba, situado á la sombra de los últimos árboles del bosque, no parecía tampoco la morada de un muchacho como Dios manda. Las viejas murmuradoras le consideraban como una especie de mónstruo del averno, capaz de cometer todo género de fechorias. Las muchachas, sin embargo, solían de cuando en cuando salir á su defensa, porque en honor de la verdad, él era un guapo mozo, un hombre misterioso, alto y flexible como un álamo, extraordinariamente blanco, y con una barba y unos cabellos rubios que parecían hilos de oro iluminados por el sol. Una hermosa mañana, Francisca confesó al tío Merlier que amaba á Domingo y que estaba decidida á no casarse con ningun otro jóven.

El tío Merlier recibió esta noticia como quien recibe un garrotazo, pero, siguiendo su costumbre, no pronunció una sola palabra. Su rostro reflejó una viva contrariedad, y su alegría interior dejó de brillar en sus animados ojos. El padre y la hija estuvieron reñidos durante una semana, porque tambien Francisca era sumamente grave. Lo que atormentaba al tío Merlier era el deseo de averiguar cómo se las había arreglado aquel miserable cazador furtivo para llegar á seducir á su hija. Domingo no había entrado una sola vez en el molino. El molinero se puso al acecho, y divisó al galán, al otro lado del Morelle, tendido sobre la yerba y haciendo como que se entregaba al sueño. Francisca podía verle desde su habitacion; no cabía duda alguna: habían llegado á amarse dirigiéndose tiernas miradas por encima de la rueda del molino.

Así transcurrieron otros ocho dias más. Francisca estaba cada vez mucho mas seria. El tío Merlier continuaba sin despegar sus labios. Una noche, sin decir una sola palabra, él mismo hizo entrar en su casa al enamorado Domingo. Francisca se hallaba en aquel momento poniendo la mesa. Pareció no estrañar el suceso, y se contentó con poner un cubierto

más; pero los hoyuelos de sus mejillas aparecieron nuevamente, y su simpática sonrisa volvió á dibujarse en sus sonrosados labios. Parece ser que el tío Merlier fué en busca de Domingo aquella mañana, y le encontró en la mezquina casucha que habitaba. Los dos hombres hablaron allí durante tres horas, despues de cerrar cuidadosamente las puertas y las ventanas. Nadie llegó á saber nunca nada de lo que uno y otro se dijeron. Lo único que pudo asegurarse es que, al abandonar aquella pobre vivienda, el tío Merlier trataba ya á Domingo como si fuese hijo suyo. Era indudable que el anciano había visto un mozo trabajador y juicioso en aquel holgazan que se tendía sobre la hierba para conquistar á las muchachas.

Todo esto hizo que las gentes charlasen por los codos. Las mujeres, de unas puertas á otras, hacían mil comentarios sobre la locura del tío Merlier, que consentia la entrada en su casa á aquel grandísimo bergante; pero él no hizo caso de semejants parlanchinerías, acordándose sin duda de su propio casamiento. Él tampoco poseía un ochavo cuando cargó con Magdalena y con su molino, y esto no le impidió ser un excelente marido. Además, Domingo cortó por lo sano aquellas habladurías, poniéndose á trabajar con un afan tan extraordinario, que no pudo por ménos de sorprender grandemente á sus convencinos. Precisamente en aquella época cayó soldado el mozo encargado de la molienda y Domingo no quiso consentir de ningun modo que se tomase otro en su reemplazo. Él llevó los sacos, condujo la carreta, sostuvo verdaderas peleas con la antigua y desvencijada rueda, siempre que ésta se negaba á continuar prestando sus servicios, y todo esto con un zelo y una actividad tan grandes que, las gentes se complacian en ir á verle trabajar. El tío Merlier había vuelto á recobrar su silenciosa sonrisa. El haber llegado á adivinar las excelentes condiciones de aquel muchacho le llenaba de satisfaccion y orgullo, y no hay, por otra parte, nada que dé tanto ánimo á la gente jóven como el amor.

En medio de aquella ímproba tarea, Francisca y Domingo se adoraban cada vez más. Hablábanse muy poco, pero se

miraban con una suavísima dulzura. El tío Merlier no había dicho aún una sola palabra relativa á la proyectada boda, y las novios respetaban aquel silencio y aguardaban resignadamente la decision del anciano. Por fin un dia, á mediados de Julio, hizo colocar tres mesas en el patio, al pié del corpulento olmo, é invitó á todos sus amigos de Rocreuse á que fuesen aquella tarde á echar un trago con él. Cuando el patio estuvo lleno de gente y cada cual se apoderó de su correspondiente vaso, el tío Merlier levantó el suyo todo cuanto le fué posible, y dijo:

—Os he reunido aquí para tener el gusto de anunciaros que Francisca se casará con ese picaronazo el dia de San Luis.

Entónces se comenzó á beber de lo lindo. Todo el mundo parecía loco de contento. El tío Merlier, alzando la voz, añadió:

—Domingo, dá un abrazo á tu prometida. Esa es la costumbre en estos casos.

Ellos se abrazaron y se ruborizaron extraordinariamente, lo cual aumentó la alegría y las risotadas de los convidados. Aquello fué una verdadera fiesta. Desocupóse un pequeño tonel. Luégo, cuando ya no quedaron más que los amigos íntimos, comenzóse á hablar con alguna formalidad. Se había hecho ya completamente de noche y el cielo estaba tachonado de brillantes estrellas. Domingo y Francisca, sentados juntos en un banco, no decian una palabra. Un anciano labrador hablaba de la guerra que el emperador acababa de declarar á Prusia. Todos los mozos del pueblo se habían puesto ya en camino. El dia anterior había vuelto á pasar por allí mucha más tropa. La sarracina iba á ser espantosa.

—¡Bah! dijo el tío Merlier con todo el egoismo de un hombre feliz, Domingo es extranjero, y por consiguiente no tendrá que marcharse... Si los prusianos nos hacen alguna visita, él se encargará de defender á su mujer.

La idea de que los prusianos pudieran acercarse por aquellos contornos produjo el efecto de una graciosa chanzoneta. En el caso de que esto sucediese, se les daría una soberana paliza, y la funcion quedaba terminada en un abrir y cerrar de ojos.

—Ya los he visto yo ; ya los he visto yo , repitió con voz sorda el anciano labriego.

Hubo un momento de silencio. Luégo se llenaron los vasos, y todos volvieron á brindar. Francisca y Domingo no habían oído nada ; tenían las manos suavemente enlazadas por detrás del banco, sin que nadie pudiera notarlo, y este dulce contacto les embargaba de tal modo, que continuaban inmóviles, y sus miradas parecían perderse en la sombra.

¡Qué noche tan agradable y magnífica! El pueblo dormía á uno y otro lado de la carretera con la tranquilidad de un niño. Ya sólo se oía de cuando en cuando, y á lo léjos, el canto de alguno que otro gallo que se había despertado más pronto que de costumbre. De los grandes bosques cercanos llegaban grandes bocanadas de aire que pasaban sobre los tejados como si quisieran acariciarlos. Los prados, con sus negras sombras, adquirían una misteriosa y tranquila magestad, y el suave murmullo de los arroyos y riachuelos que saltaban en la sombra, parecía ser la respiracion fresca y cadenciosa de la adormecida campiña. En ciertos momentos, la destartalada rueda del molino, que tambien se hallaba entregada al sueño, parecía luchar con alguna pesadilla como esos perros guardianes que ladran al mismo tiempo que roncan; la famosa rueda rechinaba sobre sus goznes como si hablase consigo misma, arrullada por la cascada del Morelle, que producía una nota musical perfectamente sostenida y semejante á la del cañon de un órgano. En aquel afortunado rincón de la Francia reinaba una paz y una tranquilidad que difícilmente hubiera podido hallarse en ninguna otra parte.

II.

Un mes despues, y precisamente la víspera del dia de San Luis, el pueblo de Rocreuse era preso de un verdadero terror. Los prusianos habían derrotado al emperador, y se dirigían á marchas forzadas hácia aquel tranquilo lugarejo. Hacía ya una semana que las gentes que transitaban por la carretera

anunciaban las posiciones ocupadas por los prusianos: «Ya están en Lormiere, ya están en Novelles;» y al oír que se acercaba con tan extraordinaria rapidez, los vecinos de Ro-creuse creían que al despertarse una mañana los verían bajar por los montes de Gagny. Pero no sucedía así, y esto aumentaba más y más su espanto, porque comenzaban á temer que cayesen sobre el pueblo durante la noche, y pasasen á cuchillo á todo el mundo.

En la madrugada del día anterior se produjo ya una gran alarma. Todos los vecinos se despertaron al oír un gran ruido de pisadas en la carretera. Las mujeres comenzaban ya á ponerse de rodillas y á santiguarse, pero al abrir con muchísima precaución las ventanas de las casas, vieron que los hombres que iban de camino llevaban pantalones encarnados, y esto hizo renacer la tranquilidad. Era un destacamento frances. El capitán hizo llamar al alcalde del pueblo, y se quedó en el molino después de conferenciar un rato con el tío Merlier.

La salida del sol fué aquel día más alegre que nunca, y presagiaba desde luego un riguroso calor. Una débil claridad comenzaba á iluminar los montes y al pié de su falda, por encima de las praderas, flotaban blanquecinos vapores. El pueblo, aseado y hermoso, se despertaba en medio de un agradable frescor, y el campo con su cristalino río y sus juguetones arroyuelos, reunía todos los primeros de un magnífico ramillete. Pero aquella hermosa mañana no llenaba de alegría el corazón de nadie. Todos acababan de ver al capitán dando vueltas en torno del molino, reconociendo las casas inmediatas, atravesando el Morelle, y escudriñando el país con ayuda de unos grandes gemelos; el tío Merlier, que le acompañaba, parecía darle una infinidad de explicaciones. Luego, el capitán situó algunos soldados detrás de las tapias, detrás de los árboles y en una porción de casuchas aisladas. El grueso del destacamento quedó acampado en el patio del molino. ¿Iban á librar allí alguna batalla? Cuando el tío Merlier regresó al pueblo, todo el mundo le dirigió mil preguntas. Él movió lentamente la cabeza, pero no despegó sus labios. Sí, iba á librarse una batalla.

Francisca y Domingo permanecían en el patio y no apar-

taba la vista del atributado anciano. Este acabó por quitarse la pipa de la boca, y exclamó:

—¡Ah! hijos míos, creo que no podré casaros mañana!

Domingo, apretando los labios y con la frente plegada por la cólera, erguía de cuando en cuando la cabeza y fijaba atentamente la vista en los montes de Gaguy, como si ardiese en deseos de ver llegar á los prusianos. Francisca, pálida como una muerta y completamente ensimismada, iba de un lado para otro entregando á los soldados todo cuanto podía serles necesario. Estos se ocupaban en preparar el rancho en un rincón del patio, y bromeaban unos con otros mientras llegaba el momento de ponerse á comer.

El capitán parecía hallarse sumamente satisfecho. Después de visitar las habitaciones y la sala principal del molino que daban al río, se sentó al lado del pozo y se puso á charlar con el tío Merlier.

—Amigo mío, este es una verdadera fortaleza, le decía. Nos resistiremos como Dios manda hasta que llegue la noche... Mucho tardan esos bandidos. Debían estar aquí hace ya tiempo.

El molinero continuaba sumamente grave. Parecíale ver arder su molino por todos cuatro costados, pero comprendiendo sin duda que el quejarse sería completamente inútil, sólo abrió la boca para decir:

—Deberíais mandar esconder la barquilla detrás de la rueda. Allí hay un hueco en el cual cabe perfectamente... Tal vez luego pueda sernos útil.

El capitán accedió gustosísimo á esta indicación. Este capitán era un hombre de marcial aspecto, elevada estatura y simpático rostro. Tendría próximamente unos cuarenta años. La presencia de Francisca y de Domingo parecía regocijarle, y se ocupaba de ellos como si hubiese olvidado la lucha que iba á entablarse dentro de algunos momentos. Seguía con la vista á Francisca, y la expresión de su rostro indicaba claramente que la muchacha era muy de su gusto. Luego, volviéndose hácia Domingo, le preguntó buscamente:

—¿Cómo es que no estais en el ejército, amigo mío?

—Porque soy extranjero, respondió el joven.

El capitán pareció no quedar muy satisfecho con esta respuesta. Guiñó un ojo y se sonrió ligeramente. La compañía de Francisca debía ser para aquel mozo mucho más agradable que la del cañon. Entónces, Domingo, viéndole sonreír, añadió :

—No sirvo en el ejército porque soy extranjero, pero á quinientos metros atravieso de un balazo una manzana... Mirad, ahí detrás de vuestro asiento teneis mi escopeta.

—Probablemente será preciso hacer uso de ella; contestó el capitán.

Francisca se acercó á ellos algo intranquila, y Domingo, sin hacer maldito el caso de la gente que había por allí, cogió y estrechó entre las suyas las dos manos que ella le tendía, como queriendo ponerse bajo su proteccion. El capitán comenzó á sonreírse nuevamente, pero no dijo una sola palabra más. Continuó sentado con la espada entre las piernas, y su incierta mirada reflejó una profunda meditacion.

Eran ya las diez. El calor comenzaba á dejarse sentir con demasiada intensidad. Un profundo silencio reinaba por todas partes. En el patio, á la sombra de los cobertizos, los soldados habían comenzado á comer la sopa. Ningun ruido se dejaba oír en el pueblo, cuyos habitantes habían llenado de barricadas todas las casas, puertas y ventanas. Un perro que se había quedado completamente sólo enmedio de la carretera, aullaba con espantosa monotonía. De los montes y las praderas cercanas, abrasados por el sol, salía una voz lejana y prolongada, producida por la reunion de inmensas bocanadas de aire. Luégo cantó un cuclillo. Despues, todo volvió á quedar en silencio.

De pronto, en aquella pesada atmósfera, resonó la detonacion de un arma de fuego. El capitán se levantó como movido por un resorte, y los soldados abandonaron sus platos de rancho, llenos todavía hasta la mitad. Algunos segundos despues, todos ocuparon sus respectivos puestos, y el molino quedó perfectamente dispuesto para la defensa. El capitán se dirigió á la carretera, y no vió absolutamente nada. Oyóse una nueva detonacion, y tampoco vió nada, ni siquiera una sombra. Pero al volver al molino, el oficial divisó á lo lejos,

por la parte de Gagny y entre dos árboles, una nubecilla de humo que flotaba en el espacio como un ligero copo de algodón. El monte continuaba desierto y tranquilo.

—Esos miserables se han ocultado en el bosque, murmuró. Sin duda saben que estamos aquí.

En aquel momento comenzó el fuego de fusilería, cada vez más nutrido, entre los soldados franceses, apostados en las inmediaciones del molino, y los prusianos ocultos detrás de los árboles. Las balas silvaban por encima del Morelle, sin causar pérdida alguna ni en uno ni en otro lado. Los disparos eran bastante irregulares, partían de diferentes matorrales, y sólo se veían pequeñas nubes de humo balanceadas suavemente por el viento. Esto continuó así cerca de dos horas. El oficial tarareaba con aire indiferente casi todo su repertorio musical. Francisca y Domingo, que se habían quedado en el patio, se ponían de puntillas y miraban por encima de una pequeña tapia. Fijábanse principalmente en un joven soldado apostado á la orilla del Morelle, detrás de la armazon de una lancha completamente inservible; estaba tendido boca abajo, observaba cuidadosamente, disparaba, llegábase arrastrando hasta el fondo de una zanja situada detrás de él, y volvía á cargar su fusil; sus movimientos eran tan picarescos, tan intencionados y tan lijeros, que no era posible verle sin dejar escapar una sonrisa. Él debió distinguir la cabeza de algun prusiano, porque se levantó vivamente y se echó el fusil á la cara; pero ántes de disparar, dió un grito, giró sobre sí mismo, y cayó rodando á la zanja, en donde sus piernas tuvieron un instante la convulsiva rigidez de las patas de un pollo en el momento de ser degollado. El joven soldado acaba de recibir un balazo en mitad del pecho. Era el primer muerto. Instintivamente, Francisca cogió la mano de Domingo y la estrechó con una especie de crispacion nerviosa.

—Retiraos, retiraos, dijo el capitan. Las balas llegan hasta aquí.

En efecto, acababa de oirse un golpe seco y apenas perceptible en el corpulento olmo, y el extremo de una de sus ramas cayó balanceándose en el aire. Pero los dos jóvenes permanecieron quietos y como petrificados por la ansiedad produci-

da por el espectáculo que se ofrecía á su vista. Hacia la entrada del bosque, un prusiano que se hallaba oculto detrás de un árbol, salió bruscamente como si apareciese por un bastidor, agitó los brazos en el aire y cayó de espaldas al suelo. Cesó todo movimiento, los dos muertos parecían dormir acostados al sol, y por ninguna parte de la abrasada campiña se veía alma viviente. Las detonaciones del fuego de fusilería cesaron también, y sólo pudo oírse el sonoro murmullo de las aguas del río.

El tío Merlier contempló al capitán con aire sorprendido, como preguntándole si el asunto podía darse por terminado.

—Ahora va á comenzar la gorda, murmuró éste. Andáos con mucho cuidado. No permanezcáis aquí.

No bien acabó de pronunciar estas palabras, oyóse una espantosa descarga. El olmo del patio se quedó como si lo acabasen de segar, y las hojas, formando una espesa lluvia, revolotearon por el aire. Afortunadamente, los prusianos habían apuntado demasiado alto. Domingo sacó de allí á Francisca casi arrastrando, y el tío Merlier corrió en pos de ella gritando:

—Escondéos en la cueva pequeña; ese es el mejor sitio que podeis escojer.

Pero ellos no le escucharon y penetraron en la sala grande, en la que una docena de soldados aguardaban silenciosamente con las ventanas cerradas y observando por las hendiduras que en ellas habían practicado. El capitán se había quedado sólo en el patio acurrucado detrás de una pequeña tapia, y entretanto continuaban oyéndose descargas cada vez más terribles. En el exterior, los soldados que él había apostado iban cediendo el terreno palmo á palmo. Así y todo, volvían á entrar uno por uno en el patio, saltando las tapias á medida que el enemigo los desalojaba de sus puestos. Su consigna era la de ir ganando tiempo y no quedarse al descubierto, con objeto de que los prusianos no pudiesen saber las fuerzas que tenían enfrente de sí. Trascurrió una hora más, y entonces llegó un sargento diciendo que sólo quedaban ya fuera del molino dos ó tres hombres. El oficial sacó su reló y murmuró:

—Dos horas y media... Nada, es preciso que resistamos durante cuatro horas.

Mandó cerrar la puerta principal del patio y se hicieron todos los preparativos necesarios para oponer una enérgica resistencia. Como los prusianos se hallaban al otro lado del Morelle, no era de temer que comenzasen enseguida el asalto. Había un puente á la distancia de unos dos kilómetros, pero ellos ignoraban tal vez esta circunstancia, y no era de esperar que intentasen pasar el río á nado. El oficial se limitó, pues, á mandar vigilar la carretera, creyendo que el enemigo dirigiría el grueso de sus tropas por la parte del campo.

El fuego de fusilería quedó nuevamente interrumpido. El molino parecía muerto bajo los ardientes rayos del sol. No se veía abierta ninguna ventana ni se oía en el interior el más ligero ruido. Los prusianos entretanto aparecían poco á poco por el bosque de Gagny, asomaban cautelosamente la cabeza y continuaban avanzando con todas las precauciones posibles. Los soldados escondidos en el molino apuntaban ya sus fusiles; pero el capitán les hizo bajar las armas diciéndoles :

—No, no, esperad.... dejadlos que se acerquen.

Los otros, obrando siempre con toda la posible prudencia, contemplaban el molino con extraordinaria desconfianza. Aquel caseron, triste y silencioso, con sus inmensas cortinas de yedra, les producía una justificada inquietud; pero sin embargo, continuaban avanzando. Cuando formaron ya en la pradera un peloton de unos cincuenta hombres, el oficial gritó :

—¡Fuego!

Dejósé oír una espantosa descarga seguida de algunas detonaciones aisladas. Francisca, convulsa y agitada, llevó maquinalmente las manos á los oídos. Domingo, detrás de los soldados, abrió desmesuradamente los ojos, y cuando el humo comenzó á disiparse, divisó tres prusianos tendidos boca arriba en mitad de la pradera. Los otros se habían ocultado detrás de los álamos y de los sauces. Entónces fué cuando verdaderamente comenzó el asalto.

El molino fué acribillado á balazos durante más de una hora. Las balas azotaban las antiguas paredes á modo de ter-

rible granizada, y cuando daban en las piedras botaban sobre ellas y caían en el Morelle produciendo una especie de chasquido. En el bosque se clavaban en los árboles produciendo un ruido sordo. A veces un estridente crujido anunciaba que la rueda acababa de ser maltratada. Los soldados, en la parte interior del edificio, economizaban sus municiones todo lo posible, y sólo disparaban cuando creían poder apuntar sobre seguro. Al ver que una bala, atravesando una de las ventanas; fué á clavarse en el techo, murmuró para sí:

—Son las cuatro. Va á ser imposible que logremos nuestro objeto.

En efecto, aquel terrible fuego de fusilería iba poco á poco destruyendo el antiguo molino. El postigo de una ventana cayó al agua, agujereado lo mismo que un encaje, y hubo que sustituirlo con un colchon. El tío Merlier corría á cada instante un verdadero peligro, sin más objeto que el de observar los desperfectos que sufría su pobre rueda, cuyos chasquidos le llegaban al alma. Ahora si que podía darla por inútil, ya era de todo punto imposible el poder componerla... Fué preciso que un soldado se apoderase de aquel hombre y lo llevase á empujones al interior de la sala. Domingo rogó á Francisca que se retirase, pero ella no quería apartarse de su lado, y tomó asiento detrás de un gran armario de roble que la servía de barricada. Sin embargo, una bala llegó á atravesar el armario, cuyos costados crugieron de un modo siniestro. Entónces, Domingo se colocó delante de Francisca. Él no había disparado aún ni un sólo tiro, aunque tenía su escopeta en la mano, porque no le era posible acercarse á las ventanas completamente ocupadas por los soldados. El piso de la sala se estremecía á cada descarga.

—¡Atencion! ¡atencion! gritó de pronto el capitan.

Acababa de ver salir del bosque una enorme masa oscura. Enseguida comenzó por pelotones un fuego formidable. Parecía que una tromba pasaba por encima del molino. Cayó al suelo otro postigo, y las balas penetraron por la ancha abertura de la ventana. Dos soldados dieron con su cuerpo en tierra. Uno de ellos no volvió á moverse, y le empujaron contra la pared para que no estorbase el paso á los demas; el

otro se retorció convulsivamente pidiendo á gritos que acabaran de matarle; pero nadie le escuchaba, las balas continuaban entrando en la sala, cada cual defendía su propia vida ocultándose todo lo posible, y procuraba hallar una tronera para contestar al fuego del enemigo. Otro soldado quedó mortalmente herido; éste no pronunció ni una sola palabra, y se acercó bamboleándose al borde de una mesa, con los ojos desencajados y la mirada vagarosa. Francisca, llena de horror al contemplar aquellos muertos, empujó maquinalmente su silla, y se sentó en el suelo arrimada á la pared, creyendo que de este modo corría mucho ménos peligro. Entre tanto, se habían buscado todos los colchones de la casa, y la mitad de la ventana quedó perfectamente cubierta. La sala iba llenándose de residuos de todas clases, de armas hechas pedazos y de muebles completamente desquiciados.

—Son las cinco, dijo el capitán. Resistamos todo lo posible... Es probable que traten ahora de pasar el río.

Entonces Francisca lanzó un grito terrible. Acababa de pasar una bala rozándole la frente, y corrían por su rostro algunas gotas de sangre. Domingo la miró, y enseguida, aproximándose á la ventana, se echó la escopeta al hombro y disparó por primera vez. Desde entonces ya no hizo otra cosa. Cargaba, y disparaba sin ocuparse de lo que pasaba á su alrededor; pero de cuando en cuando, dirigía una mirada á Francisca. No se daba, sin embargo, demasiada prisa; apuntaba con calma y con cuidado. Los prusianos, ocultándose detrás de los álamos, intentaban atravesar el Morelle, según había ya previsto el capitán, pero en cuanto alguno de ellos tomaba la iniciativa, caía herido en la cabeza por una bala de Domingo. El capitán, que observaba todo esto, estaba verdaderamente sorprendido, y felicitó al joven diciéndole que se daría por muy satisfecho si tuviese unos cuantos tiradores como él. Pero Domingo no le oía. Una bala le hirió en un hombro, y otra le produjo una contusión en un brazo, pero él, sin apercibirse de ello, continuaba disparando.

Hubo dos muertos más. Los colchones, completamente destrozados, no cubrían ya las ventanas. Parecía que á la

primera descarga iba á venirse abajo todo el molino. Defenderse por más tiempo era ya verdaderamente imposible. Sin embargo, el oficial repetía :

—Es preciso resistir... es preciso resistir siguiera media hora más.

En aquel momento sólo contaba los minutos. Había prometido á sus jefes contener allí al enemigo hasta el oscurecer y hubiera dado su vida por salir airosamente de su empresa. Conservaba su habitual serenidad y miraba sonriéndose á Francisca, como queriendo tranquilizarla. A todo esto, acababa de recoger el fusil de uno de los soldados muertos, y disparaba con el mismo acierto y con el mismo entusiasmo que Domingo.

Ya sólo quedaban en la sala cuatro soldadas. Los prusianos aparecían en confuso tropel por la orilla opuesta del Morelle, y se disponían á pasar el rio de un momento á otro. Transcurrieron algunos minutos más. El capitán, cada vez más obstinado, no quería dar á su gente la órden de retirarse, pero apareció un sargento y le dijo :

—Están ya en la carretera, y van á cortarnos la retirada.

Los prusianos, por lo visto, habían hallado el puente. El capitán sacó su reló.

—Resistamos cinco minutos más, exclamó. En tan poco tiempo no pueden llegar hasta aquí.

A la seis en punto decidió por fin que los hombres puestos á sus órdenes saliesen por una puerta falsa que daba á un estrecho callejoncillo. Una vez allí, echáronse todos á rodar por una cuesta, y llegaron sanos y salvos al bosque de Sauval. El capitán, ántes de abandonar su improvisada fortaleza, saludó atentamente al tío Merlier, lamentó la molestia que le había causado, y concluyó dirigiéndole estas palabras :

—Haced lo posible por entretenerlos.... Nosotros volveremos por aquí dentro de poco.

Domingo se había quedado sólo en la sala y continuaba disparando su escopeta sin oír ni comprender nada. Embargábale una sola idea: la de defender á Francisca, sacando todo el partido posible del arma que tan diestramente manejaba. Él no se fijó siquiera en que los soldados que había á su lado

acababan de marcharse. Apuntaba con todo despacio y cada tiro suyo significaba un hombre muerto. Oyóse de pronto un formidable estrépito. Los prusianos se aproximaron por la parte posterior del edificio y penetraron tumultuosamente en el patio. Él hizo un nuevo disparo, y ántes de llegar á retirar la escopeta del hombro, cayeron todos ellos sobre el incansable y experto tirador.

Diez hombres le sujetaron vigorosamente. Otros comenzaron á gritar en torno suyo y se mostraron dispuestos á matarle en el acto. Francisca se arrodilló en medio de ellos y juntó sus manos en ademán suplicante. En aquel momento entró un oficial é hizo que se le entregase el prisionero. Después de dirigir á los soldados algunas frases en alemán, volvióse hácia Domingo y le dijo secamente y en correcto francés:

—Vais á ser fusilado dentro de dos horas.

EMILIO ZOLA.

(La conclusion en el próximo número.)





CAMPAÑA CHINA

EN EL KHARASHAR.



ODAS las naciones tienen su época de glorias y grandes epopeyas, y lo que en Europa, en tiempos diferentes se ha producido, en China también se ha realizado, por más que en el aislamiento en que durante tantos siglos casi por completo ha vivido, haya ocasionado que los grandes hechos consumados en estas misteriosas regiones, pasen poco menos que desapercibidos para los pueblos del extremo Occidente. Emperadores ha tenido el Celeste imperio cuyo nombre es imperecedero, entre los cuales descuella como astro resplandeciente Chien-Lung, á quien la China debió la alta civilización y cultura de que indisputablemente gozó durante su reinado, no sólo por las relevantes dotes que adornaban á aquel monarca, sino por que á él se deben las grandes mejoras realizadas, de las que ya, por desgracia, no queda más que el recuerdo y las ruinas que atestiguan su poder y desvelo por el bienestar de sus pueblos.

Durante su glorioso reinado, fué, como casi todo lo realizado en la China, cuando los dos inmensos territorios que se extienden al Norte y Sud del Tienshan, entraron á

formar definitivamente parte del Imperio del Medio, conquistados por las fuerzas y la iniciativa de Chien-Lung; territorios que la geografía europea designa con diferentes nombres; pero que la nomenclatura china sólo señala con sus signos siendo la significacion de éstos, como sigue, á saber:

T'ien-ShanPelú, ó sea los territorios situados al Norte de las montañas del Cielo y

T'ien Shan Nanlú, ó aquellos al Sud de las mismas montañas, y cuyos nombres son evidentemente preferibles y muchos más claros á toda otra apelacion.

Con rumbo de Este á Oeste en el territorio Norte, se encuentran situadas las ciudades de Urumtsi, Manas, Kurkara-usú, Hi ó Kulja, y un poco más distante, Tagabatai ó Tchugutchaek.

En el territorio Sud é igualmente en direccion de Este á Oeste, existen Hami, Turfan, Kharashar', Kurlé, Kuché, Aksu, Ush, Yarkand, Kashgar, y al Sudoeste Khotan, ciudades que son las principales y se encuentran cerca de las montañas de donde se saca la piedra Jade tan apreciada por los chinos.

Sus habitantes son en parte musulmanes de las tribus de Ereuz, Hoshot-Mongoles y Kirghis de las de los Burnts, ó en chino Pulut-ê, con los cuales hay, ó mejor dicho, había guarniciones de soldados chinos y manchús, como tambien establecimientos de gentes pertenecientes á estas razas. Divídense los mahometanos, en Duganos que hablan el chino, y á quienes se les puede designar como musulmanes chinos, y en Turkis, naturales del territorio Sud, que poseen un dialecto derivado del turco. Existían ademas de estas diferentes gentes, numerosos colonos Kokandeses que residian en el territorio del Sud, si bien estos sólo inmigraron recientemente siguiendo al difunto Kakub-Kaun, cuya sublevacion y derrota por el ejército chino, con otros pormenores referentes á tan desconocidos países tenemos la pretension de querer relatar.

Verificada, la conquista definitiva de estos territorios, el gobierno supremo de ambas regiones, se hallaba en manos de generales manchús que á su albedrío mandaban en Pelú y

Nanlú, con residencia en Iti ó en Kuldja, al Sud, así como en Kashgar y Yaskand cuyas ciudades fueron las principales residencias de los altos funcionarios del gobierno de la China.

En el reinado del emperador Tao-Kuang, fué cuando por primera vez levantó la cabeza en aquellas regiones una poderosa insurreccion, á cuyo frente se puso Jchangir, llamado por los chinos *Chan-kor*, el cual fué preso y decapitado despues de sangrientos combates y de largos años de una lucha sin cuartel, de la cual y como prueba de la importancia que los chinos atribuían á la victoria alcanzada y del interes que tenían por conservar aquellos territorios bajo su dominacion, existen aún multitud de grabados alusivos á aquella campaña y en los que se pondera muy alta la gloria alcanzada por los ejércitos del imperio.

La tranquilidad que despues se disfrutó por aquellas lejanas regiones fué poco ménos que completa, hasta que por el año de 1860, y cuando el prestigio de la dinastía manchú se hallaba grandemente comprometida por la rebelion de los Taipings en el Sur del imperio, así como por las derrotas infringidas á sus ejércitos por las fuerzas aliadas de Inglaterra y de Francia, la rebelion volvió á reproducirse en todo el extremo Occidente chino, con gran fuerza y carácter por demas feroz y sanguinario. Todas las ciudades ya mencionadas volvieron á poder de los rebeldes, pasadas al filo de la espada, casi por completo, las guarniciones manchús y chinas, degollados todos los colonos, con muy raras excepciones, y pronto tomando ademas la lucha un carácter religioso que encontró eco en las mismas provincias chinas, extendiéndose el movimiento musulman por las de Kansú y Shensi que eran apropiado para el caso por su proximidad al teatro de estos sucesos.

La lucha llegó á tomar un carácter tan general, que nueve años despues, allá, hácia 1869, los rebeldes fueron tan numerosos y en accion tan decidida, que consiguieron, por último, hasta atravesar el Huangho y hacer excursiones en la provincia misma del Shensi, cometiendo los mayores horrores; pero no encontrando suficiente eco, en esta provincia, tuvieron que retroceder al punto de partida, y abandonar el

territorio en el que tantas crueldades habían cometido. Al propio tiempo, las cosas tomaban tal carácter más hacia el Oeste, que bien se pudo creer que la dominación china concluiría para siempre.

Entre tanto, atentos los rusos en aprovecharse de cuantas ocasiones se les presentan para engrandecer su poder, en la época de desorden y confusión que siguió al comienzo de la rebelión, pretestando el interés de su comercio en aquellas regiones fronterizas á sus estados, y pretestando la seguridad de los consulados rusos establecidos en Tarbágatai y Hi, ocuparon ambos territorios, y aunque sus tropas avanzaron hasta Urumtsi, lo abandonaron después voluntariamente, siendo Tarbágatai reocupado por los chinos, mientras que Urumtsi y Manas caían al propio tiempo en poder de los musulmanes, que hablan el chino (los duganos), conservando los rusos únicamente la ciudad conocida bajo el nombre de vieja Kuldja, así como parte del territorio de Hi, que aún ocupan, y será quizás pretexto, en tiempo no lejano, de complicaciones en esas fronteras.

Mientras estos hechos tenían lugar, un aventurero kokandés, llamado Jakub Bey, al servicio ántes del Khan de Tiensham, se sublevaba y fundaba al Sud de aquellas montañas un nuevo Estado, que por ser su capital Kashgar, tomó el nombre de Kashgaria, si bien en un principio Jakub Bey se dió á sí propio el título de *Attalik Ghargi*, que significa, según creemos, jefe de los creyentes; pero esto, no obstante, sólo fué conocido después generalmente bajo el nombre de Jakub, Khan de Kashgar.

Así las cosas, y quizás por lo mismo que los rusos no sólo se negaban á reconocer oficialmente la soberanía de Jakub Khan ni querían siquiera entrar con él en relaciones semi-oficiales, los ingleses, por su parte, con ese espíritu de intriga de que tanto han usado y abusado en Asia, ni un momento vacilaron en cometer por segunda vez la misma absurda equivocación en que incurrieron algunos años atrás en el Yunnan, cuando insurgentes, también musulmanes, fundaron allí el estado independiente que se llamó Reino de Panthays, y á donde enviaron misiones oficiales; pero con tan poco tino é

informaciones tan erróneas, que mientras el hijo del rey de Panthays se hallaba en Lóndres con una misión diplomática, era recibido y festejado hasta por la reina misma; el Yunnan volvía á ser reconquistado por los chinos (1873), y el llamado Reino de Panthays desaparecía para siempre de la superficie de la tierra.

Y puesto que el nombre de Yunnan ha caído bajo nuestra pluma, difícil nos es resistir, aunque sea haciendo un paréntesis, á la tentación de referirnos á los trágicos sucesos que allí se verificaron en 1875, y que dieron por resultado el asesinato del desgraciado Mr. Margary, intérprete de la legación inglesa, enviado á aquellos parajes con una misión de su gobierno. La circunstancia de haber sido aquel distrito presa también de grandes insurrecciones musulmanas, casi nos autoriza á apartarnos un poco del camino que venimos prosiguiendo desde el principio de este mal pergeñado estudio, y á entrar en algunos detalles que han de hacer comprender mejor, al ménos así lo esperamos, el curiosísimo carácter de esas regiones. La provincia del Yunnan, pues, que recientes exploraciones, y muy particularmente la que fué enviada por los ingleses para investigar sobre el asesinato de aquel desgraciado funcionario, resulta ser como Marco Polo decía en el capítulo V de su libro segundo, «un país de salvaje y penoso acceso, cubierto de grandes bosques y enormes montañas que son difíciles de atravesar, y en ellas el aire es tan impuro y mal sano, que probablemente ocasionaría la muerte de todo extranjero que intentase cruzarlo.» Sus principales ciudades son Yunnan-Fu y Tali, teniendo esta provincia fácil acceso al mar por el río Colorado ó Sung-Ka, que fué sin duda lo que indujo á los ingleses á enviar misiones al flamante rey de Panthay, y después la otra de exploración comercial, que costó, no sólo la vida al intérprete Margary, cometiéndose sobre su cuerpo mutilaciones horribles, hasta adornar su cabeza, según se asegura, una de las puertas de T'eng-Yueh. De lo que de las últimas relaciones de viaje publicadas por los ingleses se desprende (1), la denominación de Panthay ha sido tan adop-

(1) Report by Mr. Barber on the route followed by Mr. Governor's mission. Documentos parlamentarios. Lóndres, 1878.

tada por los rebeldes musulmanes del Yunnan, que casi es de temer que toda otra apelacion haya desaparecido, máxime cuando hoy los mismos imperiales así les llaman, agregándoles la palabra *kui-hui*, que en chino significa mahometano.

Son estos de la misma raza que sus compatriotas, pertenecientes al culto de Confucio y de Buda, y es muy dudoso si sus creencias mahometanas van más allá del horror que les inspira la carne de puerco. No practican la circuncision, ignoran por completo el lenguaje del Islam, no se vuelven hácia la Meca para sus oraciones, ni poseen aquel espíritu de propaganda que los verdaderos musulmanes imponían por las armas y la conquista bajo la bandera blanca del Profeta, siendo, en una palabra, inferiores en este concepto á los valerosos rebeldes de la Kashgaria.

La actitud de las autoridades chinas, sino justifica las atrocidades cometidas por los insurrectos, al ménos las explica, máxime cuando aquella demuestra, una vez más, hasta qué punto llegaron las extorsiones y abusos que allí han cometido y pagado con sus vidas.

Ocurrió, poco ántes de que la mision inglesa llegase á Yunnan-Fu, segun la relacion que tenemos á la vista, un levantamiento al Norte de la provincia, ocasionado por los abusos ejecutados por el prefecto. Los insurrectos no cometieron ningun hecho, asumiendo únicamente la actitud de protesta. El movimiento fué reprimido con rapidez maravillosa, y habiendo la mision encontrado al jefe que mandó las fuerzas militares y felicitádole por el rápido éxito que su pacificacion había tenido, contestó diciendo: «Sí, era gente inofensiva, y tenían razon. Sólo tuve que matar algunos cuantos y se concluyó el negocio;» frase por demas característica, y que explica mejor que los mayores argumentos la razon de las contínuas sublevaciones que atormentan al imperio del Medio!

Pero volviendo á nuestra interrumpida narracion, despues de esta anécdota tan expresiva, los ingleses, no obstante las consecuencias que produjeron sus relaciones oficiales de corto tiempo con el rey de Panthay, y la triste experiencia que de ellas se deducía, en vez de seguir la conducta cuerda de los

rusos, enviaron misiones oficiales al Kan de Kashgaria, celebra tratados con él, y por último, mandaron á su corte á Sir Douglas Forsyth, que allí estuvo poco ántes de que ocurriera la muerte del Khan de nuevo cuño. La única excusa que puede encontrarse para explicar tan desatentada como imprudente conducta del gobierno inglés ó de sus agentes con las fronteras de la Indo-China, es que durante varios años todo el mundo creía como cosa fuera de toda duda, que los chinos no tratarían de reconquistar los distritos del Tiensham, y si alguien se pronunciaba en contra de esta creencia, de seguro era tenido inmediatamente por visionario; pero en este caso, los acontecimientos han probado, como sucede á menudo, que la mayoría se equivocaba y que la opinion de los ménos era la que prevalecía, confirmando así los pronósticos del célebre viajero Baron Ritchofen, que él fué el primero en vaticinarlos.

Hemos visto ya que los rebeldes atravesaron el Huangho y entraron en la provincia del Shensi talando todo por donde pasaban; en ese momento es cuando se puede decir que la rebelion llegó á su apogeo, porque desde que se vieron obligados á repasar el rio Amarillo empezó á disminuir el torrente, sin que desde ese instante, volviese á crecer la corriente en sentido favorable al movimiento.

Ya en 1870 el gran secretario Li Hong-Chang, virey de la provincia de Chih-li debió ir á combatirlos; pero cuando se hallaba en camino, ocurrieron las matanzas de Tient-sin, que costaron la vida del cónsul de Francia y á varios europeos, hermanas de la Caridad y sacerdotes á pretesto de que estos últimos robaban á los chicos para hacer medicinas con sus corazones, que les extraian despues de matarlos en los establecimientos de beneficencia, donde recogian el sin número de criaturas que diariamente los chinos abandonan en las calles, y tuvo que regresar por órden del gobierno imperial y asumir de nuevo el mando de su provincia. Sin este acontecimiento fortuito, parte de los laureles cosechados en la reconquista del territorio sublevado, á él le hubiera correspondido, miéntras que ahora, tal como están las cosas, todo el crédito que resulta de las operaciones generales de la campaña, recae

en el gobernador general de las provincias del Shensi y del Kuansu, Tso-tsung-tang y al joven general Lui-ching-tang especialmente.

Pero sea de esto lo que quiera, es un hecho que los chinos volvieron, aunque lentamente, á reconquistar el terreno perdido en Shensi y Kuansu, pero tan despacio, que sólo en 1873 fué cuando los rebeldes perdieron definitivamente la ciudad de Suh-Chou, último baluarte que tenían á este lado del río Amarillo y cuya sensible pérdida les fué ocasionada bajo el mando personal del mismo Tso-tsung-tang ya mencionado.

Así fué que, perdida Suh-Chou en el mes de Octubre de aquel año, todo el país desde la puerta del Chiayu-Kuang al extremo Este del Kangsu hasta cerca de las montañas del Cielo, cayó en poder de los chinos y muy especialmente las ciudades de Hami, Pidjan, Baskul y Gutchen, por más que el país quedára infestado de partidas rebeldes que ocasionaban grandes fatigas á las tropas imperiales. Entre tanto, allá, hácia el Noroeste, Tarbagatai y Kurkuru-ussu, hasta cerca de Manas continuaban perteneciendo á los Duganos.

Entonces Hí fué, como sigue siéndolo hoy, ocupada por los rusos, mientras que Urumtsi y Menas al *Norte*, así como Turfan al Sud de las montañas, continuaban ocupadas por los duganos, aliados de Jakub Khan, quien siguió poseyendo á Karashar, Kuzlí, Kutchí, Aksu, Ush, Yarkand, Kashgar y Khoton cuyas ciudades todas componían sus estados.

Era entre los duganos donde se encontraba aún el más formidable enemigo de los chinos, el esclarecido y enérgico Pai-yen-hu, musulman, chino de nacion, oriundo de la provincia de Shensi, y que había logrado fugarse cuando la toma de Suh Chou por las tropas de Tso-tsung-tang, y reunir en torno suyo las derrotadas fuerzas que habían escapado del furor de los imperiales.

Por esa época, fué también cuando los que opinaban porque el gobierno chino no abrigaba la firme intención de reconquistar los territorios del Pisnahan, creyeron que sus erróneos pronósticos se iban á realizar, fundando esta creencia en que el ejército desde 1874 á 1875 nada adelantó, ni aún siquiera á principios de 1876 daba señales de quererlo hacer, circuns-

tancias todas que los confirmaron en la creencia de que se contentarían con conservar los puntos recién conquistados.

Estas esperanzas jamás resultaron realizadas, puesto que por los resultados últimamente obtenidos y por lo que ya no se ignora, se desprende que aquella inacción, no era sino aparente, y que sólo tenía por objeto preparar los medios necesarios para proseguir la campaña de una manera rápida y definitiva.

Ocuparon esta inmovilidad en construir caminos que permitieran mover con mayor facilidad las fuerzas que iban reuniendo, y acumulaban provisiones y municiones de guerra, al paso que construían trincheras para rodear, lo más posible, el terreno que aún ocupaban los rebeldes, poniendo así en inminente peligro las últimas fortalezas en que se guarecían.

Jakub Khan, aunque todavía no se hallaba amenazado directamente, tampoco permaneció inactivo, pero en vez de tomar las medidas enérgicas que su situación reclamaba, se entretenía en ordenar paradas á sus soldados, y graciosamente, pero con la mayor reserva, aceptaba la amistad con que Inglaterra, por medio de sus agentes, le brindaba. No obstante que sentía la proximidad de las fuerzas imperiales, nunca pensó en tomar la ofensiva, persuadido como estaba de la inactividad de ellas, y que el temor les embargaba para comenzar un ataque decisivo. Bien pronto, pero demasiado tarde para enmendar la falta, hubo de convencerse del error en que había vivido, cuyo error apenas se comprende, al ménos que no contribuyese á ello, la derrota que sufrió una pequeña division china que intentó apoderarse por sorpresa de Manas, y fué con grandes pérdidas rechazada.

No por eso dejaron los imperiales, cuando los preparativos estuvieron más adelantados, de renovar el ataque con mejor éxito esta vez, puesto que consiguieron apoderarse de la ciudad y de varias fuertes posiciones que los rebeldes ocupaban alrededor de la misma.

Prosiguiendo con fortuna el curso de las operaciones en Agosto del 76, consiguieron los chinos expulsar también á los duganos del campo atrincherado que tenía establecido en Kumnti, al Este de Urumtsi, y como consecuencia de dicha

captura, pudieron de paso apoderarse de la ciudad misma. En Noviembre volvieron á renovar el ataque contra Manas, que bombardearon y tomaron despues de varios combates encarnizados y sangrientos, como fueron todas las acciones dadas, hasta el punto, que aún en los reconocimientos practicados ántes de iniciar la accion general, los chinos perdieron 117 oficiales, como la misma *Gaceta de Pekin*, apartándose de su sistemático silencio, participó á sus lectores.

Atroz, por otra parte, fué la revancha que tomaron los imperiales por las pérdidas y derrotas que durante toda la campaña habían tenido, puesto que al apoderarse de aquella plaza pasaron 5 ó 6.000 hombres al filo de la espada, sin que fuera suficiente á salvarles la vida el haberse rendido implorando la clemencia de los vencedores.

En la primavera de 1877 siguió el ejército vencedor su marcha adelante hácia Turfan dividido en dos columnas, de las cuales una se dirigió por el Este, miéntras que la otra cruzando el Tienshan marchaba por el Noroeste (Urumtsi), hácia idéntico objetivo. En Mayo tomaron á Turfan, y miéntras esto sucedía, Jakub Khan reunía un ejército formidable en Tocksun, á corta distancia al Oeste de Turfan, donde establecía su cuartel general, y sin ayudar, como hubiera debido, á los duganos contra el enemigo comun, se limitaba á enviarles algunos hombres y oficiales que pasaron al campo amigo, en vez de auxiliares, como espías para averiguar lo que en él estaba pasando.

Aún cometió Jakub Khan mayor falta retirándose de Tocksun á poco de la toma de Turfan, sin haber tratado siquiera de oponer la más mínima resistencia, pero en cambio, emprendió vergonzosa fuga en direccion á Kurli al Oeste de Lob Noz. Claro se está que con semejantes movimientos, el caudillo mahometano se declaraba vencido aún ántes de serlo en realidad, y como era natural que aconteciera, sus generales empezaron á dudar de él, y aún se asegura, que uno de sus oficiales más principales y de alta graduacion, se pasó al ejército chino, llevándose consigo considerable parte del tesoro de su amo. La poblacion indígena Turki, que siempre había considerado á Jakub Khan como á un extranjero, y su carga

quizas aún más pesada que la de los chinos mismos, también empezó á agitarse, hasta que por último le abandonaron deliberadamente.

En cambio, no bien hubo Jakub Khan abandonado á Tocksun que sus correligionarios mandados por Pai-yen-hu, se apresuraron á recuperarlo con sus duganos, con los cuales había ya construido una fortaleza formidable, llamada Tapán, en la cumbre del Tirnshan. A pesar de esto, ambas plazas no tardaron en caer en poder de los chinos, que habían marchado sobre ellas tan luégo como tomaron á Turfan, sin dejar otro camino á Pai-yen-hu que el de seguir las huellas de su predecesor y retirarse á Karashar.

En esto, falleció Jakub Khan, promoviéndose con este motivo en Kurli graves disentimientos respecto á la persona que debía sucederle en el mando. Los partidarios del difunto Khan apoyaban á Bey Kuli Bey, su hijo, mientras que el otro bando quería elevar al trono á Hakim Furya, antiguo ministro y favorito del difunto soberano. Riñeron serios combates, y por último quedó el mando supremo en poder del hijo de Jakub, mientras que Hakim huía, según se cree, al territorio ocupado por los rusos.

Se diría, observando la conducta seguida por Bey Kuli Bey desde que subió al trono, que el camino que consideraba como el más seguro, en presencia del enemigo, era acentuar aún más, si era posible, el sistema seguido por su padre, y por lo tanto, á cada paso que daban los chinos hácia adelante, daba él otro atrás, hasta que por último y sin duda pensando que paso á paso obtendría el mismo resultado que andándolo todo de una vez, inopinadamente se puso en movimiento y se fué á encerrar en Khashgar, pero en tal modo, que ántes que retirada, su marcha una derrota parecía.

No cabe, sin embargo, la menor duda que con anterioridad á estos sucesos el territorio todavía no conquistado por los chinos, lo ocupaban mitad las fuerzas del Bey Kuli Bey y la de los duganos, á pesar de que aquel conservaba aún en su poder, las ciudades de Kashgar, Yar, Kund, Khtoán, Ush y el Aksu, mientras que Pai-yen-hu retenía las otras restantes.

Posteriormente á los hechos últimamente relatados, se supo que los chinos habían sido derrotados, hácia el mes de Julio, no obstante que el gobierno de Pekin hizo guardar la mayor reserva á este respecto. En cambio, las noticias pronto llegaron á la capital, exajeradas como despues se ha visto, por conducto de Rusia y de las posesiones inglesas de la India, cuyos países, y especialmente el último, tenía interes en ocultar los acontecimientos que se iban consumando, máxime cuando estos eran adversos á las fuerzas chinas. Por eso los ingleses se mostraron sumamente satisfechos con estas noticias, que aumentaban de intento, para halagar sus deseos, llegando hasta imaginar que empezaba á realizarse el pronóstico que habían hecho de que las fuerzas chinas serían aniquiladas, cuya derrota empezaría en el paso del Tien Shan, entre Urumtsi y Turfan, que era el lugar que consideraban apropiado para que esta profecía se realizase: y fué tal el crédito que dieron á estas noticias, que la legacion inglesa en Pekin, llegó hasta reproducir los consejos que en otro tiempo había dado al gobierno en sentido de que desistiese de llevar á cabo la reconquista empezada.

Que se equivocaban de medio á medio, bien demostrado está por los resultados obtenidos despues. Si hubo derrota, esta sería insignificante, y á lo sumo, la de alguna pequeña columna que inadvertidamente se habría adelantado, cuya suposicion confirma el mero hecho que, en Setiembre, ya se encontraban las fuerzas del gobierno en situacion de emprender de nuevo las operaciones con la misma decision y actividad con que las habían llevado ántes de ese pequeño fracaso.

Durante todo el período que duró la lucha que hemos tratado de bosquejar, los jefes más preeminentes que han mandado las fuerzas chinas, fueron Chin-Shum, actualmente gobernador *in partibus* de Hi, así como Cha-Jao, que abandonó el servicio civil, en el cual había conseguido distinguirse varias veces, y pasó al militar, en el cual igual suerte ha alcanzado. Además de estos dos jefes, el nombre que sobresale por encima del de todos los demas, es el de Lui-chin-tang, de unos treinta años de edad, y á cuyo talento y actividad, nada comunes, se debe casi totalmente el éxito feliz de la campaña,

por más que su fama no empezase á extenderse por todos los ámbitos del imperio, hasta despues de verificada la tercera campaña. Si algun nombre merece pasar á la posteridad en los anales chinos, ciertamente que el de nadie es más digno.

En efecto, bajo su mando en Setiembre del año pasado, marchó la vanguardia del ejército chino dejando á Toksun para seguir hácia adelante, teniendo por objetivo Karashar y Kurli, de que debían á toda costa apoderarse. De allí salieron divididos en dos columnas, mandada una de ellas por Lui-ching-tang, en persona, y siguiendo el camino Norte del Lob Noz, debía juntarse con la otra á orillas del lago para despues embestir juntas las dos ciudades á las cuales la expedicion se dirigía.

Más apénas hubo avanzado algunas millas, la columna de Lui se encontró con todo el camino inundado, porque el rebelde Pai-yen-hu había mandado hacer diques, desviando el curso de las aguas del rio Khaitu, llamado tambien Hoidu ó Hoidugol, que parte del Tiensham, para unirse al Lob Noz, no léjos de Karashar, en las llanuras al Norte de aquel lago, interrumpió todas las comunicaciones. Afortunadamente, vinieron en su socorro algunas pequeñas tribus de mongoles, que por no reconocer la soberanía de Jakub Khan, habían permanecido ocultos en las montañas, y con auxilio de éstos, que le sirvieron de guías, pudieron, dando grandes rodeos, llegar á su destino por llanuras calizas, en las cuales tuvieron que vadear varios arroyos y sostener más de un encuentro con fuerzas del enemigo. En cambio este movimiento les proporcionó la ventaja de caer sobre Karashar, que tomaron, siéndolo tambien Kurli, dos dias despues de haberse apoderado de la primera de estas dos ciudades, miéntras que Pai-yen-hu se replega más hácia el Oeste arrastrando en pos de sí á todos los habitantes. El aspecto que, segun parece, Karashar presentaba, era por demas triste, pues encontraron que la ciudad baja se hallaba tambien inundada y arruinadas la mayor parte de sus casas por efecto del líquido elemento que las rodeaba. Pero lo peor del caso fué que las provisiones de la vanguardia se habían concluido por completo, y áun cuando Lui-ching-tang inmediatamente dió órdenes para que

retrocediera una parte de sus hombres en busca de nuevas provisiones, así como con objeto de construir caminos y puentes que facilitaran las comunicaciones, por mucha que fuera la diligencia que emplearan, siempre habían de pasarse varios días ántes que le fuera posible salir de la apretada situación en que se encontraba. En tan crítica situación, mostrósele el destino propicio, por cuanto habiéndosele ocurrido mandar hacer escavaciones en varias partes de la ciudad abandonada, tuvo la suerte de encontrar á poco, grandes depósitos de cereales que el enemigo había enterrado en la imposibilidad de llevárselos consigo por el desórden en que los había puesto el rápido ataque que habían sufrido.

Con tan feliz suceso, pudieron las tropas de Lui-ching-tang continuar sin pérdida de momento la marcha hácia adelante, sin tener que detenerse á aguardar la llegada de los recursos que había pedido: más como no podía dejar á sus espaldas un ejército, dispuso que los mongoles que le habían socorrido tan oportunamente, plantaran en las abandonadas poblaciones sus tiendas, lo cual se apresuraron á ejecutar, permaneciendo en Karashar y Kusri á las órdenes del jefe que lleva el sonoro nombre de príncipe Chahiteleko.

¿Puede darse nada más novelesco que los hechos que acabamos de relatar? Y sin embargo, el jefe que tan grandioso servicio había prestado á las fuerzas del gobierno, su única recompensa ha sido autorizarle para adornar su sombrero oficial con la famosa pluma de *pavo real*

Tuvo también Lui-ching-tang, cuando volvió á emprender la marcha al Oeste, que dejar en pos de sí otro pequeño cuerpo de ejército, y proseguir con sólo unos seis mil hombres. Volvióles á dividir nuevamente en dos columnas y poniéndose al frente de una de ellas, apresuradamente se adelantó con jinetes escogidos al encuentro del enemigo. Avanzaron estos con rapidez tan extraordinaria, que no tardaron mucho en caer sobre la retaguardia de los rebeldes que mandada por Pai-yen-hu se retiraban. Los encuentros parciales fueron varios y hasta llegaron á reñir con ellos una verdadera batalla. Los destruían á su paso todo cuanto encontraban, entregando á las llamas los pueblos que se veían obligados á

abandonar y arrastraban consigo todas las poblaciones turkis, con intenciones, según informes que se consideran fidedignos, de entregarlos á Bey Kuli Bey á guisa de súbditos nuevos que viniesen á llenar las bajas que la guerra hacía entre los que permanecían adictos á su persona. Gran número de estos turkis fueron, sin embargo, rescatados por los chinos, por más que los duganos, en medio de la desesperación que les causaban las continuadas derrotas que sufrían, á menudo hicieran fuego sobre los recalcitrantes.

Con tan rápidos como atrevidos movimientos, las tropas de Lui-ching-tang consiguieron ocupar la populosa ciudad de Kurli, pocas horas después que Pai-yen-hu la hubo abandonado con su familia, sin que esta circunstancia moviera á la vanguardia del ejército á detenerse ni por un momento, pues por el contrario, animado por éxitos tan prolongados, siguió avanzando hasta posesionarse de cierta importante posición estratégica, alejado tan sólo unos cien lis (1), que aseguraba sus subsiguientes operaciones, y le permitía aprovechar la ocasión para enviar á su jefe Tso-tsung-tang la relación de cuantos hechos con tanta felicidad había realizado.

Digno de notarse es la impresión que estas nuevas causaron en el ánimo de los ingleses, amigos decididos de Bey Kuli Bey, que en Pekin residen, así como en la prensa anglo-china existente en los puertos del Sud. Algunos de sus órganos, para cubrir el despecho que estas nuevas les causaban, se esforzaron en hacer creer cuán ajenos habían estado de pensar que los chinos trataran realmente de subyugar á los rebeldes, pero que en vista de semejantes sucesos, preciso era confesar que el derecho que á esos territorios tenían, era incontestable y nada envidiable la decisión que mostraban de quererlos reconquistar. En cambio, en el éxito de las operaciones realizadas por Lui-ching-tang, otros veían el principio del aniquilamiento completo, no sólo de las fuerzas que mandaba, sino del ejército entero, pues era evidente para esos estratégicos de primera marca, que Pai-yen-hu y Bey Kuli Bey, con sólo un pequeño esfuerzo, conseguirían destruirlo, máxime cuando

(1) Una legua tiene diez lis.

por la falta de cosechas que pesaba sobre la provincia del Shensi debía perecer de hambre, como si no hubiese más trigo en el mundo que el que debía haberse cosechado en aquellas comarcas.

Esto, no obstante, los acontecimientos posteriores, vinieron á destruir por completo tan negras profecías. Kuthchi, Karashar y Kurli cayeron en poder de los chinos en Octubre de 1877, y en estas ciudades encontró el ejército numerosos acopios de víveres que los rebeldes, en su fuga precipitada, ni habían podido destruir, ni aún esconder, como lo tenían de costumbre.

Aquí concluyen, con harto sentimiento nuestro, los informes positivos en que hemos basado nuestro relato, informes que debemos á la complacencia del distinguido emólogo M. Arendt, que los ha traducido para nosotros de los partes publicados en la *Gaceta de Pekin*, tanto *impresa* como *manuscrita*. Preciso nos será, para terminarlos, servirnos de las noticias que por diferentes conductos han llegado, y de las cuales únicamente aprovecharemos las que por su analogía con los acontecimientos ya realizados nos den cierta garantía de autenticidad y de probabilidad bien establecida.

Consignaremos, sin embargo, ántes de pasar más adelante, y como dato curioso, que el edicto imperial que reasumía todas las operaciones llevadas á cabo, publicado tan sólo en la *Gaceta manuscrita*, sin que á poco lo reprodujera la *impresa*, fué interpretada por los amigos del hijo de Jakub Kan, como señal que con esa publicación coincidía, sin duda, la llegada de noticias desfavorables para el ejército, y dando riendas sueltas á la fantasía engendrada por el buen deseo, llegaron hasta interpretar esta coincidencia, nada extraordinaria por cierto, como señal evidente que los rebeldes debían haber vuelto á tomar la ofensiva y á apoderarse de nuevo de varias de las ciudades que habían perdido, destruyendo probablemente la vanguardia, y quizas, el ejército entero.

Sólo existieron semejantes contrastes en la fantasía de los noticieros, siendo lo único que ocurrió que Lui-ching-tang, una vez tomada Aksú, tuvo que aguardar la llegada de los refuerzos que había pedido, á fin de poder terminar de una

vez toda la campaña embistiendo á Kashgar, último baluarte que quedaba á los rebeldes. Con ese objeto, envió, una vez que los hubo recibido, divisiones por diferentes caminos con órden de concentrarse bajo los muros de aquella ciudad la cual debían atacar inmediatamente, mientras el general permanecía ocupando la posicion estratégica de Maralboshi, que dominaba á todo el país y se halla situada en el territorio ocupado por la tribu de los dolanos, entre los cuales existe una costumbre tan extraordinaria; que imposible nos es resistir á la tentacion de mencionarla.

Parece ser, segun la relacion publicada por personas cuyos relatos merecen entero crédito, que entre esta tribu existe la costumbre de poner á disposicion del viajero que pide hospitalidad, nunca rehusada, la mujer del que la otorga, y esto de buenísima gracia. En ese caso, el marido abandona la choza, á la que no vuelve, mientras cierre el paso de la puerta el zapato del huesped, que es la señal convenida de que éste se halla en entretenido coloquio con la huespeda. No dice, sin embargo, el viajero que estos detalles menciona, si esta rarísima costumbre se refiere á las mujeres casadas únicamente, ó si extiende tambien á las solteras; de presumir es, en beneficio del viajero que tan apartadas regiones cruza, que las viejas no hayan hecho monopolio de ella, y que las jóvenes de la tribu de los dolanos no permitan que sus intereses salgan demasiado perjudicados.

Pero sea de ello lo quiera, tan luégo como Lui-ching-tang hubo terminado sus preparativos, emprendió á su vez la marcha con el cuerpo de ejército principal en direccion primero á Jorkand, que capturó, así como á la fortaleza de Jengi Hessar, viniendo acto continuo á aparecer delante de Kashgar, su principal objetivo. Se halla ésta sitiada ya por las fuerzas que había destacado y que habían estado con ahinco resistiendo á las huestes de Bey Kuli Bey, desplegando la mayor decision y bizarría; pero ni esto, ni los ataques en contra de los sitiadores llevados á cabo desde las montañas donde se ocultaban fuerzas rebeldes, pudieron librar á la capital de caer en manos del ejército chino. Lui-ching-tang, en esta victoria, capturó más de 1.200 prisioneros, entre los cuales encontró á

los dos jefes Buruts, que segun se dice, fueron los primeros en rebelarse contra los chinos hace unos trece ó catorce años, por cuyo motivo fueron decapitados enmedio del mercado público de la ciudad hácia fines de Diciembre del año próximo pasado, verificándose asimismo la captura de Khotan pocos dias despues, ó sea del 4 al 5 de Enero del año de 1878.

Bey Kuli Bey, con algunos miles de sus partidarios, logró encontrar su salvacion en la fuga, refugiándose en Kokand, ocupado por los rusos, los cuales se apresuraron á desarmar las fuerzas que le acompañaban y á internarlos en los alrededores de Osh, donde permanecen vigilados por un cuerpo de ejército.

En cuanto á Pai-yen-hu y el resto de los valientes duganos, ninguna noticia se tiene. Solo si se sabe que tambien huyó al territorio ruso, pero su nombre no figura en las relaciones que éstos han publicado, y todo son conjeturas respecto el rumbo que ha podido tomar este jefe rebelde, quizas el más temible de todos los que en la guerra contra el poder de los chinos han tomado parte.

Así terminó la lucha que con distinta suerte ha ensangrentado toda aquella parte del territorio del imperio de la China, y en el que durante tantos años tantos tesoros de sangre y de dinero se han gastado. Ha concluido, es verdad, pero en cambio empieza á dibujarse en el horizonte nuevas complicaciones para los chinos por la ocupacion de parte del antiguo teatro de la guerra por fuerzas rusas, cuya proximidad unos de otros es tal, que sería fácil un conflicto entre los respectivos puestos avanzados, máxime cuando éstos se hallan separados por un tiro de fusil escasamente.

La menor imprudencia puede dar lugar á complicaciones que aumenten las ya probables (1), y casi seguro puede considerarse que si los Rusos consienten en devolver el terreno que ocupan, nunca será sino despues de haber obtenido grandes

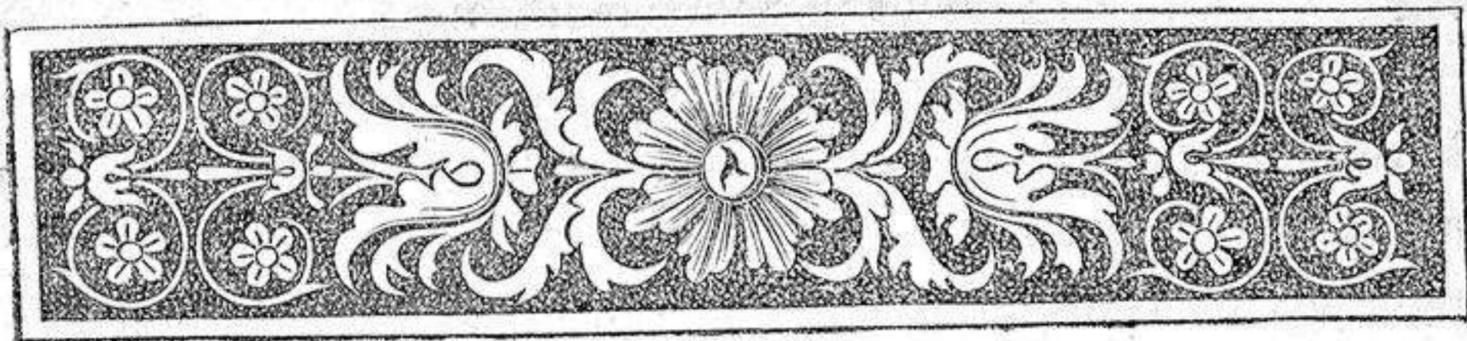
(1) Con objeto de llegar á un acuerdo sobre esos asuntos, es con el que ha ido una Embajada China á San Petersburgo, la cual, en union al ministro de Rusia en Pekin, actualmente en dicha capital, se está ocupando de llegar á un acuerdo satisfactorio para ambos países.

ventajas en las varias negociaciones que hoy tienen pendientes, y entre las cuales debe contarse como la de mayor trascendencia la relativa á la revision del tratado hoy existente entre ambos países.

C. A. DE ESPAÑA.

Pekin y Agosto de 1878.





LAS LECTURAS PÚBLICAS EN ROMA.

I.

DESPUES de la victoria de *Actium*, el mundo entero se prosternó ante Augusto.

Las provincias, indiferentes á lo que pasaba en Roma hasta que estallaron las guerras civiles, recibieron con júbilo al que les traía la paz.

El ejército veía en él al sucesor del triunviro, del enemigo de Pompeyo, del que tantas veces le había conducido á la victoria y le aclamó con entusiasmo.

El pueblo, que por odio á la nobleza había ayudado á nacer el imperio, admiró en Augusto al vengador de César, y le colmó de aclamaciones. Los ciudadanos se agrupaban en las faldas del Palatino para saludarle á su paso; por do quiera se erigían estatuas, altares y arcos de triunfo; el Senado agotó el repertorio de las alabanzas, los poetas cantaron al nuevo Dios, los sacerdotes de todos los dioses unieron á sus plegarias el nombre del emperador, y las monedas llevaron grabada en su reverso la imagen de la felicidad pública.

Sólo la aristocracia no se asoció en un principio á este júbilo universal.

Los vencidos de Farsalia, creyendo que la ausencia había de ser corta, desecharon el nuevo régimen y decían en todas partes que ellos volverían á Roma al otoño para comer los higos de Túsculo; más, cuando transcurrido el tiempo se encontraron léjos de su país y sus placeres, ellos, que segun la frase de Caton estaban más apegados á sus hogares que á la república, agradecieron y admiraron con efusion al que les permitía volver á sus lares sin peligro, devolviéndoles sus palacios del Celio ó del Quirinal, sus villas de Tibur ó de Campania, los espectáculos públicos, los paseos bajo los pórticos, las noches del Campo de Marte y las brillantes fiestas de Baium en la primavera.

En estos momentos fué cuando nacieron las lecturas públicas; el sencillo y sublime Virgilio, el enamorado Propercio, el elegante Tibulo, el severo Horacio y el picaresco Ovidio, existían aún.

Pollion, el orgulloso personaje que había ayudado á César y Augusto á conquistar por medio de la guerra las riendas del Estado, y que andaba descontento del accesorio papel á que el azar le había conducido, ideando alcanzar en las letras el puesto que le habían negado las armas, organizó las lecturas para dar á conocer sus narraciones históricas y sus tragedias. Al efecto, dispuso en su misma casa una habitacion á guisa de teatro, es decir, con orquesta y dos galerías, é invitó por medio de billetes á las personas que conocía, ó aquellas de las cuales deseaba él ser conocido para leerles sus obras.

Muchos literatos imitaron el procedimiento, y el éxito coronó sus esfuerzos, porque aquella sociedad amaba mucho las letras, y si hemos de creer á Horacio, todo el mundo presumía de hacer versos. Poco despues, Roma entera se congregaba en las salas de lectura en los meses de Abril y Agosto; «*Toto mense aprili nullus fere dies qui non recitaret aliquid,*» como dice Plinio, «*Et augusto recitante mense poetas,*» segun se lee en Juvenal.

Los escritores pudieron con facilidad darse á conocer leyendo sus obras en público, libres ya del peligro que las dificultades de la propaganda ofrecía, pues hasta entónces los pobres iban á las termas, al foro, ó bajo los pórticos á dispa-

rar sus versos contra el primer grupo que tropezaran, acometidas descomunales que solían terminar á silbidos ó pedradas si las composiciones eran detestables ó la tertulia callejera no estaba en disposicion de aguantar exámetros. La suerte de los ricos era distinta, que al cabo el peso del oro inclina siempre de su lado el bienestar en la balanza de la vida; convidaban á comer á sus parientes y amigos, y despues de un banquete espléndido, cuando los vapores del Falerno formaban nubes de benignidad en el cerebro de los convidados, y el Chipre predisponía al reconocimiento y la adulacion, se aprovechaban de ese estado de imbecilidad en que se encuentra el espíritu durante una digestion laboriosa, para arremeterles traidoramente, poema en mano, á fin de conseguir por sorpresa los aplausos apetecidos. Horacio nos refiere la graciosa historia de un acreedor que reunió á sus deudores insolventes el dia del vencimiento de sus débitos, con objeto de leerles varias obras pésimas que había compuesto. No quedaba otro remedio que pagar ó aplaudir; ninguno se resistió: todos inclinaron el cuello resignados, y con objeto de obtener una próroga encontraron los versos inmejorables y aplaudieron á rabiar.

II.

En paz el mundo, en reposo las provincias, tranquilo el pueblo romano, empezó una era de bienandanza y tranquilidad; florecieron las artes y las letras y nadie se ocupó más que en vivir porque cuando se presencia un conflicto de los que ponen la sociedad en peligro de muerte, los que sobreviven se encuentran bastantes pagados con el goce de la vida y á el se entregan con ardor. ¡Nadie más dispuesto á apreciar la dicha que quien ha apurado la amarga copa de la desgracia!

¡Qué insondables arcanos nos presenta la historia! Cuando Roma despertaba de su lecho de laurel al soplo vivificante

de la ciencia y la poesía pintaba con brillantes colores sus sueños de gloria, cuando las artes brotaban espléndidas como vegetación tropical y la filosofía se apoderaba del derecho y rendía al mundo con sus leyes, más sumiso á sus plantas que las legiones romanas conducidas por César; el descarnado fantasma del absolutismo se presenta y vence á aquella república que tenía por fronteras de sus dominios los límites geográficos conocidos; por patria una ciudad que podía contener dentro de sus muros el orbe entero; por reglas de conducta, toda la filosofía griega, reflejadora de la antigua civilización oriental; por ejército, millones de héroes y por religión una fábula artística acomodable á todas las pasiones y á todas las conciencias.

Cierto es que aquella sociedad guerrera por carácter, que escujo por símbolo de poder la lanza y que concedía más aprecio á Cicerón por su campaña de Silicio que por sus sublimes discursos, se hallaba poco dispuesta á dirigir los derroteros de su vida por otros astros, que los éxitos de las batallas; por otras voces, que el clarín de las victorias.

De otro lado la más esquisita perfidia dirigió la constitución del absolutismo. César, el favorito de la democracia romana, puso siempre especial cuidado en pasar como el continuador de los Gracos; Augusto su sucesor se atrajo la aristocracia colmándola de honores y quiso aparecer como el paladín del antiguo régimen creando con sutil ingenio, una mezcla de monarquía y república digna tan sólo del sagaz entendimiento del vencedor de Antonio. «Durante un sexto y séptimo consulado, decía, en ocasión solemne, se han concluido las guerras civiles, yo renuncio pues á un poder que el consentimiento de todos los ciudadanos me había confiado y dejo la república en las manos del pueblo y del senado.» ¡Donosa burla! renuncia el consulado perpetuo, no acepta ningún poder extraordinario y conserva los antiguos magistrados con una autoridad menguada y una jurisdicción ficticia: consiente los tribunos de la plebe, más él se hace conceder la suprema potestad tribunicia que anula por completo la de aquellas; el Senado, nombra los gobernadores para las provincias sujetas á su imperio, es cierto,

pero, el príncipe tiene el derecho proconsular en todo el mundo; él manda y dispone de los ejércitos, decide de la guerra y de la paz, se halla exento de obedecer las leyes que limitan sus preeminencias y tiene, en fin, según la Ley regia, el derecho de hacer en las cosas privadas ó públicas, humanas ó sagradas todo lo que juzgue útil y de interés para el Estado: he aquí la graciosa manera con que Augusto rendía culto á las tradiciones y dejaba la república en las manos del pueblo.

Afortunadamente para la civilización, el establecimiento del poder absoluto había sorprendido á Roma en el esplendor del desarrollo de la inteligencia, porque nada hay que le sea tan fatal. Nació con la descomposición y la muerte en su propia esencia y organismo, porque para obedecer, para aplaudir sin discusión, es necesario suprimir las opiniones, los juicios, y someterse sin reserva á lo que se dicta; de tal modo es la ignorancia una virtud específica para la existencia del despotismo, que en los grandes estados orientales duró el poder absoluto tanto como la estupidez en la masa de los súbditos. Así es que en Roma, á medida que se alejaba el recuerdo de las guerras civiles, se iba apagando el reconocimiento para el que había salvado el imperio. La nueva generación nacida después de la rota de Filipos, que no había conocido las proscripciones, educada en la práctica de las letras, que inspiran siempre viveza de pensamiento é independencia de espíritu, no estaba dispuesta á dejarse conducir de buen grado por una autoridad arbitraria, que si pudo sostenerse por el esfuerzo de las armas á trueque de la paz, se bamboleó sobre su ciclópea base cuando Augusto, cerca ya del ocaso de su vida vió hundirse el prestigio de sus primeros años, muertos sus hijos, deshonorado por sus hijas, las que él soñó un día presentar como modelos de honradez al pueblo, abierto el templo de Jano, cuyas llaves creyó guardar para siempre entrelazadas con ramas de oliva y de laurel, la sombra de Craso vagando errante por la Parthia sin venganza, los Scitas amenazadores, los bárbaros transrenanos amagando invadir el imperio, la fortuna huyendo de las águilas romanas en España, y á Roma que contempló un día sumisa á sus piés, revolverse feroz como

fiera encadenada, con el rencor revolucionario en su pecho, ardiendo en odio por la tiranía y acechando el momento oportuno para romper las ligaduras del despotismo y saltar sobre su presa.

Él, tan sagaz, tan hábil, ni conoció el crecimiento de la oposición, ni tuvo medios para contenerlo. Él que había recibido con la sonrisa en los labios á sus más encarnizados enemigos y se atrajo amistades con mercedes olvidando sus hechos y su política, sembró rigores para recoger odios. Él que convidaba á su mesa á los poetas maldicientes á fin de evitarse sus censuras, poco despues los desterraba á Tomi por una indiscrecion picaresca; él, que devolvía los bienes confiscados á los vates y los trataba con amor, cuando la nieve de los años coronó su frente, decretó una ley severa contra los escritos difamatorios, expulsó á los autores y quemó sus obras. Y sin embargo, la lucha estaba cerca, la oposición crecía latente, vigorosa, callada, porque la tribuna del foro estaba muda desde el primer triunvirato, y no se podía, como ántes, mostrar paladinamente al pueblo los enemigos de la república.

Séneca lo dice, «*prohibiti sermones, ideoque plures*» los ciudadanos al abandonar el foro se detuvieron en los pórticos y el Campo de Marte, so pretesto de contemplar los artistas ambulantes y charlatanes que abundaban en aquellos sitios si hemos de creer á Petronio y aprovecharon la ocasion para hablar de política, ó lo que ha sido lo mismo en todos tiempos, para criticar al Gobierno. Allí se decía á voz en cuello que los Partos habían invadido la Armenia, que los Germanos pasaban el Rhin y la muchedumbre que oía esas nuevas, disparaba amenazas contra el emperador y las autoridades que no cuidaban de la defensa del imperio; allí se contaban por lo bajo anécdotas desvergonzadas referentes á los emperadores ó se recitaban al oido mal intencionados epigramas, que despues de haber recorrido toda la sociedad de descontentadizos, se encontraban un dia escritas por manos anónimas en los muros de la ciudad: «Tiberio, dice una inscripcion, desdeña el vino desde que bebe sangre; él bebe hoy la sangre como otras veces el vino» ó bajo el pedestal de las estatuas como se lee en uno que sostuvo la de Augus-

to, *Pater argentarius ego corintharius* aludiendo al oro que según Suetonio, robó César del Capitolio y á la descomodida afición de Octavio á los vasos de Corinto, causa eficiente de que él mismo inscribiese en las listas de desterrados, el nombre de algun ciudadano pacífico, con objeto de apoderarse de sus bienes.

Más, estas conversaciones al aire libre, accesibles á todos los transeuntes, llenas de confianza de una parte y de mala fe por otra, tuvieron el fin que era de esperar; los emperadores mandaron soldados á estas tertulias callejeras que cuidadosamente disfrazados se enteraban de estas murmuraciones y las referían á sus jefes. Multitud de infelices perecieron lejos de sus hogares víctimas inconcientes de estas imprudencias; pero cuando aleccionados por la práctica conocieron el mal que se les seguía de luchar á pecho descubierto, abandonaron los círculos y prudentemente ya nadie habló sino en aquellos sitios y ante aquellas personas que le inspiraban confianza.

De las nobles batallas del foro pasaron los descontentos á las asechanzas de los círculos, de allí á la callada conspiración de las sociedades y cuando el vértigo del orgullo y el desvanecimiento de la adulación cegó á los Césraes hasta el punto de no distinguir su cercana ruina, la oposicion, confundiendo la confianza estúpida de aquellos necios que creían tener al mundo tan sujeto como á un lobo por las orejas, con la noble tolerancia de un poder inteligente, se presentó decidida y franca en las lecturas públicas.

III.

Roma formada en su origen por un aluvion de bandidos, fué despues la patria del derecho; sus leyes influyen todavía en las legislaciones contemporáneas, las máximas de sus jurisconsultos palpitan aún en nuestra jurisprudencia y la her-

mosa estatua de acero del deber que levantaron sus filósofos, se ofrece todavía como modelo á nuestros pensadores.

El derecho lo llenaba todo, y el derecho era para ellos lo justo y la práctica de lo justo la más grande de las virtudes. Por eso su legislación difiere de todos los pueblos de la antigüedad. Roma encontró planteada la esclavitud y la acató, pero á su lado puso la manumisión, es decir, la libertad: encontró esclava la mujer, sujeta al poder de su marido como una cosa comprada por medio de la balanza y ante testigos, é inventó una fórmula artística para hacerla su esposa y compartir con ella todos los derechos divinos y humanos. Hé ahí por qué al contrario de lo que sucedía en Grecia, las mujeres acompañaban en la mesa á sus maridos y á todos los actos que no revistiesen el carácter, puramente viril, de la ciudadanía.

Este consorcio de los dos sexos hizo nacer una especie de galantería estraña á otras naciones en que la mujer quedó relegada al olvido. Boissier lo dice, cuando se reúnen sólo hombres, se discute ó se diserta; cuando se asocian mujeres es preciso conversar, añadir á las palabras ese tinte lisongero y adulator que tanto agradecen nuestras señoras.

En la época del imperio las reuniones se multiplicaron, las grandes comidas se pusieron al uso y las reuniones familiares en los lujosos salones de los palacios ó en los frondosos jardines estuvieron de moda.

El lujo que se desplegaba en estas fiestas era inmenso, en ellas se consumían las riquezas atesoradas por la gavilla de ladrones que expoliaban las provincias bajo los pomposos títulos de cuestores, cónsules y procónsules. Séneca describe maravillosamente esas reuniones del mundo elegante, donde sin agotarse, se pasaba con vertiginosa rapidez de un asunto á otro, se consumían los más delicados manjares y los vinos más esquisitos. Allí se congregaban los graves aristócratas, republicanos empedernidos, perfumados con ricas esencias y vestidos con la preciosa púrpura de la India; las damas de esmerada educación, que conocen el griego y el latín, el baile y el canto, saben hablar con donaire, marchar con gracia, reír y llorar; que pagan con besos de amor las flores de

brillantes colores y con suspiros de felicidad las trenzas de oro que se venden al lado del templo de Hércules Masageta con tal de atraerse las miradas de sus rivales, al pasear bajo los pórticos de Octavio y de Pompeyo ó en la fiesta de Diana cuando Roma entera se divierte en las márgenes del lago Nemi y ellas dirigen sus carros de nácar y marfil; allí tambien, sin abandonar jamás las sillas de las damas á las cuales siempre tienen que decir algo al oido, oliendo á perfumes, partido el cabello por una raya perfecta y tarareando entre dientes las canciones de Egipto y España, estan los lechuguinos de entónces, los que conocen, segun Marcial, todas las historietas de Roma, y el nombre de la dama de que aquel está enamorado, las sociedades que frecuenta este y la genealogía del caballo Hispino.

Como se vé, los tiempos no cambian, y Marcial sin saberlo trazó de mano maestra el retrato perfecto de nuestro *gomoso* al bosquejar el del *petimetre* romano.

Tambien las severas matronas debieron parecerse á nuestras damas, porque se asegura, que más de un jóven bien apersonado hubo de llegar bastante léjos con su auxilio. Tácito nos habla de un cónsul hombre decidor y burlon que debía al favor de las damas su fortuna política. En una de estas sociedades en donde las mujeres estaban en gran número, fué donde Sutorio Prisco, caballero romano, leyó los versos porque se le condenó á muerte.

¡Quién sabe si una mirada ardiente fué la causa de su malhadada inspiracion!

Ya lo hemos dicho ántes; en los meses de Abril y Agosto, Roma entera se congregaba en las salas de lectura; allí, oyendo poemas y dramas, se hacía política, porque el argumento de las composiciones era siempre un pretexto para ensalzar las víctimas denigrando la tiranía. Era tal la aficion que tenían á estos espectáculos aquellos republicanos incorregibles, que no perdían una buena frase aun á trueque de perder la cabeza. En los tiempos de Neron, el poeta Curiatio Materno leyó una tragedia llena de improperios contra el emperador. Tácito asegura, que al dia siguiente, la ciudad entera se ocupó de su audacia y de los peligros á que se había expuesto. Desgracia-

damente, no nos queda ni el más ligero vestigio de las tragedias de Curiatio, mas se conservan las de Séneca, y con ellas nos basta para formar una idea exacta de lo que se atrevían á leer ante un público numerosísimo aquellos altivos escritores, que con ruda energía protestaron del estúpido régimen del despotismo.

Guardémonos bien de aplicar á estas obras el frío escalpelo de la crítica literaria sin tener en cuenta el medio en que nacieron dispuestas para ser leídas, no para representadas; tienen, como obras teatrales, defectos en abundancia, fáciles de excusar, atendiendo á que ellas constituyen un género especialísimo con condiciones de vida, en aquellas edades en que el presente ocupaba la imaginación más que el pasado, y los ojos de todos los ciudadanos estaban fijos tan sólo en Roma y en sus acontecimientos políticos.

El tirano, ese personaje necesario en toda tragedia, se había conservado durante el imperio por tradición con todos sus caracteres distintivos; injusto, cobarde, cruel. Los emperadores no se dieron por aludidos en público nunca, porque se tenía como axioma político que el principado y la tiranía no eran la misma cosa; pero su rencor era secreto y callado como su venganza, porque estaban convencidos de que ellos inspiraban las diatribas de los poetas y que el auditorio miraba tan sólo la ciudad cuando se le señalaba á Argos ó Tebas. Suetonio nos da una muestra de la perspicacia de aquella gente; basta, afirma, que un cómico se presenta en escena marchando torpemente y chasqueando un látigo, mientras tanto el coro canta: «Hé aquí el viejo patán que vuelve de sus campos» para que la risa se estienda por todo el teatro, y el público reconozca al emperador Galba.

Como si esto no fuera bastante, Séneca se encarga de aclarar toda duda y de convencernos de que sus tiros van directos al César. Dicen en *Thyestes* «Abstente de verter la sangre tú que ocupas el trono,» consejo á todas luces dirigido á su discípulo. Más adelante como si quisiera aludir á su posición especialísima en la corte, añade: «Yo, se muy bien que la verdad disgusta á los reyes y que su orgullo no quiere sufrir

que se les hable de virtud.» «Cuando nadie enseñe á los reyes la perfidia y el crimen, el trono la aprenderá por sí mismo.» ¿Quién no reconoce á Séneca en estas palabras? «Creedme; la prosperidad no nos seduce más que con goces engañosos, es un gran error el odiar la desgracia. Desde que no soy poderoso he dejado de temblar. El crimen no va á buscar al pobre en su cabaña; él come confiadamente en una mesa modesta, mientras que se corre el peligro de beber veneno en copas de oro. Os lo digo, porque yo mismo lo he experimentado.»

Mas prácticas, son las observaciones que desliza en *Edipo* y *Agamemnon*. «El rey, dice, no tiene amigos, no puede contar con la amistad de nadie; la fidelidad no pone nunca los piés en el suelo de los palacios. Dos cosas hay que no se separan, el odio y el trono. Ese que da las coronas á su gusto, en cuya presencia doblan las naciones las rodilla, que con un movimiento de cabeza, desarma los Medos y reduce los Partos, ese, no está exento de inquietud sobre su trono y tiembla vislumbrando los caprichos de la fortuna y los golpes imprevistos que destruyen los imperios.»

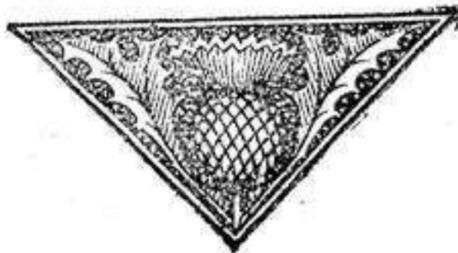
Claro está que en ocasiones no se hablaba de política en las salas de lectura, y si por el contrario, se escuchaba con delicia composiciones literarias, pero estos sucedía con ménos frecuencia; por lo regular el público de las lecturas no iba allí á buscar bellezas de forma sino ataques políticos, no á saborear con deleite pensamientos poéticos sino á presenciar con amargura, el elogio fúnebre de los desgraciados, como dice Plinio.

A la oposicion de los literatos se unió la de los filósofos, única protesta que aquel pueblo que dominaba al orbe, primero con las armas despues con el derecho y la justicia, arrojaba al rostro del despotismo; contra esa protesta de talento los Césares presentaron un ejército de delatores y pagaron con la muerte á los que les advertían su propia ruina y aconsejaban lealmente la práctica de los principios generadores de la vida de los pueblos, asemejándose á esos políticos que reprimenn con dureza el sagrado ejercicio de la libertad, matan la prensa, ahogan la tribuna, truecan el

derecho en privilegio y destruyen el cumplimiento del deber por la obediencia pasiva y obligatoria que impone, desvanecidos por el aire corruptor que domina en las alturas de la ignorancia.

RAFAEL COMENG.

Madrid 8 de Junio de 1879.





EL SOCIALISMO

(FRAGMENTOS INÉDITOS.)

EXISTEN, sin embargo, otros varios puntos importantes peor en ellos las acusaciones de los socialistas contra la competencia no llevan en sí una respuesta tan perentoria. La competencia es la mejor garantía de la baratura, pero no de la calidad. En un principio, cuando los productores y los consumidores eran menos numerosos, la competencia aseguraba al comprador esas dos ventajas. El mercado no era bastante vasto, ni la publicidad se hallaba bastante desarrollada para que un comerciante pudiera labrar una fortuna aumentando continuamente el número de sus parroquianos. Sólo podía conseguirlo conservando los que tenía. Si un comerciante proporcionaba ó no buenos artículos, los que tenían interes en averiguarlo lo sabían al poco tiempo. El comerciante iba ganando de este modo su buena ó mala reputacion, y la fama que adquiría tenía para él mucha más importancia que la ganancia que podía realizar engañando de cuando en cuando á algunos compradores fortuitos. Pero en la vasta escala de las transacciones modernas, con la inmensa multiplicacion de la competencia y el enorme aumento del número de negocios en que se ejerce,

los comerciantes dependen tan poco de sus habituales compradores, que tienen ménos necesidad de una buena reputacion, y al mismo tiempo se hallan ménos seguros de obtener la que merecen. Un comerciante anuncia sus mercancías á precios sumamente reducidos; de cada mil personas que lo saben, suele haber una capaz de comprender que las malas condiciones de aquellas mercancías compensa con creces semejante baratura. No es esto todo: ciertos comerciantes realizan hoy fortunas mucho mayores que las que podían realizarse en otros tiempos, lo cual excita la codicia de todos los demas; la sed de un rápido lucro se sustituye al modesto deseo de ganarse la vida por medio del comercio. De este modo, á medida que la riqueza aumenta y que cada cual cree poder alcanzar precios más elevados, se introduce en el comercio una aficion al juego cada vez más marcada. Aun en los casos en que esa aficion no domina, no solamente se descuidan las máximas más elementales de la prudencia, sino que se propende de un modo terrible á aventurarse en todo género de engaños pecuniarios, sin exceptuar los más peligrosos. Esto es lo que quiere decirse cuando se habla de la actividad, de la competencia moderna. Debemos añadir, que cuando esta actividad llega á cierto punto, cuando una parte de los productores de un artículo ó los comerciantes que los distribuyen han recurrido á un fraude cualquiera, por ejemplo, la falsificacion, el engaño en la cantidad, etc., cuya repetidísima frecuencia excita hoy infinidad de quejas, áun los mismos que no hubieran sido capaces de inventar estos fraudulentos amañños, se sienten vivamente inclinados á adoptarlos. En efecto, el público se entera de la baratura, resultado engañoso del fraude, pero no descubre al pronto, si es que alguna vez llega á descubrirlo, que el artículo no vale siquiera el precio inferior que se da por él; se deja de pagar un precio superior por un artículo mejor, y, á partir de este momento, el comerciante honrado se halla en una situacion completamente desventajosa. De este modo, los fraudes introducidos por un corto número de individuos llegan á ser de un uso habitual en el comercio, y la moralidad de las clases comerciantes va desapareciendo cada vez más.

En este punto, los socialistas han demostrado efectivamente la existencia de un mal grave que tiende á agravarse á medida que la poblacion y la riqueza aumentan. Es preciso decir, sin embargo, que la sociedad no ha empleado aún los medios que posee ya para atacar resueltamente este mal. Las leyes penales dirigidas contra el fraude comercial, son muy defectuosas, y su ejecucion deja muchísimo que desear. No hay ninguna probabilidad de que esas leyes se observen, á ménos que haya alguien que tenga la mision especial de hacerlas cumplir. La necesidad de la intervencion del ministerio público en este asunto es evidentemente notoria. Todavía no se ha averiguado hasta qué punto sería posible reprimir por medio de leyes penales esas fechorias de que rara vez se ocupan los tribunales, y que cuando lo hacen, muestran, por lo ménos en Inglaterra, una indulgencia muy mal entendida. Es posible, sin embargo, combatir esos fraudes que más interesan al pueblo, es decir, los que se cometen en el precio ó en la calidad de los artículos del consumo diario. Puede oponérseles la institucion de las sociedades cooperativas de consumo. En las asociaciones formadas con este objeto, los consumidores pueden prescindir de los vendedores al por menor y obtener sus artículos directamente de los comerciantes al por mayor, ó mejor todavía, hay que existen agencias cooperativas al por mayor, de los mismos productores. De este modo se libran del pesado tributo que se paga hoy á los distribuidores, y al mismo tiempo pueden prescindir de los culpables autores de las adulteraciones y de otros fraudes. La distribucion, en esas asociaciones, llega á ser un trabajo reservado á varios agentes escojidos y pagados por los que sólo desean alcanzar la baratura y la buena calidad de las mercancías, y se puede reducir el número de los distribuidores á la cifra que realmente exija el trabajo que haya de hacerse. La dificultad del sistema de la asociacion de consumo consiste en que es preciso que los administradores sean inteligentes y honrados, y el cuerpo de la asociacion no puede ejercer sobre ellos toda la fiscalizacion necesaria. Sin embargo, el gran éxito y el rápido desarrollo de este sistema prueba que esas dificultades han sido vencidas en la mayor parte de los casos. De todos

modos, si los buenos efectos de la competencia de los vendedores al pormenor en espera de la baratura han pasado ya, y si es preciso, para reemplazarla, buscar otras garantías, se ha conseguido hasta cierto punto deshacerse de los efectos de esa competencia que tendía á deteriorar la calidad. Por otra parte, la propiedad de las asociaciones cooperativas de consumo prueba que se ha obtenido ya esa ventaja, no solamente sin disminuir la baratura, sino aumentándola grandemente, puesto que los beneficios que se obtienen permiten dar al consumidor un gran dividendo sobre el precio de los artículos que le han sido suministrados. Así, pues, en lo que se refiere á los males de la competencia, tenemos ya contra ellos un remedio eficaz; y, áun cuando sugerido por los principios socialistas, y aplicado en parte por ellos mismos, este remedio es compatible con la constitucion actual de la propiedad.

Por lo que hace á los fraudes económicos en mayor escala y más visibles, á esas malas prácticas que realmente son verdaderos fraudes, que todo el mundo conoce por una infinidad de deplorables ejemplos, y que los negociantes y los banqueros cometen unos en perjuicio de otros, ó en daño de los que les han confiado su dinero, el remedio de que acabamos de hablar no tiene ningun valor, y la constitucion actual de la sociedad no nos ofrece más medio de combatirlos que una reprobacion enérgica de la opinion pública y una represion más eficaz por parte de la ley. Todavía no se ha hecho ningun estudio sério de estos remedios. Estas prácticas reprobadas se traslucen generalmente en el caso de insolvencia; no se coloca á sus autores en la categoría de los malhechores sino en la de los deudores insolventes. Las leyes inglesas y las de otros países eran en otro tiempo tan excesivamente rigurosas contra la simple insolvencia, que, por una de esas reacciones á que están expuestas las opiniones de los hombres, se ha llegado á considerar á los insolventes como personas dignas de compasion y todo el mundo parece creer que la mano de la ley y la de la opinion no debe en modo alguno posarse sobre ellos. Por regla general, las leyes inglesas, al castigar los crímenes y los delitos, no se

ocupan nunca de reparar el daño causado á la víctima. Las leyes referentes á las quiebras se han ocupado en ayudar al acreedor á recobrar lo que resta de su fortuna; pero no han dado casi ninguna importancia á la necesidad de castigar en la quiebra las fechorias que no tienen relacion directa con este objeto principal. En estos últimos cuatro años ha habido un ligero movimiento de reaccion en inverso sentido y se han votado varias leyes algo ménos indulgentes con las quiebras; pero el objeto principal que se proponen es siempre el interes pecuniario de los acreedores; y lo que hay de criminal en la quiebra en sí, salvo un pequeño número de crímenes ó de delitos calificados, queda casi impune. Puede asegurarse sin temor de engañarse que, en Inglaterra por lo ménos, la sociedad no ha hecho uso del poder que tiene para conseguir que la falta de probidad en el comercio redunde en daño de los verdaderos culpables. Por el contrario, se especula valiéndose del engaño, y todas las ventajas están de parte del engañador; si el engaño sale bien, el engañador realiza una fortuna y la conserva; si sale mal, todo lo más que ariesga es verse reducido á la pobreza que ya tal vez le amenazaba, puesto que se decidió á correr aquella contingencia. Las gentes que no examinan cuidadosamente el asunto, y áun las mismas que saben lo que él ha hecho, no le consideran como un infame, sino como un desgraciado. Miétras no se emplee contra la insolvencia culpable un procedimiento moral y racional y se vea que este procedimiento no da el resultado apetecido, no habrá derecho á considerar la falta de honradez en el comercio como uno de esos males cuya existencia es inseparable de la competencia en el comercio.

Hay otro punto acerca del cual se cometen grandes errores, tanto en el campo de los socialistas como en el de las uniones obreras y de otras personas que defienden el trabajo contra el capital: la cuestion es saber en qué proporcion se halla dividida realmente la produccion del país, y determinar la cantidad que de ella distrae con detrimento de los productores, sin más objeto que el de enriquecer á otras personas. Me abstengo por ahora de hablar de la tierra;

esta es una cuestión á parte. Pero en la del capital comprometido en los negocios, tiene el pueblo ciertas ideas en su mayor parte equivocadas. Por ejemplo, si un capitalista emplea en sus negocios 500.000 francos para obtener una renta de 50.000 francos anuales, casi todos creen que tiene el usufructo de 50.000 y de 500.000 francos, mientras el trabajador sólo es propietario de su jornal. Sin embargo, aquel sólo obtiene los 50.000 francos con la condición de no aplicar ninguna parte de los 500.000 á su propio uso. El es legalmente el dueño de esta cantidad; puede derrocharla si quiere; pero si lo hace, dejará de tener los 50.000 francos anuales. Mientras obtiene una renta de su capital no puede sustraerlo al uso de los demás. Toda la parte de su capital que consiste en edificios, herramientas é instrumentos destinados al trabajo se halla aplicada á la producción, y por consiguiente, no puede destinarse á los gastos particulares de nadie. La parte que puede recibir esta aplicación (comprendiendo en ella lo que cuesta la conservación y la renovación de los edificios y de las herramientas) está pagada á los trabajadores y constituye su remuneración, como también su parte en la división del producto. Para todo lo que entra en el goce personal, los obreros tienen el capital; el capitalista no tiene más que los beneficios, y solo los obtiene con la condición de emplear su propio capital en satisfacer las necesidades de los trabajadores en vez de atender á las suyas. La proporción que existe generalmente entre los beneficios del capital y el capital mismo (ó más bien la parte que circula del capital) es la misma que existe entre la parte de los productores que obtienen los capitalistas y la parte colectiva de los trabajadores. Aun de su misma parte, solo una cantidad insignificante le pertenece á título de poseedor del capital. La parte del producto que corresponde al capital, únicamente á título de capital, se halla fijada por el interés del dinero, puesto que es todo lo que el propietario del capital obtiene, cuando solamente contribuye á la producción con su capital. El interés del capital en los fondos públicos que generalmente ofrecen mayor seguridad es á los precios corrientes, que no han variado en

una porcion de años, de cerca de $3 \frac{1}{3}$ por 100. Aun colocando así los fondos pueden correrse ciertos riesgos, tales como el de la falta de reconocimiento de la deuda y el de verse obligado á vender á un tipo más bajo en el caso de ocurrir una crisis comercial. Evaluando los riesgos en $\frac{1}{3}$ por 100 pueden considerarse los 3 por 100 restantes como la remuneracion del capital, deduccion hecha del seguro contra la pérdida. En la garantía de una hipoteca, se obtiene generalmente el 4 por 100, pero corriendo mayores riesgos como la falta de legitimacion en los títulos de propiedad, daba la mala legislacion que acerca de este particular rige en Inglaterra, la contingencia de tener que realizar la obligacion haciendo crecidísimos gastos y la posibilidad de experimentar ciertos retrasos en el pago de los intereses, aún en el caso de que el capital no sufra daño alguno. Cuando el dinero, sin el concurso del trabajo de su propietario, proporciona una gran renta, cosa que sucede algunas veces, por ejemplo, en las acciones de ferro-carriles ó de otras compañías, el exceso no es, por decirlo así, sino el equivalente del riesgo de perder todo ó parte del capital, á consecuencia de una mala administracion de los negocios. Esto es lo que sucede en el ferro-carril de Brighton, cuyo dividendo, despues de llega al 6 por 100, quedó reducido á la nada, luégo subió á $1 \frac{1}{2}$ por ciento, y sus acciones, emitidas á 120, apénas pueden hoy venderse á 43. Oyese hablar muchas veces de intereses elevados que únicamente pagan los disipadores y las gentes que luchan con grandes apuros; pero con ellos las probabilidades de perder son tan grandes, que hay muy pocas personas con dinero que se decidan á prestárselo. Designar la usura como una de las cargas más pesada de las clases obreras, no es tampoco pensar atinadamente. De modo que, los beneficios que un fabricante ú otra persona cualquiera consagrada á los negocios saca de su capital, pueden estimarse en un 3 por 100. Si el capitalista pudiera y quisiera abandonar la totalidad de esta renta á los trabajadores que ya se distribuyen la totalidad de su capital, que se reproducen de año en año, sus salarios semanales sólo lograrían así un insignificante aumento. Una gran parte del bene-

ficio que él obtiene más del 3 por 100, es lo que constituye la prima del seguro contra las diferentes clases de pérdidas á que se halla sujeto el capital. El capitalista no puede, si es prudente, destinar esta prima á su uso particular; debe tenerla en reserva para cubrir las pérdidas en el momento en que éstas ocurran. Lo que queda es verdaderamente la remuneracion de su habilidad y de su industria, el salario de su trabajo y de la direccion que da á los negocios. Indudablemente, si es muy afortunado, el salario que saca es muy considerable y no guarda ninguna proporcion con el que la misma habilidad y la misma industria exigirían si se ofreciesen en locacion. Pero por otra parte, él corre mayores riesgos que el de quedarse sin empleo; corre el riesgo de tener el trabajo y la inquietud sin el salario, trabajando sin ganar nada. Yo no digo que los inconvenientes se igualen con las ventajas; yo no digo tampoco que él no obtenga ninguna ventaja de la situacion que hace de él un capitalista y un hombre que facilita trabajo á los demas, y no un hábil director que alquila sus servicios á otra persona. Pero al estimar el valor de esta ventaja, no debemos considerar solamente los premios grandes de la lotería de los negocios. Si deducimos las ganancias de los unos y las pérdidas de los otros, y si quitamos de la balanza una justa indemnizacion para pagar la inquietud y el trabajo de los unos y de los otros, calculándola segun el precio corriente de una persona hábil, quedará sin duda una suma considerable, pero que, comparada con la totalidad del capital del país, reproducido cada año y gastado en salarios, queda muy por debajo de lo que la imaginacion popular se figura. Si se añadiese á la parte concedida á los trabajadores, la aumentaría mucho ménos que una invencion importante en los útiles destinados al trabajo ó la supresion de los distribuidores inútiles ú otros *parásitos de la industria*. Sin embargo, si se quiere hacer una exacta evaluacion de la parte del producto de la industria empleada en remunerar el capital, no hay que limitarse á contar el interes alcanzado sobre el producto por el capital empleado en crear este producto. Es preciso comprender en él la suma que se paga á los antiguos propietarios del capital, que ha sido gastada improductivamente, y que ya no existe, suma

que, como es natural, se paga á expensas del producto de otro capital. En este caso se halla la deuda nacional con que una nacion soporta la carga, herencia de un pasado de dificultades rentísticas, de peligros, de locuras y de la mala conducta de los jefes del gobierno, conducta en que la nacion ha tenido una participacion más ó ménos grande. Hay que añadir tambien el interes de las deudas de los propietarios de las tierras y de otros consumidores improductivos, á no ser que el dinero obtenido del préstamo se haya invertido en realizar mejoras que beneficien la produccion del suelo. Por lo que hace á la propiedad territorial, hay en la institucion que convierte la renta del suelo en una propiedad privada, una cuestion que yo me reservo, como he dicho, para discutirla más adelante; en efecto, podrían introducirse en la enfitensis del suelo ciertas modificaciones que parecen deseables, podrían declararse todas las tierras propiedad del Estado, sin tocar para nada al derecho de propiedad, sobre todo, lo que es producto del trabajo y de la abstinencia del hombre.

He creido conveniente comenzar la discusion del socialismo por estas observaciones destinadas á rebatir las exageraciones de los socialistas; con objeto de que se pueda formar una idea exacta de la verdadera cuestion que se agita entre el socialismo y la sociedad actual. El sistema actual no nos lleva, como creen muchos socialistas, á un estado de indigencia general ni á una esclavitud de la que sólo el socialismo puede sacarnos. Grandes son los males y las injusticias que lleva consigo el sistema actual; pero léjos de ir en aumento, van, por regla general, disminuyendo gradualmente. Además, la desigualdad en la distribucion de los productos entre el capital y el trabajo, por mucho que ofenda el sentimiento de la justicia natural, no daría, limitándose á hacerla desaparecer, un fondo suficiente para levantar el rebajado nivel de la remuneracion, ni es tampoco tan considerable como los socialistas, y con ellos otras muchas personas, llegan á suponer. No hay injusticia ni abuso en la sociedad actual que con sólo quedar abolido pueda hacer pasar al género humano de un estado de sufrimiento á un estado de felicidad. La tarea que nos hemos impuesto consiste en comparar friamente los dos sistemas

sociales diferentes, para saber cuál de ellos ofrece más medios de resolver las inevitables dificultades de la vida. En fin, si creemos que la solución es más difícil y depende de las condiciones morales é intelectuales mucho más de lo que se piensa generalmente, tenemos por otra parte la satisfacción de opinar que aún hay tiempo para resolver la cuestión á la luz de la experiencia, sometiéndola á pruebas ó ensayos prácticos. Yo creo que únicamente estos ensayos prácticos podrán hacernos conocer si los planes socialistas son susceptibles de aplicación, y si los resultados de estos planes son útiles y provechosos; pero también creo que los motivos intelectuales y morales en que se funda el socialismo, merecen ser estudiados con grandísima atención, porque ellos nos revelan casi siempre los principios que pueden dirigir las mejoras necesarias para dar al actual sistema económico de la sociedad sus mejores esperanzas.

DIFICULTADES DEL SOCIALISMO.

Los que toman el nombre de socialistas pueden ser clasificados en dos grupos. Los unos proyectan planes en favor de un nuevo orden social en el cual deben suprimirse la propiedad privada y la competencia individual, creándose otros nuevos medios de acción, reproduciendo la forma de las comunidades de los pueblos ó de los municipios y aplicándolos á una nación entera, dividiéndola en una porción de unidades autónomas. Tal es el carácter de los sistemas de Owen y Fourier y de todos los que más bien que socialistas son hombres especulativos y filósofos. Los otros que son más bien un producto del continente que de la Gran Bretaña, y á los que podríamos designar con el nombre de socialistas revolucionarios, se proponen otros fines más atrevidos. Quieren que todos los recursos productivos del país sean dirigidos por una autoridad central, es decir, por el gobierno. Según confiesan muchos de ellos, para lograr este objeto, las clases obreras ó alguien que trabaje en favor de las mismas, deben apoderarse de toda la propiedad del país y administrarla para el bienestar general.

Sean las que fueren las dificultades que suscite la primera de estas dos formas de socialismo, es indudable que la segunda implica muchas más todavía. La primera tiene la gran ventaja de que es posible llevarla á cabo progresivamente, y puede demostrar en la práctica lo que vale. Puede ser ensayada primeramente en una poblacion escogida y puede ser aplicada despues á otras varias, á medida que su educacion y progreso lo permitan. No tiene necesidad de transformarse en un elemento de destruccion, y, en el órden natural de las cosas, sólo desempeñaría este papel cuando hubiese llegado á ser un medio de reconstruccion. No sucede así con la otra forma de socialismo: ésta se propone sustituir de un sólo golpe la ley nueva en lugar de la antigua, renuncian á todos los beneficios obtenidos bajo el imperio del sistema actual y á las grandes probabilidades de mejora que aún le quedan, para saltar sin preparacion alguna al otro extremo, poniendo en ejecucion todo el sistema de las obras sociales, sin recurrir á la fuerza motriz que ha venido sirviendo hasta ahora para dar impulso á toda la máquina. Para llevar á cabo este plan que no tiene más autoridad que la de una opinion personal, y que no se halla aún demostrada por ningun ensayo experimental, para combatir á todos los que poseen actualmente una existencia material desahogada y arrebatárles por medio de la fuerza los medios de conservarla, para no retroceder ante la efusion de sangre y la espantosa miseria que sería el resultado de estas tentativas, si llegaban á encontrar alguna resistencia, confesamos que es preciso dar con hombres dotados de una grandísima confianza en su propia sabiduría y de un desprecio á los sufrimientos ajenos, tales como fueron Robespierre y Saint-Just, tipos de la conjuncion de esos dos atributos. Sin embargo, este sistema cuenta con importantes elementos de popularidad que no se hallan en la forma más prudente y más razonable de socialismo; todas cuantas ideas se propone, promete realizarlas inmediatamente, y sostiene en sus adeptos la esperanza de ver la totalidad de sus aspiraciones realizadas en vida de los mismos y de un modo repentino.

Sin embargo, mejor será no examinar lo que hay de parti-

cular en la forma revolucionaria del socialismo, hasta tanto que dejemos convenientemente examinadas las consideraciones expuestas por ambos sistemas.

La producción no podría alcanzar la cifra actual, ni atender á las necesidades de una población tan numerosa como la que hoy existe, sino bajo dos condiciones: con abundante y costoso surtido de herramientas en los edificios, toda clase de instrumentos de producción, y la facultad de emprender largas operaciones y poder aguardar sus resultados durante mucho tiempo. En otros términos, es preciso que exista un gran capital acumulado ó empleado en el mobiliario y en los edificios, ó bien en circulación, es decir, destinado al servicio de los trabajadores y de sus familias durante el tiempo que media desde la terminación de las operaciones de producción hasta la entrada del producto. Las leyes del mundo material y las condiciones de la vida humana imponen esta necesidad. Pero este capital fijo y este capital puesto en circulación, condiciones necesarias de la producción (á las cuales debemos agregar la tierra y todo lo que ella contiene) pueden ser la propiedad colectiva de los que la emplean, ó bien la propiedad de ciertos individuos. El caso es saber cuál de estos dos sistemas es el más á propósito para hacer posible el bienestar de los hombres. Lo que constituye el carácter del socialismo, es que la propiedad colectiva de los instrumentos y de los medios de producción es de todos los individuos de la sociedad; de lo cual se deduce que la división del producto entre los cuerpos de los propietarios debe ser un acto de la autoridad pública, sometido á ciertas reglas dictadas por la sociedad. El socialismo no excluye la propiedad privada de los artículos de consumo, es decir, el derecho exclusivo que tiene cada hombre ó cada mujer á su parte del producto, una vez recibida, ya sea para disfrutarla, para darla ó para cambiarla. Por ejemplo, la tierra podría ser absolutamente la propiedad de la comunidad para servir á la agricultura y á otros medios de producción; podría ser cultivada en provecho colectivo, en tanto que la vivienda designada á cada individuo ó á cada familia como una parte de su remuneración, tendría que ser también exclusivamente

su propiedad, del mismo modo que una casa puede pertenecer hoy á un particular cualquiera. La propiedad privada no comprendería solamente la casa, sino tambien todos los terrenos que las condiciones de la asociacion permitiesen agregar á ella para contribuir al recreo y comodidad de sus habitantes. El rasgo distintivo del socialismo no es que todo sea comun, sino hacer la produccion por cuenta comun, y considerar todos los instrumentos de produccion como de propiedad comun.

No podemos negar la posibilidad de llevar á la práctica el socialismo concebido segun el plan de los pueblos de Owen ó de Fourier. El gobierno de la produccion total de una nacion por una agencia central, es otra cosa muy distinta; una asociacion agrícola y manufacturera de dos á cuatro mil habitantes en buenas condiciones de suelo y de clima, sería más fácil de dirigir que muchas de esas compañías establecidas por acciones. Lo que debemos averiguar es si esta direccion colectiva tiene tantas probabilidades de buen éxito como la direccion de la industria privada por un capital privado. Es preciso examinar esta cuestion bajo dos puntos de vista: segun el valor productivo del talento ó de los talentos directores, y segun el de los simples obreros. En fin, para considerarla bajo su forma más sencilla, supondremos que el socialismo toma la forma del simple comunismo; nos referimos al régimen de reparticion de los productos á partes iguales entre todos los individuos de la sociedad, ó segun la superior idea que M. Louis Blanc tiene de la justicia, de la reparticion del producto en partes proporcionales segun la diferencia de las necesidades, pero sin ninguna diferencia segun la índole del servicio, ni segun el mérito atribuido á los servicios del individuo. Hay otras formas de socialismo, sobre todo, el defendido por los partidarios de Fourier, que en virtud de razones de justicia ó de conveniencia, concede diferente remuneracion segun las diferentes clases ó grados de servicios prestados á la sociedad; pero por ahora, conviene que dejemos aplazado su exámen.

La mayor diferencia entre las fuerzas motrices en el régimen de la propiedad privada y en el del comunismo, está en la cuestion de la direccion. En el sistema actual, la direccion se

halla enteramente en manos de las personas que poseen el capital ó que responden de él personalmente. Toda la ventaja de la diferencia entre la buena ó la mala administracion de los negocios, redunda en las personas que los dirigen: ellas son las que recogen todo el beneficio de una buena gestion, á ménos que su interes ó su liberalidad les induzca á repartir una parte de él entre sus subordinados; ellas solas soportan tambien todo el daño de una mala gestion, á ménos que la gestion no sea tan mala que las coloque en la imposibilidad de continuar facilitando trabajo á sus obreros. Hay en esta situacion un motivo personal muy poderoso que obliga á emplear la mejor direccion posible y á hacer increíbles esfuerzos para que las operaciones industriales sean productivas y económicas. Este motivo dejaría de existir bajo el régimen del comunismo, toda vez que los gerentes sólo recibirían como parte del producto el mismo dividendo que los demas individuos de la asociacion. Subsistirían otros motivos; en primer lugar el interes comun á todos de que los negocios sean dirigidos, de modo, que el dividendo llegue á ser todo lo más grande posible, y luégo las inspiraciones del amor al bien público, de la conciencia, del honor y de la buena fama de los gerentes. La fuerza de estos motivos, sobre todo cuando obran de consuno, es considerable, pero varía mucho segun las personas, y es mayor ó menor segun los fines que se propone.

La experiencia nos enseña que en el grado todavía inferior de cultura moral en que el hombre se halla, los impulsos de la conciencia, de la gloria y de la reputacion, aún teniendo cierta fuerza, son en la mayor parte de los casos más poderosas para contener que para impulsar. Puede mas bien contarse con ellas para impedir el mal que para poner en juego toda la actividad del hombre en el cumplimiento de las ocupaciones ordinarias. Para la mayor parte de los hombres, el único motivo bastante constante y bastante persistente para vencer la influencia siempre presente de la indolencia y del amor al bienestar, para inducir á los hombres á consagrarse sin descanso á un trabajo casi siempre fatigoso y sin atractivo, es la esperanza de mejorar su condicion económica y la de su fa-

milia. Cuanto más dominante es este motivo, más estrecha llega á ser la relacion que une todo crecimiento de esfuerzo á un crecimiento correspondiente de sus frutos. Suponer lo contrario, valdría tanto como admitir implícitamente que, con los hombres, tales como son en la actualidad, el deber y el honor son motivos más poderosos que el interes personal, no solamente para estimular al hombre á obrar ó no en cierto sentido para el cual han sido preparados sus sentimientos por una cultura excepcional, sino tambien para dirigir convenientemente su vida entera. Creo que nadie se atrevería á afirmar semejante cosa. Habrá tal vez quien juzgue posible remediar la insuficiencia de la eficacia del amor del bien público y social, que sólo proviene de la imperfeccion de la educacion. Yo no tengo inconveniente en admitir que existen hoy muchos individuos que son una honrosa excepcion de esta flaqueza general. Pero ántes de que estas excepciones se conviertan en mayoría ó siquiera en una importante minoría, habrá de transcurrir mucho tiempo. La educacion de los hombres es una de las cosas más difíciles que se conocen, y el punto de que tratamos es precisamente uno de los que la educacion no ha conseguido mejorar aún. Además, las mejoras que se introducen en la educacion general, son necesariamente muy lentas, porque la generacion futura es educada por la presente, y la imperfeccion de los maestros pone una insuperable barrera á los esfuerzos que ellos mismos hacen para lograr que sus discípulos les aventajen en cualidades morales. A ménos de operar en una parte escojida de la poblacion, es preciso, pues, contar con que el interes personal continuará siendo, durante mucho tiempo, una causa que ha de obligar al hombre á consagrar á los negocios industriales más celo y atencion que los que pudieran inspirarle otros motivos de un órden más elevado. Se dirá que ahora la sed de fama personal va, por su mismo exceso, al encuentro de su propio fin, puesto que impele á buscar con despreocupacion, y muchas veces con falta de honradez, los azares de la suerte. Es verdad, y con el comunismo, el origen de estos males desaparecía en la mayor parte de los casos. Pero es probable que desapareciese toda actividad en los negocios, y estos acabarían

por caer en una tristísima rutina. Cuanto más eficaz es la autoridad de las sanciones externas en las sociedades comunistas para imponer el cumplimiento del deber, y cuánto más fácil es obligar á todo el mundo á obedecer al pié de la letra reglas fijas é invariables, tanto más fácil es también sujetarle al cumplimiento del deber. Lo que hace que este resultado sea aún mucho más probable, es que los gerentes no podrían obrar con independencia sino dentro de los más estrechos límites. Naturalmente, ellos deberían su autoridad á la elección de la sociedad, que á cada instante podría arrebatárles sus funciones; estarían, pues, aún cuando la constitución de la sociedad no lo exigiese, sometidos á la necesidad de obtener el consentimiento general del cuerpo social, ántes de introducir ningún cambio en los procedimientos acostumbrados. Como es difícil llevar á un cuerpo numeroso la convicción de que conviene variar en uno ú otro sentido la habitual manera de trabajar, ó introducir una modificación que muchas veces comienza por producir algunos trastornos, y cuyos inconvenientes son más aparentes que las ventajas, sucedería generalmente que unos y otros acabarían por continuar las prácticas establecidas por la costumbre. A esta objeción puede contestarse que si la elección del gerente dependiera de las personas directamente interesadas en el éxito de la empresa y que tienen al mismo tiempo el conocimiento práctico de los hombres y la ocasión de juzgarlos, recaería probablemente casi siempre en gerentes más hábiles que los que designa la circunstancia fortuita del nacimiento, única autoridad que suele decidir en el estado actual, qué persona ha de ser la poseedora del capital. Es posible. Podría contestarse que el capitalista por herencia, tiene también la facultad, lo mismo que la sociedad, de nombrar un gerente más apto que él; pero no por eso adelantaría más que la sociedad ni sacaría mayores ventajas.

Los adversarios del socialismo pueden alegar que, bajo el régimen comunista, las personas más entendidas en la gestión retrocederían probablemente ante las inmensas dificultades de sus funciones. Hoy, el gerente, aún cuando sea un funcionario asalariado, disfruta una remuneración mucho

mayor que las demás personas interesadas en el negocio; además, sus funciones de gerente le sirven como de primer escalon para llegar á una posición social mucho más elevada. En el sistema comunista no poseería ninguna de estas ventajas; obtendría, como otro individuo cualquiera, el dividendo igual para todos sacado del producto del trabajo de la sociedad, y nada más; no tendría ya ninguna probabilidad de abandonar su puesto asalariado para ocupar el de capitalista; y él que no podía aspirar á que su suerte fuese mejor que la de los demás trabajadores, cargaría con una responsabilidad y una inquietud tan excesivamente grandes, que muchos hombres preferirían probablemente otros empleos menos honoríficos. Platon había previsto esta objeción al sistema de la comunidad de los bienes entre los individuos de la clase gobernante. El motivo con que él contaba para que los hombres capaces se decidiesen á cargar con las penas y los trabajos del gobierno, sin acometer semejante tarea por ninguno de los motivos ordinarios, es el temor de ser gobernado por otros hombres peores. En realidad, sobre este motivo es sobre el que sería preciso contar la mayor parte de las veces; las personas más dignas de dirigir los negocios, se sentirían inclinadas á llevar tan pesada carga, á fin de evitar que fueran á caer en manos menos dignas. Este motivo sería probablemente eficaz en los momentos en que se comprendiese que la sociedad caminaba á su ruina, ó se hallaba por lo menos en un estado menos próspero á consecuencia de una gestión desacertada. Sin embargo, por regla general no debe creerse que este motivo obre bajo el impulso menos poderoso del deseo de concurrir simplemente á una mejora. No sucedería otro tanto con los inventores ú organizadores de proyectos, gentes siempre dispuestas á ejecutar á todo trance las ideas en que esperan hallar resultados considerables é inmediatos. Pero estas personas confían demasiado generalmente en sus propias fuerzas y tienen un criterio poco sólido, circunstancias ambas que les priva de la necesaria aptitud para la dirección general de los negocios; y, cuando por casualidad son capaces de dirigirlos, los hombres vulgares los miran siempre con una marcada preven-

cion. En la mayor parte de los casos serían incapaces de vencer la primera dificultad con que habrían de tropezar necesariamente, la de convencer á la vez la sociedad de que debía aprobar sus proyectos y aceptarlos á ellos como directores. Debemos, pues, suponer que bajo el régimen del comunismo, la gestion de los negocios se prestaría ménos, segun toda probabilidad, al descubrimiento de nuevas vías, y no conseguiría, previendo una ventaja remota é insegura, sacrificios inmediatos rara vez acompañados de riesgos, sin duda, pero sin los cuales no podría realizarse ninguna gran mejora en la condicion económica de los hombres. Los gerentes no podrían tampoco conservar el estado existente en presencia de un crecimiento continuo en el número de bocas que sería indispensable alimentar.

Hasta aquí sólo nos hemos fijado en el efecto de los motivos sobre la capacidad de los gerentes de la asociacion. Veamos ahora qué es lo que ocurre respecto de la mayor parte de los trabajadores.

Los trabajadores, bajo el régimen del comunismo, no tendrían ningun interes, fuera de su parte en el interes general, en efectuar su trabajo honrada y activamente. Pero respecto de este particular, el estado de cosas no sería peor que ahora por lo que hace á la gran mayoría de la clase que produce. Pagados con salarios fijos, los obreros están tan léjos de tener en la eficacia de su trabajo un interes directo que les sea propio, que no toman ni aún por el interes general la parte que todo obrero tomaría en favor de ese mismo interes dentro de la organizacion comunista. Todo el mundo ha observado la insuficiencia del trabajo á sueldo fijo y el modo imperfecto con que pone en juego la verdadera aptitud de los trabajadores. Indudablemente, la reputacion de ser un buen obrero no deja de tener su valor, puesto que proporciona con preferencia trabajo al hombre que la posee, y muchas veces un salario más crecido. Le es posible, además, alcanzar los puestos de jefe de taller ó de administrador subalterno, no solamente mejor pagados que los obreros ordinarios, sino favorecidos algunas veces con ciertas ventajas ulteriores. Pero por otra parte, debemos decir que con el comunismo, los sentimientos

de la sociedad, compuesta de compañeros cuya vigilancia trabaja cada individuo, se mostrarían ciertamente favorables al trabajo bueno y serio y desfavorable á la pereza, á la falta de cuidado y al derroche.

En el sistema actual, no solamente no sucede así, sino que la opinion pública de la clase de los obreros obra frecuentemente en sentido contrario. Las reglas de ciertas asociaciones obreras prohíben actualmente á sus individuos el ir más allá de cierta medida de fuerza productora, por temor de disminuir con este exceso de trabajo el número de los obreros necesarios para hacer toda la obra. Por la misma razón, dichas sociedades oponen una violenta resistencia á los inventos destinados á economizar el trabajo. El cambio que hiciese pasar de este estado de cosas á otro en que cada individuo tuviera interes en hacer que todos los demas fuesen en lo posible industriosos, hábiles y cuidadosos (como sucedería en el comunismo), significaría indudablemente una verdadera ventaja.

Sin embargo, debemos observar que los principales defectos del sistema actual en lo que se refiere á la fuerza productora del trabajo, pueden ser enmendados, y las principales ventajas del comunismo en esta materia podrían obtenerse por medio de disposiciones compatibles con la propiedad privada y la competencia individual. Ya se ha realizado una considerable mejora con el trabajo por piezas en la clase de obra que lo permite. Este sistema pone perfectamente en relacion el interes personal del obrero con la cantidad de trabajo que hace, ya que no con la calidad, cuya única garantía está en la vigilancia del que facilita y paga el trabajo. A pesar de esto, el trabajo por piezas no está en favor entre las clases obreras; al contrario, éstas se muestran hostiles á semejante sistema, porque creen que es un medio de disminuir el precio del trabajo. Esta aversion al trabajo por piezas se funda indudablemente en buenas razones, si es verdad, como se pretende, que muchas veces los que facilitan trabajo emplean ese sistema para averiguar el máximun de trabajo que puede hacer un buen obrero, á fin de fijar tan bajo el precio de la pieza, que el obrero, aún haciendo todo lo posible, no pueda

ganar más de lo que constituiría su jornal cotidiano con el trabajo ordinario.

Pero hay contra los inconvenientes del trabajo asalariado un remedio mucho más eficaz que el trabajo por piezas, y es lo que se llama *participacion industrial*, es decir, la participacion de todos los trabajadores en los beneficios, repartiendo entre todos los que han tomado parte en el trabajo bajo la forma de un tanto por ciento del beneficio, una parte ó el total de las ganancias, deducción hecha de una remuneracion atribuida al capitalista. Segun se ha visto ya en Inglaterra y en otros países, este sistema es de una admirable eficacia. El ha logrado aunar los esfuerzos de los obreros empleados, los cuales prestan una seria atencion al interes general del negocio. Despertando á un mismo tiempo el celo de los trabajadores y poniendo fin al derroche, este sistema ha aumentado de un modo sensible la remuneracion del trabajo en todos los géneros de produccion á que se ha aplicado. No puede ponerse en duda que es susceptible de una extension y de un crecimiento indefinido en las ganancias atribuidas á los trabajadores, sin más límite que el de no dejar en lo sucesivo á los gerentes bastante interes personal en los buenos resultados de la empresa. Tambien es probable, cuando esas combinaciones lleguen á generalizarse, que muchos de esos negocios pasen por muerte ó cesion de los jefes de industria, y mediante ciertos arreglos á manos de una asociacion puramente cooperativa.

Parece, pues, fuera de toda duda, que en lo que atañe á los motivos de esfuerzos en el cuerpo de la clase obrera, el comunismo no posee ninguna ventaja que no pueda obtener bajo el régimen de la propiedad privada, y que en lo que concierne á la gerencia, tiene inconvenientes bastante considerables. Hay además otros que parecen serle inherentes por la necesidad en que se halla de resolver de un modo más ó menos arbitrario ciertas cuestiones que en el sistema actual se resuelven por sí mismas, muchas veces bastante mal, pero por lo ménos expontáneamente.

El dar un salario igual á los que tienen participacion en el trabajo es una regla sencilla y justa, considerada bajo cierto punto de vista. Pero esta justicia es sumamente imper-

fecta, á ménos que la obra haya sido hecha por todos de una manera igual. Las diferentes clases de trabajo que toda sociedad exige son muy desiguales, por la dificultad ó los inconvenientes que presentan. Es tan difícil darles una común medida que haga la calidad equivalente á la cantidad, que los comunistas proponen por regla general que todo el mundo pase sucesivamente por todos los géneros de trabajo.

Pero este recurso supone el sacrificio casi completo de todas las ventajas económicas de la division de las funciones, division cuyas ventajas han ensalzado grandemente los economistas, ó por mejor decir, division cuyos inconvenientes no han estimado lo bastante, pero que no por eso deja de ser muy útil á la produccion del trabajo. Esto se funda en dos razones. Primera: la division del trabajo permite distribuirlo en cierto modo segun el talento y la aptitud especial del obrero. Segunda: el obrero adquiere mayor facilidad y maestria en un género de trabajo, cuando se consagra á él exclusivamente. Por consiguiente, el arreglo, que se cree indispensable, de una justa distribucion tendría probablemente una considerable desventaja bajo el punto de vista de la produccion. Además, es todavía un modo muy imperfecto de practicar la justicia, el ir á pedir la misma cantidad de trabajo á todo el mundo. Los hombres tienen capacidades de trabajo desiguales, tanto de cuerpo como de espíritu, lo que para unos es una ligera tarea, es para otros una carga que no pueden soportar. Es por lo tanto necesario que haya un poder que ejerza el derecho de gracia, una autoridad competente que declare las exenciones, que determine una cantidad de trabajo menor que la ordinaria, y relacion en cierto modo la tarea con la actitud de cada individuo. Mientras existan perezosos y egoistas que prefieran que los demás trabajen para ellos, en vez de trabajar ellos mismos, se harán frecuentes tentativas para obtener exenciones por favor ó por fraude; costará gran trabajo el rechazarlas, y no siempre podrá conseguirse. Estos inconvenientes se dejarían sentir en pequeña escala, por lo ménos, durante algun tiempo, en las sociedades compuestas de personas escojidas y que desearan muy de veras el buen éxito del ensayo. Pero los planes

de generacion de la sociedad deben considerar la media proporcional de los hombres, y mejor aún, el inmenso «residuo» de personas á quienes la insuficiencia de sus virtudes personales y sociales coloca muy por debajo de la media proporcional. Las pequeñas disputas y la animosidad que no dejarían de existir con motivo de la distribucion del trabajo, teniendo que tratar con una gente semejante, contribuirían extraordinariamente á debilitar la armonía y la unanimidad que, segun los deseos y las esperanzas de los comunistas, deben reinar entre los individuos de su asociacion. Hasta en las más felices circunstancias peligraria la concordia mucho más de lo que pueden figurarse los comunistas. La institucion comunista tiene ciertas reglas destinadas á impedir las disputas que puedan nacer de los intereses materiales: el individualismos está excluido de los negocios. Pero hay otras relaciones de las cuales no lo elimina ninguna regla establecida de antemano; existirán rivalidades entre las personas originadas por la reputacion y por el poder. Cuando la ambicion personal se ve arrojada del dominio en que avasalla á la mayor parte de los hombres, el de la riqueza y los intereses pecuniarios, penetra con más ardor en el que le queda libre. Debemos, pues, creer que las luchas para obtener la preeminencia y la influencia en la direccion de los negocios serán mucho más reñidas, cuando las pasiones puramente personales, desviadas de su curso ordinario, solo hallen su principal satisfaccion en esa otra vía. Por todas estas razones, no es probable que una asociacion comunista pudiera ofrecernos con mucha frecuencia el simpático cuadro del amor mútuo y de la unidad de voluntad y de sentimientos que de ella se prometen los comunistas, segun dicen ellos mismos. Por el contrario, la sociedad presenciaria un sin número de disensiones y no tendria más remedio que acabar por disolverse.

Otra infinidad de motivos de discordia se originan de la necesidad que hay en el sistema comunista de resolver por medio del sufragio hasta las más importantes cuestiones para cada individuo de la sociedad, solucion que en el sistema actual, queda reservada á los individuos en la parte que á cada

uno de ellos le concierne. Por ejemplo, fijémonos en la educación. Todos los socialistas están perfectamente penetrados de la importancia capital de la educación que debe darse á los jóvenes, no solamente por las razones aceptables en todos los sistemas, sino tambien porque los suyos piden mucho más que los demas á la inteligencia y á la moralidad de los ciudadanos considerados individualmente. Los comunistas se hallan tambien mucho más interesados por los partidarios de otro sistema cualquiera en la adopción de excelentes medidas en todo cuanto se relaciona con la educación. Así es que bajo el comunismo, correspondería á la colectividad la adopción de dichas medidas en lo que se refiere á cada ciudadano, toda vez que los padres, como individuos, suponiendo que prefiriesen otro modo de educación para los hijos, no dispondrían de ningun medio para costearla y se verían reducidos para lograr su objeto, á la enseñanza que pudiesen obtener de su propio fondo y á su influencia personal. Todo miembro adulto de la sociedad tendría un sufragio para determinar qué sistema colectivo de educación debería establecerse en beneficio de todos. Esta es la causa más fecunda de discordia que puede existir en una asociación. Los que tuviesen una opinion ó una preferencia relativa á la educación que desearan para sus propios hijos, sólo tendrían una verdadera probabilidad de obtenerla: la influencia que llegasen á ejercer sobre la decisión colectiva de la sociedad.

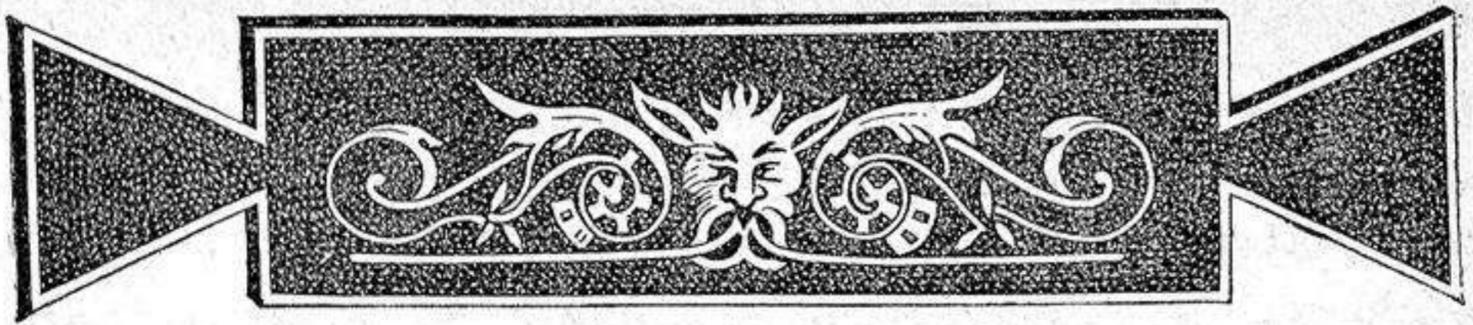
Es inútil que nos ocupemos en particular de las demas importantes cuestiones que se relacionan con el empleo de los recursos productivos de la asociación, con las condiciones de la vida social, con las relaciones entre la sociedad y las demas asociaciones, etc., cuestiones sobre las cuales se elevarían indudablemente diferentes é irreconciliables opiniones. Pero hasta las mismas discusiones que surgiesen serían un mal mucho menor para el porvenir de la humanidad que una unanimidad engañadora, debida al aniquilamiento de las opiniones y de los deseos de cada individuo, obtenida por los decretos de la mayoría. Los obstáculos que entorpecen la vía del progreso del género humano son frecuentemente demasiado grandes, y se necesitan muchas circunstancias favorables

para vencerlos; pero para vencerlos se necesita una condicion indispensable: que la naturaleza humana tenga la libertad de desarrollarse espontáneamente, tanto en el pensamiento como en la accion; es preciso que el hombre piense por sí mismo, que haga experimentos por sí mismo, que no deje nunca á sus jefes, ya obren éstos en nombre de un pequeño número ó con la autoridad de la mayoría, el cuidado de pensar por ellos y de marcarles la línea de conducta que deben seguir. Pero en las asociaciones comunistas, la vida privada se hallaría sujeta, como nunca lo ha estado, á la dominacion de la autoridad pública; habría ménos lugar para el desarrollo del carácter individual y de las preferencias individuales que él se ha concedido hasta hoy en ningun Estado comprendido en la porcion progresiva de la familia humana, á los individuos que se hallan en plena posesion de los derechos cívicos. La compresion del individuo por la mayoría es en todas las sociedades un gran mal, y este mal va creciendo de un modo constante, pero llegaría á ser probablemente mucho mayor bajo el régimen de comunismo, á ménos que el individuo pudiera limitarla conservando la libertad de pertenecer á una comunidad de personas que participasen de sus propias ideas.

JOHN STUART MILL.

(La conclusion en el próximo número.)





LA PROTECCION

AL TRABAJO NACIONAL.



CIERTAMENTE que al oír esta frase, la gran mayoría se siente inclinada á adherirse á ella sin averiguar, ni saber el significado y la trascendencia que encierra. Por una coincidencia funesta, la frase, al aguijonear el sentimiento de nacionalidad, sirve para los fines de los que, con conocimiento de causa, profesan esta teoría. Vamos, pues, á exponer y analizar con la mayor claridad y brevedad posibles los resultados que obtendríamos de la práctica de esta doctrina, y las ventajas ó desventajas que puedan originarse con la aplicación de la teoría contraria, ó sea el libre cambio.

La de los proteccionistas halaga indudablemente á la mayoría. ¿Quién en igualdad de circunstancias no protegerá con preferencia á un compatriota? Presentada la cuestión de esta manera es muy fácil explotar los buenos sentimientos de una nación, sobre todo, si esta nación es la española, donde se desconocen generalmente los rudimentos económicos más indispensables. Esta ignorancia auxilia á los propagadores de aquella escuela. Estamos muy léjos de suponer mala fé en sus pala-

dines, pero sí tenemos la certeza de que la mayor parte lo son, ó por interes propio (tal vez algunos sin darse cuenta de ello) ó fascinados por lo seductor de la frase, que hay que confesarlo, es de buen efecto, y sobre todo presenta la gran ventaja de interpretarse por sí sola; falsamente, es verdad, pero tampoco lo es ménos que esta falsedad es la que constituye la principal arma del proteccionismo.

La cuestion de nombre es un asunto que se ha tomado pocas veces en consideracion con gran detrimento de las ideas que se quieren defender. La prueba la tenemos en este caso. Si el libre-cambista al enarbolar su bandera, hubiese adoptado en vez de las palabras que explican su idea solamente cuando se las profundiza, (hablo del vulgo) un lema que hablase á las masas y les dijera su resultado sin que sus descuidadas inteligencias tuviesen que hacer esfuerzo alguno para comprenderlas, es bien seguro que el partido libre-cambista sería numerosísimo en España. Cuando el obrero oye decir «proteccion al trabajo nacional» cree que esto significa únicamente que se le debe proteger y darle con que ganar cómodamente el sustento de sus dias. Al obrero, sigue naturalmente el fabricante que, ó es ignorante como él, ó cree que con este sistema han de aumentarse sus intereses particulares. El público en general, desconociendo el asunto, se muestra indiferente creyendo que no se relaciona con él, y de intervenir lo hace guiado por un buen sentimiento, digno de mejor causa, inclinándose del lado de los proteccionistas. Si los libres-cambistas, en vez de pedir el libre-cambio, frase, que triste es decirlo, no significa nada para la generalidad de los españoles, clamasen por el *abaratamiento de las mercancías* ú otro cualquiera de los resultados del libre-cambio, estamos firmemente convencidos, de que ántes de inclinarse á un partido ú otro, se pensaría más detenidamente en lo que se iba á hacer.

Se debería, sin duda, ilustrar al pueblo, pero es que no se escucha á los que inician esa tarea, que á menudo se pierden en brillantísimas discusiones teóricas de excaso resultado para la práctica. Esto sucede con todos los puntos puestos á discusion. No negaré que muchos de ellos deban ser tratados de

esta manera. Pero hay dos materias de grandísimo interes para España que necesitan ser tratadas de un modo tal que sean comprensibles para las clases populares. Me refiero á la economía y á la agricultura. El señor conde de Toreno, con un deseo digno de mejor éxito, creó conferencias y publicaciones agrícolas. ¿Para qué han servido al pueblo sus creaciones? Para nada absolutamente. Unicamente una docena de personas han sacado partido de ellas en el sentido de felicitarse recíprocamente. Pero estos señores, al admirarse mutuamente por sus vastos conocimientos expuestos, ya en un discurso, ya en un artículo, habrán contribuido tal vez al buen nombre español en el extranjero, pero no á los resultados prácticos que el ministro de Fomento se propusiera. ¡Qué más podríamos pedir si el agricultor estuviese en disposición de comprender y apreciar los brillantísimos y eruditos trabajos que en las conferencias y publicaciones se han presentado!

Es todavía peor lo que ha sucedido con la economía. En la agricultura, los conferencistas pueden suponer, con derecho, que sus oyentes conocen las nociones fundamentales y dejarse arrastrar en su consecuencia; pero no así en la economía, completamente desconocida entre nosotros, por no interesarnos en apariencia tan directamente. Creemos que las notabilidades libre-cambistas tienen la obligación de descender un poco de sus alturas para difundir en el pueblo los primeros conocimientos económicos y hacerle ver cuán en relación está esa ciencia con la fortuna particular de cada uno, y cuanto interesa particularmente al individuo cualquier medida que sobre esta materia puedan adoptar nuestros gobiernos.

Hasta hoy no se ha trabajado de esta manera. No ha hecho lo mismo el proteccionista; éste se dirige al pueblo y le habla su lenguaje, presentándole bajo los colores más halagüeños y en los términos *más vulgares* las ventajas aparentes que de su escuela se derivan. De esta manera se ha procurado numerosos prosélitos hasta en las clases más elevadas, ya que no entre las más ilustradas.

La primera petición del proteccionista es que el público compre los productos nacionales con preferencia á los extran-

jeros, lo cual hasta cierto punto es muy justo, máxime si se tiene en cuenta que la mayoría de los proteccionistas militantes son fabricantes. Cada uno debe defender sus intereses. Pero como muchos productos extranjeros de la misma índole compiten con los suyos ventajosamente en precios y calidad, y el público naturalmente se inclina á aquello que es mejor y más barato, entónces, para que sus productos tengan salida, el producto nacional exige del gobierno que haga desaparecer las mercancías extranjeras del mercado español. Este es el fongrado de sus deseos. La exigencia la plantea diciendo que si se van los derechos, el Estado saldrá beneficiado en los rendimientos de sus aduanas, á la par que el pueblo encontrará trabajo en las industrias nacionales.

La falsedad de esta asercion es la que nos proponemos demostrar.

Supongamos por un momento aplicadas en toda su extension las doctrinas proteccionistas, teniendo en cuenta que el fabricante que así lo pide, hace sobre poco más ó ménos el cálculo siguiente: «en España se consumen, por ejemplo, dos millones de piezas de tela, de las cuales un millon son de procedencia extranjera. Estas piezas yo las podría fabricar exactamente iguales, pero para no perder en ellas tengo que venderlas á doscientos reales; como quiera que las de procedencia extranjera se venden aquí á 150, el público no compra las mías. Si los derechos de Aduana se aumentasen de tal modo que las telas extranjeras costaran en España á 250 reales pieza, el público compraría las mías como más baratas, la industria nacional se fomentaría, y contribuiríamos al bien de la patria en general; pero al mio,—valga esto como una suposicion fundada,—muy particularmente.»

Tendríamos, por tanto, como consecuencia lógica, un empobrecimiento general del país, pues dado el aumento del precio del paño (para seguir con el ejemplo citado), resultaría, que si ántes con dos duros se podían comprar una chaqueta y un par de medias, la misma cantidad nos bastaría apenas para comprar la primera prenda, y como la riqueza, tanto de un país como del individuo, se juzgan, no por el numerario que poseen, sino por la mayor ó menor suma de objetos que

con una cantidad dada pueden adquirir (1), sería mucho más pobre aquel que despues de satisfechas sus necesidades materiales pudiese con treinta reales sobrantes adquirir dos trajes de franela para sus hijos, que aquel á quien sólo sobran veinte, si con ellos podría comprar tres.

Se dirá que con la proteccion el obrero tendría trabajo, lo que no le sucederá con el libre cambio. Error es este y grandísimo, como lo veremos más adelante. Pero para dar más fuerza á la idea que defendemos, admitiremos por un momento que así sea. ¿Pues qué, por tratar de encontrar trabajo seguro á cien mil obreros, hemos de reducir la fortuna de diez y seis millones de almas? Reduccion de fortuna mucho más considerable de lo que á primera vista parece, y que redundaría en perjuicio, no tan sólo de la inmensa mayoría de los españoles, sino de los mismos fabricantes, y por ende de los obreros á quienes pretenden proteger, puesto que de encarecer el producto disminuiría forzosamente el consumo.

No es tan de extrañar, sin embargo, que muchos particulares crean que el precio no influye en nada para el consumo, cuando hemos tenido ministros de Hacienda que al hacer los presupuestos han partido de este principio para fijar las bases de los ingresos. ¡Cuán ilusos son los que de esta manera piensan! ¿Creen, por ventura, que el individuo es como la nacion, que al hacer un presupuesto dice primero: esto necesito; ahora busquemos el dinero? El consumidor calcula lo que tiene, y gasta en su consecuencia.

Se nos objetará tal vez, que maliciosamente hayamos tomado como ejemplo un objeto de consumo. Lo hemos hecho así para poder demostrar más palpablemente á la generalidad la significacion del encarecimiento de una mercancía en cuanto le atañe directamente, y por ser de más funestos resultados,

(1) No faltará quien pretenda refutar esta asercion fundándose en las variaciones que puede tener el valor del dinero. Téngase en cuenta, que al decir cantidad no he dicho de dinero; esta cantidad puede ser de trabajo, de productos, etc. Si tomamos como base el metálico, es por presentar los ejemplos con mayor claridad y no remontarnos á explicar las causas que contribuyen á su apreciacion ó depreciacion, convirtiéndolo en una mercancía cualquiera.

aunque no lo parezca á primera vista, por entrañar en sí la desaparición en las transacciones y en el fomento de la industria, de la cantidad representada por la diferencia.

Pero tomemos una mercancía que no se consume y que sea de valor reproductivo, por ejemplo, el papel. Al encarecer éste tienen necesariamente que disminuir sus pedidos. El autor que ayer estaba dispuesto á hacer imprimir su obra gastando en ella mil reales no podrá hacerlo hoy si su coste se eleva á mil quinientos, con tanta más razón, si tiene que aumentar su presupuesto de gastos para atender á sus necesidades más apremiantes, cuyo coste habrá también aumentado, si los comerciantes han elevado sus precios por no poder surtirse de las fábricas extranjeras en condiciones más ventajosas que las que le pueden conceder los nacionales.

Ya en este caso el valor de su obra le saldrá gravada, no tan sólo en el aumento de coste de papel, sino también en la mayor economía que deberá hacer en sus otros gastos. Si es que con ella puede llevar adelante su proyecto, tendremos, pues, una disminución notable entre los compradores de papel; por consecuencia, menor publicación de obras, y naturalmente ménos trabajo en las imprentas, resultando menor pedido á las fundiciones, que podrán alimentar menor número de obreros. Si nos detenemos aquí para no llevar más adelante las relaciones industriales, que como es sabido, son interminables, miramos hácia otro lado, veremos que las materias primeras que sirven para la fabricación del papel habrían de sufrir forzosamente, pues las fábricas extranjeras que hoy se surten de España, cesarían en sus pedidos, tanto por no tener tanta necesidad de ellos, cuanto porque las naciones extranjeras, usando la recíproca, gravarían nuestros productos, y naturalmente el industrial extranjero buscaría la menor cantidad de que necesitaba en otro país ó en otra materia prima que no le fuera tan costosa como cualquiera de las nuestras, aumentadas en su precio, no tan sólo por los derechos recargados por sus naciones respectivas, sino por el mayor beneficio que en ellas tenía que obtener el agricultor español para poder soportar la carestía general que de la protección á la industria nacional resultaría, y como consecuencia lógica,

ménor trabajo en los campos que con el de un sólo hombre tendrían más que suficiente para satisfacer á los pedidos que ántes exigían el de dos ó más.

Siguiendo con el mismo ejemplo y estudiándole bajo otro de sus aspectos, veríamos que si hoy viven mil familias del comercio de libros, fomentando á su vez otros comercios, su número quedaría reducido á la mitad, que viviría penosamente y tendría que aumentar su ganancia en cada obra, tanto para poder sufragar el aumento de sus gastos generales, como para compensarse en la menor venta que indudablemente había de ocasionar al aumentarse el precio de las obras; gravámenes que imposibilitaría al pueblo, también recargado en sus gastos, adquirir á mayor coste el número de publicaciones que hoy puede procurarse sin menoscabo de su bienestar; y naturalmente, mayores dificultades para emprender cualquier género de estudios de los que en provecho de la humanidad redundan.

Los fabricantes nacionales de papel, sí serían los únicos que por el momento verían aumentarse sus beneficios, beneficios que bien pronto se trocarían en pérdidas segun puede deducirse de lo expuesto, y como palpablemente veremos más adelante. Pero aún suponiendo que sus ganancias fuesen constantes, ¿debe sacrificarse á toda una acción para enriquecerlos? Pues eso es lo que piden con la protección, y si personas no interesadas los apoyan es porque no conocen bien el fondo de su demanda.

Creemos que bastará con estos dos ejemplos, y que no tenemos necesidad de examinar particularmente cada uno de los casos que fatalmente producirían la carestía general. Admitida ésta segun queda probado, como resultado de la protección, veamos cuáles serían sus consecuencias.

Sería fácil demostrar que aunque el encarecimiento no lo sufragasen más que las clases acomodadas de la sociedad, redundaría siempre en perjuicio de la nación. Desistimos de ello, tanto por estar en la mente de toda persona culta, como porque nos veríamos obligados á extendernos demasiado; y á entrar, no diremos en otro terreno, porque siempre sería pertinente al asunto, pero si á tomar la cuestión desde mucho

más alto, y no creemos necesaria tal aglomeracion de pruebas concluyentes para combatir el principio proteccionista. Hemos citado únicamente este punto, por ser uno de aquellos en que fundan sus exigencias cuando quieren halagar al pueblo y pedir al rico que adhiera su peticion.

Admitamos, sin embargo, contra lo que es de sentido comun, que el rico continuara gastando, no el mismo capital en metálico, pero el mismo capital de objetos que al encarecer le habían de representar mayor suma de numerario. Hagamos por un esfuerzo de voluntad caso omiso de cómo se arreglaría para atender á este aumento de gastos con la misma fortuna, y pasemos á la regla general para probar que no serían las clases acomodadas las solas que sufragarían el encarecimiento.

Salvo, pues, el limitadísimo número de personas que segun queda expuesto, sustraemos de la regla general, el resto de la nacion tendría forzosamente que disminuir sus gastos. Tome mos un objeto que sea consumo exclusivo de las clases elevadas, pues, si por seguir siempre con el mismo ejemplo el paño aumentaba de valor, el que ántes se compraba cuatro trajes por dos mil reales, no podía emplear más que la misma cantidad en vestirse, por esta suma tan sólo podría adquirir tres, y, ó se vería obligado á esto, que sería lo prudente, ó querría continuar usando sus cuatro trajes, En este caso tendría que encarecer la retribucion de su trabajo, gravando así los productos que por sus manos pasaran, que al ser adquiridos por otros, repetirían la misma operacion. De modo que ya tendríamos por el alza de un sólo artículo encarecidos absolutamente todos los demas. Pero si hacemos extensiva la carestía en su principio á la mayoría de los productos, y generalizamos el caso del paño á todos los artículos que nos son necesarios, entónces, á ménos de elevar indefinidamente los precios de todas las mercancías, lo cual no es posible, no quedaría más remedio que reducir el número de nuestras necesidades, y tendríamos que el que ayer vivía con decencia y hasta con lujo, podía apenas atender á lo más perentorio primero; bien pronto ni aun á esto, pues los precios subirían y subirían hasta paralizar completamente las operaciones comerciales, cuya paralización se precipitaría por la desaparicion del capital y

del trabajo, que poco á poco primero, al ver la dificultad de hacerle producir lo indispensable, y repentinamente luégo irían á buscar en otras tierras el fruto que de ellos tienen derecho á esperar.

Al principio, es cierto, las fábricas hoy existentes verían aumentar sus rendimientos; algunos industriales se retirarían á tiempo para poder salvar sus capitales de la ruina general, pero los que quedaran, ¡qué poco tardarían en verse arruinados por la misma proteccion que en provecho propio habían invocado!

No teniendo competencia en la fabricacion, es más que probable desapareciera el esmero en la confeccion de los artículos, puesto que buenos ó malos, el público estaba obligado á comprarlos pagándolos como si fuesen de primera calidad, y á mayor precio como si fueran de procedencia extranjera. En vista del buen éxito que en el primer momento obtendrían las industrias ya en pié, surgirían un sinnúmero de fábricas, y veríamos que todo el que se encontrase poseedor de algun capital, montaría una fábrica, con tal de que sus productos se hallasen comprendidos entre los protegidos.

La competencia nacería inmediatamente, y como quiera que, segun iremos viendo, el planteamiento de industrias protegidas, sería el único recurso que quedaría en España al capital y al trabajo, afluiríamos á ello en tropel sin preocuparnos de si lo entendíamos ó no, puesto que bueno ó malo lo habíamos de vender. Como consecuencia natural, sobrevendría la ruina de muchos de los emprendedores, que al arruinarse, originarían á la nacion una pérdida de capital en relacion siempre con la que el particular experimenta.

Algunos millares de obreros encontrarían ocupacion en estas fábricas; ¡pero en qué error tan grande se incurre si se cree proteger así tanto á la clase obrera en particular como á la proletaria en general! Sería acallar hoy los gritos de diez mil hombres que piden trabajo, para oír mañana las de toda la nacion española. Nesariamente; primero por la carestía, y luégo por otras razones que tocaremos al considerar la inconveniencia de la proteccion en nuestro comercio de exportacion, los pocos capitalistas emprendedores que en adelante

pudieran pensar en invertir sus fondos en cierto género de empresas de que tanto necesitamos para el desarrollo de nuestra agricultura y de nuestro comercio, los llevarían allí donde se les ofrecieran resultados más brillantes, y como este porvenir no podía prometerlo más que la industria protegida por el gobierno, veríamos al agricultor vender sus tierras, si encontraba comprador, para emplear sus fondos en materias que á su parecer le habían de dar mayores utilidades. El aldeano falto de trabajo en los campos, acudiría también á pedirlo á las fábricas, abandonando la agricultura, que es y debe ser la fuente de riqueza de la nación española.

Concedamos, sin embargo, á pesar de lo que hasta aquí llevamos expuesto, que el sistema proteccionista no acarreará ninguno de los males que hemos enumerado, y consideremos el asunto tan sólo bajo el punto de vista de nuestras relaciones con las naciones extranjeras.

Como quiera que para proteger los productos nacionales en la medida que piden los proteccionistas, habría que denunciar los pactos que con las naciones extranjeras tenemos contraídos, para ajustar nuevos tratados que les concediesen todos los privilegios que reclaman, sucedería naturalmente que al gravar nosotros los artículos procedentes de otros países, éstos, usando de la reciprocidad acostumbrada, cargarán los nuestros en una suma equivalente, lo que necesariamente originaría una disminución extraordinaria en nuestra exportación, disminución que se acentuaría más cada día, pues si al principio acostumbrado á ellos el extranjero no cesaba repentinamente en su consumo, no tardaría en hallar otros artículos más baratos que los reemplazaran. La historia nos señala numerosísimos casos de haber desaparecido completamente en algunos países el consumo de ciertos artículos que antes de ser gravados considerablemente figuraban en primera línea entre sus importaciones, y si en algún caso la historia nos sirve de maestra, nunca con más razón que en éste, donde de acuerdo con lo que nuestra razón nos dice, nos muestra, fundándose en argumentos incontrovertibles, la ley forzosa de su desaparición.

El que antes bebía nuestro vino de Jerez, no tardaría en

sustituirlo con el de Madera, dada la notabilísima diferencia de precios; el cosechero frances que emplea nuestros vinos para encabezar el suyo, se apresuraria á buscar su reemplazo en Italia ó en otra parte, y así sucesivamente irían desapareciendo por su enorme carestía los productos españoles de los mercados extranjeros; por contiguiante, disminuiría la demanda en nuestras plazas, y con ella, naturalmente, los rendimientos harto mermados ya del agricultor español, que por lo pronto restringiría sus gastos, hasta que no viendo compensados sus trabajos, abandonase sus campos para emplear su capital ó su actividad en cualquier otra empresa que coronara sus desvelos. Pero la dificultad consistiría en hallar esta empresa. El comercio quedaría reducido á las transacciones con nuestras provincias, transacciones que, dado su poco número por la carestía que necesariamente se seguiría, gravarían aún más los artículos, pues el comerciante habría de buscar en ellas las utilidades suficientes para poder atender á las necesidades de su vida, y como éstas serían más costosas, tendría que gravar más las mercancías, dificultando así los cambios, y teniendo, por consiguiente, que aumentar cada vez más el precio de sus géneros, en razon de la disminucion de la venta, hasta que viera sus operaciones completamente paralizadas.—La banca seguiría forzosamente la suerte del comercio.

Sin agricultura y sin comercio, ¿qué otro destino quedaría al dinero? ¿La compra de valores del Estado? Pero, ¿qué garantía podría éste ofrecernos para el pago de los intereses y la seguridad del capital, si sabíamos que no podía contar ni con las contribuciones del agricultor ni con los derechos devengados por el comerciante?

La misma proteccion que al Gobierno se pide para poder competir en España con las industrias extranjeras nos dicen bien claro que mucho ménos podríamos competir fuera con nuestros productos industriales.

¿Cuál sería entónces la situacion del fabricante? ¿A quién vendería sus productos? ¿Qué sería de la clase proletaria convertida toda en obrera por necesidad? Agotadas ó abandonadas todas las demás fuentes de riqueza, ¿qué mercancías

podríamos ofrecer al fabricante en cambio de sus artículos? ¿Dónde encontraría entonces el proteccionista los recursos para hacer trabajar las fábricas nacionales y dar con ellas al obrero el alimento que hoy le promete?

Otro de los grandísimos inconvenientes que presenta al sistema proteccionista es el contrabando que naturalmente se fomenta al elevar en demasía los derechos de las Aduanas. La perspectiva de un ercido lucro es tentadora en cualquier país, pero mucho más en el nuestro, á causa de nuestro carácter aventurero que rodea al contrabandista de una especie de aureola novelesca y del principio general profesado por la totalidad de que no constituye un robo el fraude que de esta manera á la nacion se hace.

Habría, pues, muchos comerciantes, y serían los únicos que podrían vivir, cuyos géneros tuvieran esta procedencia, sin que bastasen á evitarlo los buenos deseos del gobierno ni la vigilancia que ejercida por sus funcionarios, tanto más fáciles de sobornar, en cuanto que el interesado podrá ofrecerles mayor cantidad en vista de los enormes beneficios que prevee, ventajas que únicamente redundarán en provecho del negociante, con gran daño de las industrias nacionales y sin ventaja para el público ni para la Hacienda, que se verá defraudada en muchos millones con grave detrimento del contribuyente en general.

Finalmente, ningun gobierno podrá tampoco acceder á las exigencias proteccionistas si considera que con la frecuencia de nuestros cambios políticos no tardará en subir al poder algun partido liberal que de una plumada destruiría todos los intereses adquiridos á la sombra de una ley, que aunque injusta, había sido decretada. Y á pesar de cuanto en contra se diga, el partido liberal que remplazara al que esta medida dictase, no tendría más remedio que anularla inmediatamente, haciendo responsable de las ruinas que ocasionara á aquel que, sabiendo no había de ser mantenida su disposicion, la había dado la sancion oficial.

No puede ocultarse esto á los proteccionistas: y si como creemos conocen la imposibilidad de mantener largo tiempo en vigor la ley porque claman ¿qué pretenden entonces?

La contestacion es bien sencilla. Con un año ó seis meses de proteccion tienen sobrado tiempo de hacer colosales fortunas á costa del resto de los españoles, á la que no hay espacio suficiente para que los competidores puedan montar nuevos establecimientos fabriles.

Abrigamos la ilusion de que si muchos proteccionistas meditaran bien este asunto y fijaran su atencion, no en este mal hilado artículo, pero sí en las ideas que hemos querido emitir, juzgándolas con imparcialidad, no se decidirían tan ligeramente á pedir á voz en grito la proteccion al trabajo nacional en el sentido que parecen quererlo hacer.

¿Qué sucedería por el contrario, si en España se estableciese el libre-cambio?

Nuestros mercados se verían inmediatamente inundados con artículos de procedencia extranjera, que el público podría adquirir, por término medio, á mitad de precio de lo que hoy nos cuestan, tanto por desaparecer las gabelas que sobre ellos pesan, como por tener el comerciante que gravarlos muy poco, dada la gran cantidad de la venta para retirar de ellas la utilidad necesaria para atender á los fines de su vida.

Si con el mismo capital podíamos comprar doble número de objetos, claro está que nuestras fortunas se verían duplicadas. Como pago de las mercancías que del extranjero vinieran tendríamos que suministrarle otras que ellos no tuvieran ó que fuesen de superior calidad y ménos precio. Los pedidos de estos artículos afluirían necesariamente sobre nosotros que en vista de su buena salida, nos dedicaríamos con ahinco á su produccion, abandonando naturalmente aquellos que podíamos obtener del extranjero en mejores condiciones. La frecuencia del tráfico haría abaratar el precio de los transportes y con él el de la mercancía que sería naturalmente más pedida cuanto más barata fuera. Por consiguiente: gran desarrollo en la agricultura que vería coronados sus esfuerzos: en la industria, que si bien no abarcaría las ramas de la extranjera, formaría una nacional que fabricase los artículos en que no pudiera temer la competencia extranjera, ya por carecer allí de la materia prima, ya por la excelencia de la fabricacion ó por cualquier otro concepto. Sería muy probable

que muchos de las fábricas que apenas pueden vivir con la semi-protección de que disfrutaban, viesen abrirse ante ellas mercados inmensos para sus productos buscando su especialidad. Así por ejemplo, tal industrial que no podría fabricar paño fino por ser más barato y mejor el inglés, podría hacer el burdo ó cualquier otro en el que obtuviera ventaja de precios, que es á lo que el público de todas las naciones dá la preferencia. Y si en los paños no podía competir, buscaría entónces su negocio en cualquiera otra industria ó en empresas de distinto género que con seguridad no habrían de faltar, dado el gran incremento que adquirirían nuestro comercio y nuestra agricultura. El tráfico aumentaría considerablemente; con él la necesidad de las vías de comunicación, en las que encontrarían trabajo por mucho tiempo la mayoría de nuestros braceros. Empresas particulares abrirían canales de navegación que con las vías férreas, difundirían la civilización por nuestros pueblos, que al encontrar aquí con que ganar el sustento, no irían á trabajar á países extraños, donde hoy no les queda más remedio que acudir, si no quieren morir de hambre y de miseria, cuando más aptos están para el trabajo, por falta, no de capitales, pues sobrados hay en España, pero de la seguridad necesaria en la exportación de los artículos que con estos capitales se podrían producir.

Indudablemente, que á la gran producción, seguiría como consecuencia, á la par que la fortuna del productor, la rebaja en los precios y la riqueza del consumidor.

Los tiempos modernos nos están demostrando patentemente que para obtener grandes triunfos tanto en las ciencias como en cualquier ramo de la actividad humana, hay que dedicarse á las especialidades que á par que enriquecen ó dan nombre á los que á ellas se consagran, procuran un gran bien á la especie humana, pues por ellas avanza nuestra cultura ó bien obtenemos ciertos objetos en condiciones mucho mejores.

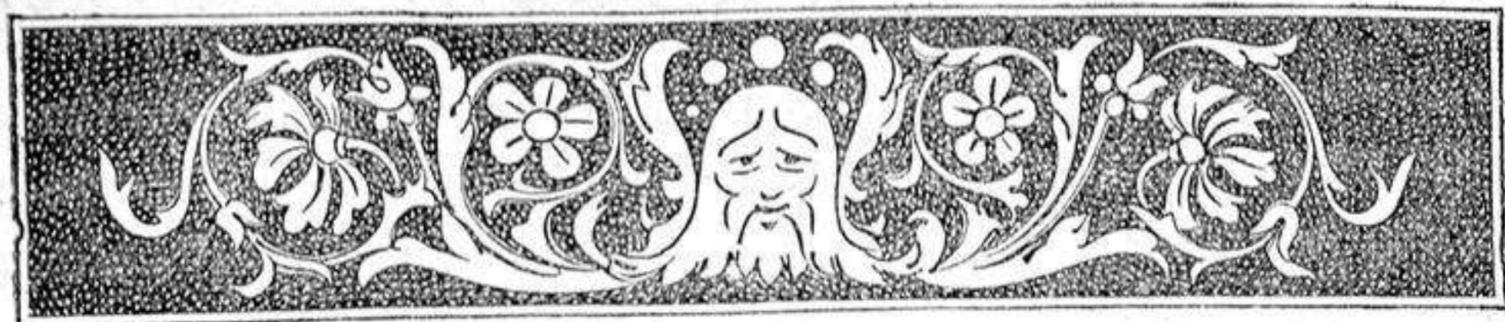
Lo que se dice del individuo puede aplicarse á la nación y no cabe duda alguna que esto es lo que ocurrirá el día que las naciones civilizadas establezcan este principio entre todas ellas. No puede asegurarse terminantemente que ese día no

habrá pobres, porque nunca ha de faltar á la sociedad ese paria formado del holgazan y del vicioso, pero si se puede afirmar que el obrero trabajador gozará de una vida cómoda pudiendo adquirir á bajo precio todos los artículos necesarios á su existencia á la par que tendrá la certeza de poder trabajar con fruto siempre que lo desee.

A conseguir este ideal debemos dirigir todos nuestros esfuerzos, pidiendo á los gobiernos que en los tratados internacionales que en lo sucesivo convengan vayan paulatinamente disminuyendo los derechos de entrada, á la par, que exige la reciprocidad, hasta que los productos extranjeros no se vean grabados á su entrada en nuestro territorio, en más cantidad que la que represente el impuesto que el producto nacional de la misma índole satisface al Tesoro dejando libre el paso á aquellos que no encuentran competencia en España. Creemos equitativa esta medida que nivela los gravámenes entre las producciones indígenas y las exportadas, pues no sería justo tampoco, el cambio libre en absoluto, porque podría suceder que un objeto satisfaciendo en Francia tan sólo el 15 por 100 de su valor, esté gravado aquí en el 25, en cuyo caso ya no estableceríamos el libre cambio sino más bien la proteccion á la produccion extranjera.

E. DEL PEROJO.





ANALISIS Y ENSAYOS.

UN ADVERSARIO DE LA EVOLUCION.

EVOLUTION, OLD AND NEW : or, the Theories of Buffon, Dr. Erasmus Darwin, and Lamarck, as compared with that of Mr. Darwin. Por *Samuel Butler* (Hardwiche etc. Bogne).



Todo libro que proceda del autor de *Erewhon* no podrá ménos de presentarnos un conjunto de brillantes paradojas, delicadas ironías y profundo significado, aunque á primera vista no sea fácil poderlo interpretar.

En efecto, el nuevo volúmen que Mr. Butler acaba de dar á luz, no es más que la continuacion de anteriores esfuerzos, sin que el lector quede defraudado en sus esperanzas de hallar algunos rastros de la antigua audacia, del antiguo misterio y de la antigua originalidad. Así es que desde la primera hasta la última página, nos arrastra, digámoslo así, en alas de su excentricidad á un torrente de epigramas é invectivas para dejarnos al fin sin argumento alguno persuasivo ni idea clara del objeto que en su trabajo se propusiera el autor.

Téngase, sin embargo, entendido y démonos por ello la enhorabuena, que el libro es tan divertido é interesante, que de ningun modo podemos abandonarlo ni leer hasta la postrera de sus páginas.

Los amigos de Mr. Butler, segun reza el Prefacio del trabajo de que damos cuenta, le amonestaron y aconsejaron

«evitase en su nueva obra toda apariencia de singularidad»; pero como por lo visto no pudieron al propio tiempo investirlo de nueva individualidad, no hay necesidad de decir que aquella precaucion ha tenido escasos ó nulos resultados.

Por esto, desde que en la portada del nuevo volúmen leimos *Evolution, Old and New*, obra anunciada como la cuarta del autor, recordamos que *Erewhon* fué anunciada como la primera y la que lleva por título *He Fair Hsyen* como la segunda, siendo *Life and Habit* la tercera.

La anterior advertencia que hemos creído conveniente hacer al principio de este nuestro análisis, pondrá al lector al corriente de la obra que ha de manejar.

Mr. Butler se nos presenta poniendo en juego todos los medios á su alcance para que quedemos enteramente á oscuras, con respecto al sistema que trata de explicarnos. ¿Es acaso un teólogo que teológicamente se burla de la evolucion? ¿Es un evolucionista que frente á frente de la ciencia sagrada levanta nuevas teorías? ¿Es un hombre de letras que con ellas trata de ofuscar á la ciencia? ¿O es acaso el maestro nato de la ironía que se burla de la teología, de la evolucion, de la ciencia y hasta de sus mismos lectores? Por nuestra parte hemos de limitarnos con preferencia á observar, segun lo hace Mr. Butler acerca de Von Hartmann, que, si en lo que pretende decirnos existe algo semejante á lo que dice, esto sólo es «que únicamente podemos decir no sernos en manera alguna dado, formar idea definida acerca del sentido que en sí encierran las palabras.»

«Me inclino á pensar, escribe Mr. Butler, que la ironía invade todas las obras de Buffon, ó al ménos una gran parte de ellas, de suerte que en todos sus escritos pretendió decir una cosa á cierto género de lectores y otra muy distinta á los restantes. Y, en efecto, es casi imposible creer algunas veces que entre línea y línea no hay escrito, para los que ven algo más allá del sentido material de las palabras, lo que para la gran mayoría pasa totalmente desapercibido.»

Al llegar aquí se nos ocurre exclamar:

Mutato nomine de te fabula narratur.

Pero continuemos :

«El quejarse de un autor irónico porque no hiera, es lo mismo que quejarse de la ironía ; porque un autor no merece el epíteto de irónico, mientras no se convenza de que este es el principal medio para que el lector lo comprenda, á ménos que no posea, como dicen los franceses : *bonne bouche* , para con aquellos que pueden á mi ver , permítasenos la frase , volver pinchazo por pinchazo ; siendo , como es, cosa muy notoria que la mayor parte de las obras se toman en su interpretacion literal ; en tanto que, si se observa debidamente cuanto dejamos expuesto , el autor saca ó no saca fruto , segun hiera ó deje de herir, segun sea alabado y vituperado á un mismo tiempo.»

Despues de manifestacion tan franca , no debe extrañar á Mr. Butler si procuramos evitar darle oportunidad para que pueda reirse á nuestra costa , como lo hizo en otro tiempo á costa de los críticos ortodoxos de su obra *Fair Haren* , y de los sabios que se ocuparon en el librolleva por título *Life and Habit*.

Hay, con todo, un método determinado en la excentricidad de nuestro autor.

En efecto, todo el plan de su obra, al ménos superficialmente considerada, está en querernos hacer ver que la teoría de la evolucion de Lamarck es superior á la de Mr. Darwin, y que la seleccion sexual no nos lleva con gran facilidad á la inteligencia del curso del desarrollo orgánico.

Mr. Butler comienza por el antiguo aserto de Palay sobre el reloj, y conviene, ó parece convenir, en que el organismo humano exhibe signos análogos en su estructura. Así, pues, debió existir en alguna ocasion y en algun tiempo el artífice «que formó el mecanismo animal, despues de iguales procedimientos de observacion, esfuerzos y estudios, y despues de la no completamente desagradable sucesion de acciones corporales, comparables á las practicadas por el relojero al fabricar su reloj.» Pero si ha de llevarse adelante la analogía, este artífice debió poseer una mano ó algo á ella semejante; debió estar provisto de cuerpo capaz de sufrir ante la defraudacion de sus esfuerzos, y hé aquí por qué Mr. Butler, al llegar á este

punto, se vuelve á Palay, y haciéndolo blanco de sus iras el pregunta: «¿Dónde está? Mostrádmelo. Si no podeis mostrarlo, como mostrais la carne y la sangre, mostrádmelo como célula animada, ó al ménos como protoplasma.»

Raciocinemos un poco.

¿Intenta Mr. Butler retroceder al primitivo y material antropomorfismo? ¿Pretende sustituir al «sér incorpóreo, indivisible é impasible por persona viva y tangible provista de carne, sangre, ojos, nariz, oídos, órganos, sentidos, dimensiones que, tras infinitas pruebas é infinitos experimentos, modelase cada uno de los órganos del cuerpo humano?»

Este es, en efecto, el propósito de nuestro autor, pero á poco de descubrirnos su idea, nos dice que este artífice es el mismo hombre.

No es, por lo tanto, la vaga creacion de Hartmann, el inconciente, ni la inteligencia de Mr. Murphy, sino el hombre conciente, el que forma el objeto material aparente de la fe de Mr. Butler.

Los animales y las plantas, aunque el autor pasa como gato por áscuas, sobre la cuestion de las plantas se dieron deliberada é intencionalmente la existencia, no por un sólo acto ó en sólo tiempo, sino por pasos contados y por trasmision hereditaria.

En suma, Mr. Butler acepta la teoría de Lamarck sobre el desarrollo por medio de esfuerzos conscientes, y reduce á su última expresion la teoría darwiniana acerca de la seleccion sexual.

Para mejor inteligencia de esta idea, vamos ahora á hacer un breve resúmen de todo lo escrito acerca de la evolucion por los predarwinianos, ó sea por Buffon, Erasmo, Darwin, y Lamarck.

El primero de los anteriores autores nos enseña, apoyándose en el minucioso estudio sobre el cerebro, que los vertebrados superiores no son más que «vegetales perambulantes plantados á la inversa,» lo cual responde á que el hombre nazca ciego, y, «mirando á los objetos que le rodean con ojos que no pueden compararse á los del sofista, nos dice, sin dudar de la verdad de sus palabras, que ha visto varios

hombres que» andan como los árboles. «Así mismo trata de hacer ver que» la forma de la serpiente debe depender de la pérdida de las piernas ocasionada por sucesivos accidentes al pasar por lugares estrechos.»

Si nos fijamos en las ideas de Darwin, nos sentimos en último término reducidos á una que podríamos llamar pulpa lógica, y sin que el autor logró hacernos comprender que entiende por contrasentido y qué por argumento.

A pesar de todo, hay un punto claro en esta materia, y es que Mr. Butler se permite una libertad de lenguaje antipersonal contra Mr. Darwin, sabio á quien sus mismos adversarios miran con respecto por su noble deseo de investigar la verdad y sacrificios en las investigaciones científicas á que ha dedicado su vida.

Si Mr. Butler quiere en realidad significar lo que realmente dicen sus palabras, en un sólo párrafo, puesto que aquí parece no jugar con dos barajas, podemos dar la respuesta que obviamente se ofrece á su objecion.

En efecto, aún ántes de Darwin, todo el mundo sabía que las variaciones ocurridas, se deben algunas veces, no todas, á las mudanzas de costumbres, aunque con mucha más frecuencia sean hijas de causas enteramente físicas, químicas ó mecánicas. Más ántes de Darwin, nadie había visto que estas variaciones, algunas veces espontáneas, esto es, adventicias y otras hasta voluntarias, estuviesen sujetas á la lucha por la existencia, de tal suerte, que sólo las más útiles sobreviniesen.

Lamarckc había visto claramente el principio de la filia-cion, pero no la causa eficiente de la adaptacion. La cuestion real en esta materia, no está en investigar por qué razon varían indefinidamente los organismos; sino en aclarar por qué sobreviven algunas de estas variaciones, miéntras otras desaparecen.

A esta pregunta ha respondido Darwin, de una vez para siempre, y ningun argumento podrá, bajo este respecto, hacerle descender del lugar que para siempre ha sabido conquistar-se en la historia del entendimiento humano.

Empero Mr. Butler piensa de otro modo, y así no nos cau-

sa extrañeza cuando le oímos exclamar: «Podríamos sin temor asentar que todo escritor que se atreve á estampar en sus escritos la palabra *seleccion*, se inscribe en la lista de los que han de figurar en las espaldas de la posteridad.» Esta opinion se funda en la autoridad del profesor Mirart y de Mr. Murphy, de quien nos habla el autor llamándole *myr reverendo señor*, para darnos sin duda á entender, que el filósofo Dunmurry, es por esencia más teólogo que naturalista.

Por nuestra parte, de mejor gana nos asociamos á las ideas de Mr. Darwin que á las inventadas por Mr. Butler y sus secuaces, y así concluiremos este nuestro análisis manifestando la sospecha que abrigamos de que, despues de tanto navegar, volverá nuestro autor al punto de que partió, de suerte que su *Erewhon*, ó mejor dicho, su *Nowhere*, dará tantas vueltas y revueltas, que en último término se nos presentará en su primitiva forma, aunque con la mayor incorreccion posible.

CRAN ALLEN.

EL POETA DEL HAMBRE.

LA VITA É LE OPERE DI GIULIO CESARE CROCE. Monografía de *Olindo Guerrini*. (Bologna : Zanichelli).

Hasta ahora, el Sr. Guerrini ha sido conocido bajo el pseudónimo de Lorenzo Stecchetti como autor de varios volúmenes de poesías atrevidamente realistas, poesías que, no obstante el mérito incontestable de su naturalidad y viveza, han adquirido una fama no muy envidiable. La obra presente es el primer ensayo del autor en el terreno más pacífico de la arqueología literaria, y el resultado de penosos estudios llevados á cabo en las librerías boloñesas.

Observa el Sr. Guerrini con muchísima justicia, que al par que los cantos populares del campo han sido con todo cuidado estudiados y coleccionados, la poesía popular de las ciudades apénas si es conocida, hasta el punto de que todo verso cuya estructura manifieste proceder de origen verdaderamente literario, ha sido cuidadosamente desechado.

«No debe echarse en olvido, dice el mismo Guerrini, que

los habitantes de las ciudades poseen una literatura propia, tan diferente de los cantares de los rústicos, como de los verdaderos trabajos literarios.» Sobre cuyo particular pudiéramos aquí apuntar curiosísimos detalles, de los que se desprende con cuánta constancia el pueblo italiano pugna por desnudarse el maldito sambenito de la ignorancia que le cubre, por adquirir conocimientos científicos y por comenzar á tomar parte en los públicos acontecimientos.

No hay en el día ciudad ninguna en Italia que no posea su poeta ó cantor ambulante, que por lo comun es un ciego, de cuyos labios escuchan miles de personas del pueblo los cantares á la sazón más en boga. Estas baladas contienen las proezas de Mastrillo y el Passatore á través de toda la Italia, cuyos hechos son referidos por las calles á la vez que los del desgraciado emperador Maximiliano, no de otro modo que cuál tres siglos há resonaban en las ciudades italianas los crímenes de César Borja, la muerte del Papa Alejandro VI, y otras baladas históricas que tanto han gustado siempre en aquella península.

El sugeto de que se ocupa la monografía del Sr. Guerrini, llamábase Giulio Cesare Croce, *Cantastorie* celebradísimo que floreció en la segunda mitad del siglo xvi, y que léjos de poderse confundir con los improvisados ordinarios y callejeros, debe considerársele como genuino y verdadero poeta que escribió y publicó casi todas sus composiciones.

El total de composiciones de Giulio Croce asciende á la suma de cuatrocientas setenta y ocho, en su mayor parte cómicas y satíricas sobre muy distintos asuntos. Todo cuanto sucedía en su patria adoptiva, Bolonia, fué por Croce dispuesto en rima: nada se resistía á su musa elegante y facilísima, sacando motivo de broma y diversion de todas las escenas de la vida, aún las más comunes, excluyendo siempre los asuntos sagrados, sobre los que compuso himnos elevados y serios.

Aún en los días de más calamidad para la ciudad, pudo Croce inventar argumentos con que excitar la risa de la gente que le seguía siempre ávida de sátira y expansion. Giuseppe Ferrari nos hace saber que hasta sus días Croce fué el verdadero Homero de los niños y de los criados en la ciudad de

Bolonia, y el Sr. Guerrini le califica con grandísima oportunidad de *Poeta del hambre*.

Habiéndole á Croce tocado la mala suerte de vivir en tiempos calamitosísimos, por más que su nacimiento en 1550 coincidiese con el fausto suceso de la subida al trono pontificio del Papa Julio III, fué su destino contemplar el territorio boloñés unas veces dividido en terribles fracciones, otras castigado por los cardenales legados, ya azotado por la terrible plaga del hambre, ya estremecido por las partidas de bandidos que lo asolaban.

Con no poca naturalidad y viveza da el Sr. Guerrini un interesante compendio de las vicisitudes porque pasara su héroe predilecto; compendio que por su extension no se presta á la insercion en estas breves páginas. Los chistosos cánticos de Croce y sus hábiles tocatas en la *lira*, instrumento mitad guitarra y mitad violin, le hicieron convidado indispensable para las grandes funciones y convites de las personas de elevada posicion en la sociedad boloñesa.

Nadie por esto crea que Croce descendiera nunca á hacer el repugnante papel de bufon ó parásito. Tenía su arte en el debido aprecio y se guardaba á sí mismo el suficiente respeto para mantenerse siempre con cierta dignidad é independencia, aún en los momentos críticos en que se veía sin pan que llevar á los hambrientos labios de sus queridos hijos.

Giulio Cesare Croce fué un verdadero poeta popular; su instruccion no fué muy vasta, mejor diremos, fué nula; pero tuvo el buen sentido necesario para permanecer siempre fiel á su mision, sin pasarle siquiera por la imaginacion copiar las afectaciones literarias de la época. En realidad, no tuvo más jactancia que la de escribir de tal suerte, que todos le pudieran entender. Hombre del pueblo, escribió para el pueblo y sus composiciones, impresas en retazos de papel vasto destinados á servir de aventadores ó *ventarole*, como dicen los italianos, obtuvieron una circulacion asombrosa.

En alguna que otra ocasion pretendió Croce componer poemas de estilo sostenido y elevado, y aún tambien comedias; pero su peculiar carácter fué la composicion de poesías ligeras que pudieran ser por las calles y plazas de Bolonia

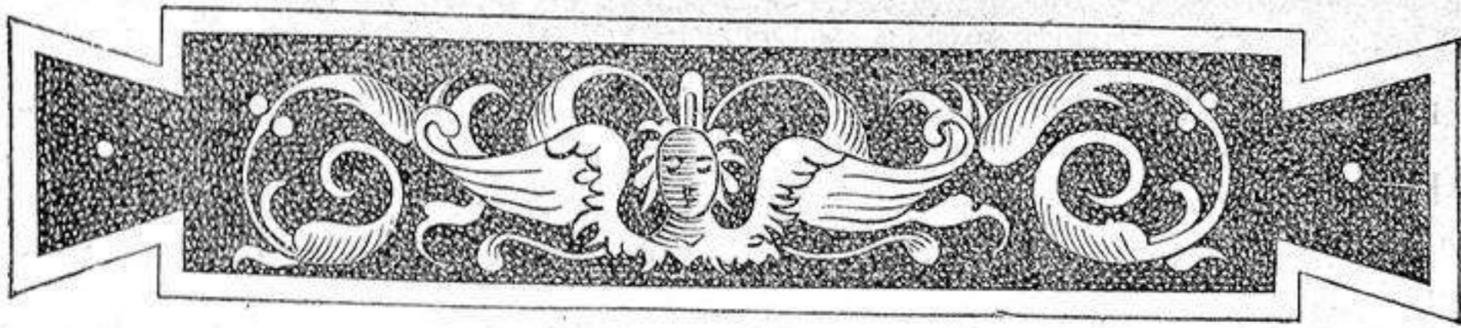
tadas, como la cómica balada *Le Pulci*, y la trágica narración *Lamento di due Amanti*.

La posteridad conoce á Croce más que por otro motivo, por haber sido el refundidor de la antigua leyenda de *Marcolfo el Enano*, leyenda que fué por nuestro héroe transformada en la historia de *Bertoldo y Bertoldino*, famosa todavía en todos los países cultos. Sobre el origen de esta leyenda; que data de los tiempos de Salomon, escribe el Sr. Guerrini una disertación importantísima que ha sido en Italia con aplauso acogida por las personas amantes de las letras.

En la citada memoria, comenzando Guerrini por el Calmuel, y concluyendo por la exposición que del citado cuento se hace en un poema bolonés compuesto en octavas reales é impreso en casa de Lelio della Volpe, en 1736, va punto por punto describiendo las diversas metamorfosis por las que el cuento ha ido pasando en los diversos países del mundo.

LINDA VILLARI.





CRÓNICA DE LA QUINCENA.

INTERIOR.

EL proyecto de contestacion al Mensaje, redactado en la alta Cámara por el Sr. Marqués de Molins, es un documento tan insustancial, pálido y frio como el discurso regio. Sólo contiene una afirmacion independiente: la de que debe abolirse la esclavitud en Cuba, despues que los interesados en ese problema lleguen á un acuerdo; lo cual es deferir tan importante reforma *ad kalendas græcas*. Pero no hay que dar importancia á la frase; nadie se la ha otorgado; el Sr. Molins la escribió por decir una generalidad cualquiera respecto de aquella idea. En lo demás su trabajo es una insípida parafrasis del desdichado discurso de la Corona.

El debate de que ha sido objeto ese documento entre los señores senadores, está por punto general á su altura; si incidentes extraños al fondo de los temas que se controvertían, no hubiesen venido á animarlo, prestándole el brillo de las empeñadas discusiones personales, capaces de apasionar á los más tranquilos representantes del país, y al más pacífico auditorio, hubiera pasado totalmente inadvertido y apenas las gentes sabrían á estas horas que la alta Cámara ha puesto

término á la más trascendental de sus funciones parlamentarias.

Abrió ese debate el Sr. Maluquer con una enmienda encaminada á censurar la política del gabinete y á pedir que la Corona, reprobándola, adopte otra más liberal, de acuerdo con las necesidades de los tiempos, y el rumbo que siguen la mayor parte de las monarquías de Europa. Este es el tema constante, eterno, de los constitucionales, y no lo decimos en son de censura. Hoy más que nunca deben insistir en sostenerlo. Hoy más que nunca, ante el partido conservador que se divide y desmorona, deben ofrecerse como la única solución posible. No es esa la actitud más simpática á nuestros ojos; pero reconocemos que es la más lógica dada la historia del partido constitucional. El Sr. Maluquer planteó bien estas cuestiones, en un discurso sin brillo; pero discretamente pensado. Repitió las afirmaciones dinásticas y monárquicas, que son el supremo recurso de sus amigos y mostró, criticando la actitud y las obras de los conservadores, cuánto han dañado á la patria y á su porvenir en estos últimos tiempos. La crítica del Sr. Maluquer, no fué, sin embargo, dura. En esta legislatura los llamados á hacer una oposición *á outrance*, enérgica y viva, son los demócratas. Los constitucionales se mantendrán en una línea de conducta más reservada, de moderación y de templanza. Ese es su interés, lo repetimos, aún cuando hagamos constar con igual franqueza que semejante actitud resultará como tantas otras veces ineficaz, y quien sabe si hará perder al partido constitucional muchas de las simpatías que en el escrutinio del 20 de Abril, contribuyeron á aumentar sus fuerzas, porque éntonces iba á identificarse más y más con los elementos liberales del país.

La segunda enmienda al proyecto de contestación al Mensaje la presentó y sostuvo el Sr. Coronado. Síntesis de esa enmienda: que no será posible devolver á la patria el bienestar anhelado por todos, fortalecer los principios de autoridad y orden, si no se restablece la unidad católica. El Sr. Coronado es un ultramontano impenitente. Su ideal de gobierno es el que imperaba en España allá por los años

de 1867 y 68, bajo el ministerio Gonzalez Brabo. No hay, pues, manera de obligar al Sr. Coronado á que mire en derredor suyo, á que contemple el estado de Europa que tan poco conoce, y despues de ver que los pueblos más atrasados é infelices son el de Italia y el de España. España é Italia tambien donde el respeto á la autoridad deja más que desear y el órden público se perturba más fácilmente, recuerde que en ambos arraigó como en ningun otro y se conservó hasta época muy próxima la unidad católica. El Sr. Coronado, como la inmensa mayoría de los ultramontanos, es refractario á ese género de argumentos. Pero lo más importante de esta enmienda era su votacion que encerraba un objeto político. En las Córtes de 1876 se discutió y votó la unidad católica. La influencia personal del Sr. Cánovas del Castillo entre los conservadores, retrajo á muchos entónces de manifestar su adhesion á ese principio, y se esperaba que ahora, falto este gobierno de prestigio en la mayoría si se provocaba un voto de la alta Cámara en aquel sentido, el número de votantes en pro de la enmienda del Sr. Coronado, habría sido considerable. El cálculo no era ilusorio; lo han demostrado los hechos, El gobierno no tiene influencia entre los conservadores liberales; pero goza de autoridad con los ultramontanos y moderados, y apeló á esa autoridad. Se asedió al señor Coronado para que retirase su enmienda despues de discutirla. El Sr. Coronado, á quien instaban para que no procediera así, los amigos del Sr. Moyano, resistía. Puso término á estas resistencias una carta de cierto diputado ultramontano que ha trocado antiguos rigores, la intransigencia de principios y de conducta que la señalaban para un puesto importante en nuestra política por las complacencias del parlamentarismo y que transige hoy como cualquier conservador-liberal. El Sr. Coronado obedeció las instrucciones del leader de la minoria neo-católica del Congreso. Retiró su enmienda al punto de votarla, y el deseo de los que anhelaban reñir ahí una batalla al gobierno, quedó defraudado. Nosotros, partidarios sinceros de la libertad en todas sus manifestaciones hemos conseguido dos triunfos con la presentacion de esa enmienda:

1.º Dejar sentado que ni aún los mismos partidarios de la unidad religiosa hacen de ella más que un pretesto para combatir al gobierno, un motivo puramente retórico.

2.º Dejar sentado asimismo el precedente de que se puede pedir al Congreso ó á la alta Cámara la reforma de la Constitución en una enmienda al Mensaje, contestando el discurso de la Corona.—El ex-ministro de doña Isabel II, una reforma constitucional solicitaba. Ténganlo en cuenta los diputados y senadores demócratas, para cuando estimen conveniente promover un debate constitucional que revele al país, sin disfraces, aliños ni ambigüedades, toda la extensión de nuestros deseos y de nuestros propósitos.



El primer turno en el debate sobre el Mensaje, lo consumió el Sr. Rivera (demócrata); los dos últimos, los Sres. Pelayo Cuesta y Alonso Colmenares, constitucionales. El discurso de este último ha tenido excasa importancia. El Sr. Alonso Colmenares, con poco tino, y peor gusto, ha reivindicado para sí y sus amigos la gloria de algunas de las medidas llevadas á cabo por la restauración contra las reformas judiciales del Sr. Montero Rios, ofreciendo con esto un medio de defensa á la política conservadora. El Sr. Pelayo Cuesta, más hábil, intencionado y parlamentario, quiso provocar manifestaciones del Gobierno sobre la crisis de Marzo, y las obtuvo, en efecto, de los Sres. Silvela que han coincidido en presentar aquel cambio despojado de importancia política y reducido á los límites de un acto de delicadeza y desprendimiento del jefe del partido conservador, quien pesaroso de que se atribuyera á su política un carácter eminentemente personal, quiso mostrar que no lo tenía, abandonando el gobierno á sus correligionarios.

El Sr. Silvela (D. Francisco), ha justificado más ampliamente el cambio de ministro de la Gobernación que el del resto del ministerio, insistiendo sobre las condiciones especiales del período electoral abierto en Marzo. Ni el Sr. Alonso

Colmenares, ni el Sr. Pelayo Cuesta, han discurrido, sin embargo, tanto como les era posible sobre esos extremos para tratar definitivamente esta cuestión, ni era quizá oportuno tratarla en la alta Cámara, léjos de los Sres. Cánovas del Castillo y Romero Robledo, que la podrán ilustrar con sus recuerdos.

Los discursos más importantes de este debate parlamentario, han sido los de los Sres. Rivera, que consumió á nombre de los demócratas el primer turno contra el Mensaje, y Martinez Campos que resumió el debate.

El Sr. Rivera explicó la situación de su partido, fiel á los compromisos que contrajo en 1873, adversario irreconciliable del actual orden de cosas, que viene á la lucha parlamentaria á sostener sus principios en esta hora crítica para las ideas conservadoras. El Sr. Rivera hizo un acto noble, enérgico y digno. Defendió la revolución de Setiembre (á la que han consagrado los oradores constitucionales palabras que no se compadecen bien con la participación que tuvieron en ella, y el influjo que gozaron de 1868 á 1875), y como al hacer esta defensa señalara entre las ideas fundamentales del régimen político existente muchas ideas revolucionarias, y entre los hombres que ahora gobiernan muchos personajes de entonces, para mostrar como la revolución imprimió un sello al movimiento restaurador iniciado en Sagunto, el general Jovellar, aludido, hizo uso de la palabra. Su defensa de la responsabilidad que contrajo cooperando al alzamiento de Setiembre de 1868, puso en labios del general Ros de Olano una defensa análoga. Protestó el marqués de la Habana de que ante el gobierno de D. Alfonso XII emplearan otro lenguaje que el del arrepentimiento los que contribuyeron á arrojar á su madre del trono. Dijo el marqués de Orovio, que los elementos de procedencia revolucionaria que contribuyeron á la restauración, eran ó desengañados ó arrepentidos. Las acusaciones de deslealtad é inconsecuencia apasionaban los ánimos; se iba á llevar demasiado léjos el exámen de la historia de cada uno y la investigación en los anales patrios contemporáneos. El marqués de Barzanallana invocó, para poner término á este debate, el interés del país, que era recordar el interés de las

ideas conservadoras, y al cabo se le dió fin, porque la conveniencia de unos y otros lo demandaba.

En aplacar los ánimos irritados de esa sesión famosísima puso todo su empeño, y lo alcanzó, el Presidente del Consejo de ministros. Si á esto hubiera limitado su intervencion en los debates del Mensaje, la fama le prodigara hoy sus más lisonjeros encarecimientos; pero quiso llegar á más. El jefe de un gobierno, dijo con buen acuerdo, debe exponer su propia política; el Presidente del gabinete tiene entre sus más altos deberes el de reanimar estos debates... ¡Pido la palabra!... Y habló. ¿Para qué habló? *El Liberal* ha dicho que hizo un discurso muy reido. Esto es, con efecto, ese inverosímil documento parlamentario, mezcla de ingénuo candidez, aturdimiento, ignorancia de las costumbres políticas, energía y franqueza, que si algo demuestra es que, quien lo produce, no puede continuar mucho tiempo presidiendo un gobierno parlamentario de una monarquía constitucional, porque carece de algunas dotes necesarias á quien dentro de ese régimen aspire á llamarse hombre de Estado. Así piensan los canovistas; esto ha venido á decir, sobre poco más ó menos *El Acta*, órgano de los íntimos pensamientos del antiguo jefe del partido conservador, provocando frases de censura de *La Época*, que se coloca resueltamente al lado de los caracteres sinceros y leales, contra los retóricos como el Sr. Cánovas del Castillo. No tienen estos el apoyo de la opinion; pero tampoco lo conquistará el Sr. Martinez Campos, quien si posee sinceridad y buenos propósitos, ha manifestado que carece de un sistema de gobierno, de una línea de conducta política capaz de hacerlos realizables y fecundos. En una palabra, las virtudes que el general Martinez Campos tiene como gobernante, son virtudes que apenas trascienden de la esfera personal y privada. No es un retórico; pero tampoco es un hombre de acción apto para el arte difícilísimo de gobernar los pueblos. Su discurso fué el principio de su descenso. Si se obstina en dirigir la política, ó hay quien se empeña en mantenerlo al frente de la situación, no tardaremos en ver como surgen complicaciones y dificultades superiores á las fuerzas del partido conservador liberal.

La importancia de los debates del Mensaje en la alta Cámara ha sido escasa. Fuera de los pormenores que acabamos de señalar, la discusión corrió pálida, fría, sin novedades ni accidentes. Los senadores han reservado íntegra á los diputados la cuestión política. El Congreso nos dará á conocer la situación actual y la actitud de los partidos que la combaten ó apoyan, nos revelará algunos de los enigmas del pasado y abrirá á nuestros ojos los rumbos del porvenir.—El Senado terminó esta discusión el día 19.

Puesto á votación el dictámen, y habiéndose pedido que fuera nominal, resultó aprobado por 149 votos contra 21, que fueron los de los Sres. Rivera, Almanzora, Maluquer, Sanz, Seoane, Saavedra, Mazo, Alonso Colmenares, Gallostra, Arias, Martínez, Cardó, Zavala, Guad-el-Jelú, Rey, Camacho, Fernan-Nuñez, Vilches, Sancho, Cuesta, duque de Veragua y conde de Almina.—El Sr. Galdo, ausente, se adhirió con posterioridad á los 21. Los moderados se abstuvieron.

Sesion del 20.—El 19 se verificó en Madrid una revista militar, obsequio á los príncipes de Austria y Baviera que viajan hace algun tiempo por España. Nosotros no conocemos todavía más fiestas con que obsequiar á los extranjeros que nos visitan que las partidas de caza, los bailes, los banquetes y las revistas militares: vivimos en el siglo xvii. Al desfilarse un regimiento de artillería por la calle de Alcalá, como fuesen á escape las baterías, el calor sofocante de la jornada, y la trepidación de los carruajes en aquella rápida carrera, produjeron la inflamación de dos sacos de pólvora de los contenidos en uno de los arzones, haciendo que éste estallara, y causando la muerte de un artillero, heridas graves á tres más, heridas leves y contusiones á doce ó catorce pacíficos espectadores, y la confusión y alarma consiguientes en el inmenso gentío que esperaba apiñado en aquellos lugares el paso de las tropas. Pues bien, estos sucesos inspiraron en la sesión del 20 al Sr. Alvarez algunas observaciones harto someras y la súplica de que el gobierno adopte las medidas oportunas para que ese triste caso no se repita.

El ministro de Marina dice que la desgracia era inevitable.—*Estupefacción general.*—¡Inevitable! ¿Por qué?

El Marqués de Fuente-Fiel repite, que la catástrofe era inevitable; pero no explica la causa de que lo fuera.

Sesion del 23.—Si el precedente sentado por la alta Cámara en la sesion de este dia tuviera muchos imitadores, las Cortes españolas cumplirían bien los árdulos deberes que les impone su mandato. Los senadores discutieron el 23 la cuestion de subsistencias. El Marqués de Villamejor pidió al Gobierno que propusiera la supresion del impuesto transitorio de 2,16 de peseta que paga el hectólitro de trigo importado. El razonamiento del Sr. Marqués de Villamejor es incontestable. España produce sólo 60.000.000 de hectólitros de trigo y la poblacion de nuestro país necesita para el consumo 70.000.000. La diferencia se salda con pan de maíz, centeno, cebada, algarrobas, raíces ó hierbas. La escasez de la oferta aviva los precios, la proteccion impide ó dificulta la competencia, fomenta el monopolio y contribuye á favorecer los propósitos de los acaparadores. Falta pan y el que hay se encarece, merced á las condiciones anormales del mercado. ¿Qué debe hacer el gobierno en interes de los pueblos, de los consumidores, de la inmensa mayoría del país? Restablecer las condiciones normales y regulares de la vida económica en lo que á este importante artículo se refiere, ó cuando ménos, disminuir las desventajas con que lucha el consumidor. Esto pedía el interpelante. El Sr. Orovio se negó á satisfacer su demanda. Sostuvo, bajo la fe de su palabra, que nuestro suelo produce trigo bastante para el consumo nacional. El Sr. Orovio ni conoce la estadística ni necesita de ella. Añadió, puesto ya á sostener las más peregrinas ideas, que nuestro suelo es malo y nuestro cielo peor, y que al suelo y al cielo debe la península su atraso y su pobreza. Para ser ministro de Hacienda en España, no se necesita, como ven nuestros lectores, tener conocimientos muy generales. Si el Sr. Orovio hubiera creído alguna vez que la resolucion de los problemas económicos está en algo que no enseña el ciego empirismo, é inspirándose en esta idea hubiera ido á buscar en los trabajos de estadística, de economía y agronómicos el conocimiento de la realidad, sabría á poco que se empeñara en averiguarlo, que en España lo malo, no es generalmente el suelo, ni el cielo, sino

el entresuelo, y que lo peor, lo que tenemos de peor respecto á toda Europa, sin que sirva de ofensa á S. E., ni á sus compañeros, es el gobierno. Por esto, porque somos la nacion peor gobernada; porque en España, gracias á la tradicion absolutista, que el régimen parlamentario no ha destruido, todo se fia al esfuerzo del Estado, nos hallamos en la miserable situacion económica que al Sr. Orovio le parece efecto de las condiciones naturales del pais; pero que es consecuencia del arte escasísimo con que S. S., y otros gobernantes tan expertos y celosos como S. S., dirigen la cosa pública.

Sesion del 24.—Vuelta á los dolorosos sucesos del dia 19. El Sr. Presidente del Consejo promete que, en lo sucesivo, el desfile de la artillería se hará por la ronda. Consecuencia: los arzones no podrán estallar dentro de Madrid.

Sesiones de los dias 26 y 27.—Á dos ó á cuatro de los senadores electos por Cuba les faltaban las condiciones que determina el artículo 22 de la Constitucion para que la alta Cámara pudiera proclamarlos. El Ministerio presenta una ley dispensándolos de aquellas cualidades. Se discute el proyecto. Lo combaten los constitucionales. Lo impugna el Sr. Camacho para mostrar que sus amigos son más fidelísimos y puntuales cumplidores de la ley fundamental de 1876 que los que los que la votaron, y se aprueba nominalmente por 118 votos contra 19.

*
* *

El Congreso se constituyó el dia 24 despues de aprobarse todas las actas presentadas ménos la de Oviedo, sobre la cual no llegó á emitirse dictámen, y las de Lucena (Córdoba), Grannollers, Villacarrillo, Gracia, Monforte, Burgo de Osma, Lugo, Fregenal y Navalmoral de la Mata que, declaradas graves, seran objeto de atento exámen por parte del tribunal elegido conforme prescribe el Reglamento.

Al constituirse definitivamente la Cámara, nombró para constituir su mesa á los diputados que formaban la interina. Sorteadas y constituidas las secciones se nombró la comision de contestacion del Mensaje. El Sr. Bugallal, presidente de esta comision, redactó el proyecto con tan escasa suerte que

no ha merecido ni un elogio sincero en cuanto á su forma. El fondo de esta documento es, como ordinariamente acontece, el del discurso de la Corona, sin quitar ni poner una sola tilde. Al dictámen se han presentado dos enmiendas. Una, notabilísima por el sentido político que revela, por que señala á nuestros males la causa de que verdaderamente proceden, por que es digna del hombre público que la suscribe, del Sr. Maissonave, que á la letra dice:

«Obtenida por el esfuerzo vigoroso de los partidos la pacificación de todo el territorio por donde se extiende y dilata la nacion española, el Congreso, cuyo primer deber es decir al jefe del Estado lo que piensa y lo que siente, y cuyo más alto ministerio es combatir los males que el país sufre, se ve obligado á expresar, ante todo, su profunda pena por el estado de perturbacion y de anarquía que son causa de los males que se sienten; que influyen en el rebajamiento de las costumbres públicas; que agravan las consecuencias de la crisis económica que por otras causas sufrimos, y que matan todas las fuentes de la riqueza nacional.»

Esta enmienda es la sostenida y propuesta por la minoría democrática. El Sr. Navarro y Rodrigo ha presentado á nombre de los constitucionales otra que lamenta la indecision política del ministerio. Al Sr. Maissonave contestará el señor Bochs; al Sr. Navarro y Rodrigo el Sr. Estéban Collantes.

Consumirán los turnos los Sres. Carvajal y Fabié, Castelar y Moreno Nieto, Romero Ortiz y Bugallal, tomando parte en el debate para alusiones los Sres. Sagasta, Martos, Becerra, Cánovas, Romero Robledo, Elduayen, Silvela, Martinez Campos y Alonso Martinez. La discusion empezará el dia 30. El 15, terminada ya, suspenderán las Córtes sus tareas. El gobierno, á lo sumo, pedirá á los representantes del país que voten dos ó tres leyes de indudable urgencia. Esta legislatura va á ser, pues, un meteoro brillantísimo que surca rápido el horizonte y desaparece. ¡Ojalá su brillo ilumine los espíritus, que hartos lo necesita la patria, lo espera la libertad y lo demandan los pueblos agobiados!

EXTERIOR.

Hay algo de extraño y sorprendente en la historia de la familia Bonaparte. Napoleón I, después de un reinado de quince años va á morir prisionero de los ingleses á Santa Elena. Napoleón II (que esta familia ha alimentado como otras la pretension de sostener contra los hechos una vana cronología dinástica) muere á los veintitres años en 1832, desterrado en Schoënbrum, siendo coronel del imperio austriaco. Reina Napoleón III diez y ocho años y vencido en Sedan va á morir entre los ingleses en Chirlehurst. Poco tiempo después Napoleón IV, también á los veinte y tres años de edad, muere oscura y tristemente en el Zululand, siendo oficial del ejército británico. En 1832 se dijo al saber la muerte de Napoleón II: el imperio ha muerto. En 1879 se repite esa frase. ¿La volverán á desmentir los hechos? Creemos que no. Es difícil que nazca de las ruinas del bonapartismo otro espíritu aventurero como el hijo de la reina Hortensia, casi imposible que se agrupe en torno suyo un partido poderoso, ilusorio creer que las circunstancias ofrezcan ocasion á un nuevo pretendiente como en 1848 al prisionero de Ham para reproducir la leyenda napoleónica. En la variedad necesaria de los hechos históricos, no hay cabida racional ni asiento lógico para esa hipótesis. Debemos desecharla. Los bonapartistas sensatos la desechan también y aseguran que no esperará Francia á que surja ese candidato capaz de levantar del suelo la púrpura arrastrada por Napoleón III á los piés de Federico Guillermo en Sedam, de que los zulús han hecho mortaja para el príncipe Luis.

Entre los herederos de este no hay en la actualidad ninguno de quien se afirme que puede pretender con la más ligera esperanza de éxito la corona imperial. Napoleón I tenía cuatro hermanos. Luciano y José mayores que él; Luis y Jerónimo de menor edad. La descendencia de Luciano fué excluida con su progenitor de la sucesion imperial; lo estaba á la caída del imperio en 1870. No hay, pues, que pensar ni en el príncipe Luciano que en Lóndres se consagra al estudio

de la ciencia, ni en el príncipe Carlos que vive oscurecido en Italia, ni en el príncipe Pedro, de irascible carácter, sobre quien pesa como una eterna mancha la muerte del infortunado Víctor Noir. José murió sin hijos. La rama de Luis se ha extinguido al fallecer el infeliz joven cuya muerte suscita hoy estas delicadas cuestiones. Quedan los sucesores del rey Jerónimo, que son su hijo el príncipe Jerónimo Napoleon, sus nietos, hijos de éste y de la princesa Matilde de Saboya, Víctor y Luis. El príncipe Jerónimo Napoleon, fué en tiempos del segundo imperio el representante de la democracia anticlerical cerca de su augusto primo, se ha declarado recientemente republicano, votó como diputado en 1877 entre los 363 contra el gobierno Broglie-Fourtou, es libre-pensador ¿cómo pretender que restaure el imperio? Los Cassagnac han presentado, apenas muerto Luis Napoleon, frente á su candidatura la de su hijo Víctor. Y ¿quién es el príncipe Víctor? Un joven oscuro y desconocido, que su padre educa en las ideas políticas y religiosas que profesa y apto quizás para todo ménos para continuar la historia legendaria de sus brillantes antecesores.

Segun el derecho establecido por las constituciones imperiales, debe suceder á Luis Napoleon el príncipe Jerónimo. ¿Aceptaré la herencia? Hé ahí el primer problema, problema que á estas horas no es posible resolver todavía. Nosotros suponemos que la acepta; el puesto de pretendiente halagará su vanidad acaso. Pero como hay en su historia hechos que le obligan y caracterizan, ni podrá desde luego hacer otra cosa el príncipe Jerónimo que aconsejar á los bonapartistas una aptitud expectante, ni la mayoría de estos, conservadores, autoritarios y católicos, querrán seguir á ese demagogo purpurado, á quien M. Paul de Cassagnac llamaba poco há, en recuerdo de aquel memorable Orleans, amigo de Mirabeau, *Jerôme Egalité*.

Si Jerónimo no acepta y el derecho,—aunque empleamos esta palabra sin reserva, conste de una vez para siempre que nosotros juzgamos ese derecho ilusorio; lo que los bonapartistas llaman el derecho de esa familia, es para nosotros un fundamento dialéctico solo en que apoyamos nuestras inves-

tigaciones y nuestros cálculos;—si Jerónimo no acepta, repetimos, y el derecho recae en el príncipe Víctor, hay una cuestión previa que resolver: ¿será el príncipe Víctor capaz de llevar esa representación como pretendiente serio? El tiempo habrá de decirlo y con el tiempo vendrán antes que el príncipe Víctor se aperciba á ocupar el trono, aún en el caso de que pudiera aspirar á tanto, antes de que la opinión lo apoye, aún en el caso de que la opinión pueda inclinarse de su parte, sucesos que imposibiliten estas combinaciones, arraiguen en Francia la República y hagan caer en profundo olvido al imperialismo y los Bonapartes.

Lo único, pues, que hoy puede afirmarse, es lo que ántes decíamos: que la muerte del príncipe imperial ha matado la causa bonapartista y tiene el partido que la apoyaba á punto de disolverse.

*
* *

El Sultan ha destituido al Khedive de Egipto Ismaïl-Pachá cediendo á las reclamaciones de Francia y de Inglaterra, apoyadas por todas las potencias, esceptuando Rusia que no ha querido intervenir en ese asunto de la manera que lo han hecho las demás. Pretendía la Puerta restablecer en Egipto, á favor de este cambio, el antiguo orden de sucesion, basado en el vigente en Turquía; pero los gabinetes europeos se han opuesto á que lo hiciera y el firman que destituye á Ismaïl, confiere la dignidad de Khedive á su hijo mayor Mahomed-Tewfik-Pachá (1). La opinión en la república vecina y en el imperio británico ha acogido con satisfaccion este desenlace. La resistencia del Khedive destituido, á que Inglaterra y Francia fiscalizaran la gestion económica del vireinato, había alarmado intereses que tienen grande influjo en el gobierno de ámbos pueblos. Del nuevo Khedive se espera que no oponga dificultades al gabinete de Paris y al de Saint James, para hacer efectiva aquella intervencion. Dadas las condiciones de su carácter, la elevacion de su inteligencia y sus

(1) En los últimos números de la REVISTA se ha publicado un estudio sobre *La familia real de Egipto* que contiene noticias muy interesantes sobre el nuevo Khedive Tewfik-Pachá.

propósitos reformistas, es dudoso, no obstante, que Tewfik-Pachá se resigne por completo á que Francia é Inglaterra gobiernen á su antojo el Egipto, que es lo que en el fondo desea su diplomacia.

Puede surgir alguna complicacion de esto, tanto como de las aspiraciones que las demas potencias abrigan sobre el Egipto, reveladas poco há en la intervencion de Alemania y Austria, cuanto por la diferencia de intereses y de propósitos que existe entre Francia é Inglaterra. Inglaterra, al comienzo de las negociaciones que han producido la destitucion de Ismail-Pachá, no se manifestaba propicia á apoyar ese partido extremo; fué preciso que Francia hostigara y apremiase á lord Beaconsfield, para que éste se resolviera al cabo á solicitar del Sultan la separacion del Khedive, uniendo sus gestiones á las de Mr. Wadington. Nuevas causas de discordia podrían en lo sucesivo suscitar entre ambos estados un serio disentimiento mucho más grave miéntras más íntimas y estrechas sean las relaciones que se establezcan en Egipto entre sus respectivos agentes.

*
* *
*

Las Cámaras belgas han aprobado la ley de instruccion, presentada por el gabinete presidido por Mr. Frere Orban, despues de largos y apasionados debates. Los opispos de Bélgica han dirigido á sus fieles una pastoral redactada por el arzobispo de Malinas, monseñor Deschamps y suscrita por todos los prelados del pequeño reino. En ella se ordena á los fieles que no lleven sus hijos á las escuelas láicas, siempre que en las inmediaciones de su respectivo domicilio exista alguna escuela donde se dé la enseñanza católica.

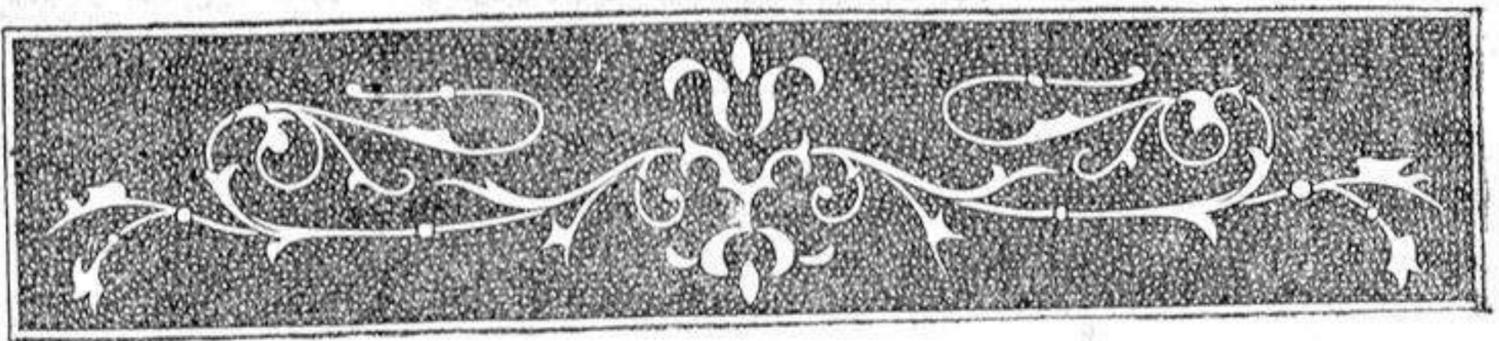
La Cámara de Versalles, ocupada en estos mismos problemas, discute los proyectos de ley de M. Ferry. El primero, el que es ahora objeto de sus deliberaciones, es el que regula la libertad de la enseñanza superior. M. Ferry ha tratado con él de arrebatár ese importante grado de la enseñanza de manos de los clericales, bajo cuya influencia lo habían puesto las leyes de 1875. El dictámen de la comision que ha examinado aquel proyecto, preceptúa que los exámenes de reválida

no puedan hacerse sino en los establecimientos oficiales de enseñanza superior, y que los alumnos de los establecimientos libres y oficiales de ese orden de la enseñanza, se sometan en lo esencial á las mismas reglas. Pero su disposición más importante, la que ha sido combatida con mayor pasión y energía es la que encierra el art. 7.º Dice ese artículo: «Ningun miembro de una congregacion religiosa no autorizada, puede dirigir un establecimiento de instruccion oficial ó privado, ni dar en él ningun género de enseñanza.» El art. 9 dispone que el establecimiento donde se infringiera la regla establecida por el art. 7 será cerrado. En virtud de estas disposiciones, inmediatamente que ese proyecto llegue á ley se ordenará la clausura de cincuenta y nueve colegios de jesuitas, que dan enseñanza á 1.502 alumnos, veinte y tres de dominicos, con 237; diez y nueve de maristas, con 222; siete de eudistas, con 153; catorce de benedictinos, con 239, y otros varios de diferentes órdenes no autorizadas por la ley, y que merced á la tolerancia de los gobiernos, habían venido extendiendo sus establecimientos por Francia y organizando el fuerte núcleo de propaganda ultramontana que tan terribles conflictos ha suscitado ya y prepara á la vecina república.

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.

27 de Junio.





MISCELÁNEA.

CIENCIAS.-LITERATURA.-ARTES.-HISTORIA.-POLÍTICA.



A casa de Austria y la casa de Borbon.—EN sus dos notabilísimos libros *Diccionario Militar*, y *Bibliografía Militar* el general Almirante se ha mostrado benigno con la dinastía austriaca, censurando enérgicamente á la de Borbon. El Sr. Maldonado Macanaz acaba de publicar en la *Revista de España* un artículo (núm. 271.—13 de Junio de 1879), titulado *La casa de Borbon y un moderno censor* donde se ocupa en los extremos afirmados por aquél, para ensalzar la dinastía borbónica, criticar la conducta de las Austrias, y repetir con Benavides que el advenimiento de la primera fué un suceso fausto para España.

No nos parece bien fundada, en términos generales, la crítica de ninguno de estos dos escritores y si es lícito ocuparse en el tema que plantean, bajo el punto de vista histórico, vamos á consignar algunas observaciones. Para mayor claridad entiéndase que siempre que decimos política de la casa de Borbon nos referimos á la política personal de los soberanos de esta dinastía hasta Fernando VII inclusive; pero no más acá. Desde Fernando VII la existencia del régimen constitucional nos obligaría á decir política de este ó aquel partido, pues no hay acto de doña Isabel II que no halla sido aceptado por alguno y en este sentido debemos respeto á los preceptos fundamentales de las diversas constituciones que, mejor ó peor obedecidas, han estado vigentes desde 1833.

La casa de Austria no significó, como decía Donoso, un paréntesis en nuestra historia. Aceptando la palabra paréntesis en cierto sentido hay que convenir en que fué más largo, en que no lo cierran la muerte de Carlos II, ni los deplorables sucesos de 1700.

La casa de Austria representa la desviación de la política espa-

ñola de su rumbo patriótico y nacional; nuestra política deja de ser Española en el reinado de Cárlos I, el emperador Aleman, y no vuelve á serlo hasta Cárlos II, ni lo es con Felipe V, ni con Fernando VI, ni con Cárlos III, ni con Cárlos IV, ni con Fernando VII. Durante ese largo período abandonamos nuestras mejores tradiciones, los principios que llevaron la nacion á su engrandecimiento, todo lo que había de genuinamente español y patriota en la política de nuestros monarcas.

Fuimos unas veces el instrumento de los intereses de la casa de Austria, otras el instrumento de los intereses del Pontificado, otras el instrumento de los intereses de la casa de Borbon reinante en Francia, siempre un arma al servicio de córtes extranjeras, de reyes extranjeros, de ideas extrañas á nuestro suelo, de voluntades contrarias á nuestro interes. Las guerras en Italia contra Francia, las guerras en Flandes contra la heregía y las guerras contra la gran Bretaña, donde perdimos todo lo que poseíamos, de donde arranca nuestra decadencia y el miserable estado de la España contemporánea, son á la vez el grave yerro de esa política anti-nacional y la prueba evidente de los absurdos principios en que se fundaban.—El Sr. Maldonado Macanaz habla muchas veces de las guerras del siglo XVIII en Italia, severa y juiciosamente censuradas por el Sr. Almirante, y encomia su éxito. No sabemos como tan concienzudo crítico se atreve á hablar de esto. ¿Cuál fué el resultado de esas guerras? El Sr. Maldonado dice: fundar en Italia un trono español. No es exacto. Se fundó en Italia una dinastía borbónica que duró más de cien años; es cierto. ¿Pero qué bienes produjo á España esa fundacion? El Sr. Maldonado Macanaz habla tambien del *Pacto de familia austriaco*. ¿Y el pacto de familia del siglo XVIII? ¿Le merece aplausos la obra de Cárlos III y de ese vergonzoso tirano Luis XV cuyos actos no se recuerdan sin horror y escándalo por todo espíritu honrado? ¿Le merece aplausos la obra del duque de Choiseul, el ministro de la Pompadour?

Cuando la casa de Austria, para desventura de España, subió al trono de nuestro país, encontró:

1.º Una política encaminada á fundar y consolidar la unidad de ta nacion, política cuyo desenvolvimiento no había terminado, porque aun cuando Aragon estuviese unido á Castilla y Navarra á ambos, no existían entre Castilla, Aragon y Navarra más que muy débiles vínculos que era necesario estrechar y que todavía no hemos estrechado bastante, como lo prueban el régimen foral, la base que tiene en el país y en la opinion de los pueblos la insensata bandera federalista que ahora se iergue de nuevo para desdicha de todos, y una campaña reciente en la prensa sobre el *Provincialismo*, á que se puso término cuando iba á revelar al país lo hondo y terrible de ese mal.—En aquella época (advenimiento de los Austrias) tampoco estaba unido Portugal á Castilla; pero los Reyes Católicos, últimos

monarcas que imprimieron carácter verdaderamente nacional á la política de nuestro pueblo, habían planteado ese problema y encaminaban sus esfuerzos á la unidad ibérica, por medio de lazos matrimoniales y alianzas de familia que desdichadamente no llegaron á producir el resultado que se anhelaba.

2.º Una política encaminada á extender nuestra influencia y el territorio de la patria por la region septentrional de Africa, política iniciada con las empresas de Cisneros y de Navarro, y desde entonces hasta hoy casi por completo abandonada.

3.º Una política encaminada á extender nuestra influencia y el territorio de la patria por las tierras del Nuevo-Mundo.

¿Qué debió hacer la casa de Austria?

¿Qué debió hacer la casa de Borbon cuando sucedió á aquella en 1700?

Para que la política de una y otra fuese verdaderamente nacional y española, la casa de Austria debió convertir la unidad de la península en el primero y el más arraigado de sus propósitos.

No lo hizo. Un publicista insigne, el Sr. Pacheco, dice en un libro, modelo de crítica histórica (la *Historia de la regencia de la reina Cristina*) que el cargo más grave que puede en España formularse contra el absolutismo, es el de no haber fundado la unidad nacional.

La casa de Austria debió, si venía á hacer política española, fundarla, convertir todos sus esfuerzos, no á Flandes, por el Papa, ó á Italia por su prestigio dinástico, ó contra Paris y en favor de Viena, sino al norte de Africa por el engrandecimiento de la nacion.

En punto á las provincias de Ultramar sus yerros son de otra índole: son yerros de la inteligencia y no de la voluntad. Quería en Ultramar lo que debía querer, el engrandecimiento en España; pero no supo colonizar, como no supieron los reyes de la casa de Borbon, y perdimos nuestras posesiones y perdimos hasta la esperanza de que algun dia aquellos pueblos, unidos al nuestro por la comunidad de origen, de idioma, de creencias, de sentimientos, nos miren como hermanos y fien á nuestra lealtad y á nuestro fraternal afecto la mejor custodia de su independendencia contra el invasor del norte, contra el *yankee*.

Los monarcas de la casa de Borbon, Felipe V, Fernando VI, Carlos III, Carlos IV y Fernando VII, á haber querido practicar una política sinceramente española, habrían restaurado la política de los Reyes Católicos, la política que á su advenimiento hallaron planteada los soberanos de la casa de Austria. Pero tampoco quisieron hacerlo. Sus antecedentes se lo impedían. Carlos V vino á hacer de España un feudo de los Austrias y Felipe V una provincia francesa. Ni el advenimiento de aquel ni el de éste fué un suceso fausto. La historia imparcial calificará uno y otro de sucesos infaustos para

España. Los patriotas llorarán aquellos dias como desgraciados é irreparables.

Nosotros no volveremos, ante esos ejemplos, la vista á la Edad Media para ensalzarla, como hace el Sr. Almirante, áun cuando en realidad sería muy disculpable que lo hiciésemos. Son verdaderamente dignos de admiracion en esa edad, ménos culta sin duda que la nuestra, aquellos soberanos, cuya política era tan patriótica, tan sinceramente española, que el interes del país y su personal interes se confundían en uno sólo; aquellos soberanos que iban al frente de sus pueblos, más que de sus ejércitos, á buscar en el campo de batalla el engrandecimiento del país que regían. Con Cárlos I viene á la política de España un factor nuevo: el interes dinástico; desde el momento en que el interes dinástico se distingue del interes nacional, desde que se revela como una entidad diferente, desde que es posible que se contraponga á la conveniencia de los pueblos, desde que seguramente se contrapone, la política de España deja de ser el resúmen de los votos que con más ó ménos firmeza hacía ya la opinion y se convierte en la expresion de la voluntad de una persona, el monarca, cuyos afectos y pasiones, cuyos empeños y propósitos no son como en tiempo de Alfonso VIII, de Fernando III, de Alfonso XI y de Isabel la Católica los del país.

Esto caracteriza el cambio operado en la política española con el advenimiento de los Austrias. Al verificarse el de los Borbones, continuó todo bajo ese punto de vista de la propia manera. Por eso tambien con este cambio coincide la modificacion del carácter de nuestra monarquía, popular y moderada ántes de la tristísima hora en que vino á poder de la casa de Austria; absoluta desde ese dia casi hasta ahora.

Si el Sr. Maldonado Macanaz, ya que ha querido impugnar los asertos del ilustre bibliógrafo militar en vez de refutar media docena de sus citas y de consignar algunas observaciones históricas poco importantes, hubiera elevado la cuestion á su verdadera altura y estudiado en sus rasgos generales, con un criterio nacional y patriótico, la política de los reyes de esas dos casas, no pensaría que basta para calificarla las pobrísimos argumentos que emplea en su artículo *La Casa de Borbon y un moderno censor*. Tampoco es suficiente exhibir ciertas personalidades históricas brillantes como Enrique IV, Luis XIV y Cárlos III, pues al lado de ellas están otras como Fernando VII, Luis XV y Cárlos IV, despues de recordar las cuales se conviene en que es imposible que baje más el nivel intelectual y moral de los gobernantes, ni que sean más infelices y sin ventura los gobernados. Y ya comprenderá el Sr. Macanaz que no es fácil ampliar estas consideraciones, tanto como sin salir de los límites de la historia pudieramos ampliarlas.—**

Las bodas de oro; correspondencia de Berlin.—Sobre este importante acontecimiento nuestro corresponsal en Berlin nos escribe la siguiente extensa y curiosísima carta:

«BERLIN 11 de Junio de 1879.

Hemos celebrado públicamente una verdadera fiesta de familia; no había en Berlin tanta pompa y tanto júbilo ruidoso como en Viena; y aunque se puede decir que no había hombre que no participara del entusiasmo de la nación entera, la forma en que se celebró revistió á la par dignidad y sencillez; tal era el deseo del emperador para quien el día, además de una fiesta solemne, ha sido un día serio que invitaba á pensar si este acontecimiento tan raro y extraordinario podría tal vez cerrar la larga série de días festivos que en los últimos años han llenado la vida del emperador.

El comportamiento del pueblo ha sido el mejor que se podía desear; noble y lleno de dignidad y aunque se obserba ménos agitación que en otras fiestas, no por esto la participación del pueblo era ménos profunda ni ménos general. Las más modestas clases sociales que en estas ocasiones muchas veces se hacen sentir demasiado, parecían dominadas por un sentimiento de dignidad, cultura y solemnidad. La flor azul del Emperador, brillaba por todas partes en el frac de los caballeros, en el pecho de las damas, en las gorras de los muchachos, y en los cabellos de las jóvenes, como homenaje tácito á SS. MM. Se veía también en las guirnaldas que adornaban las fachadas de las casas con un sin número de bustos del Emperador y de la Emperatriz, laureles y coronas de oro. Pero es imposible dar una idea de tantos ornamentos, flores é inscripciones como aparecían por todas partes. La visita de tantos príncipes que se reunieron el día anterior, la muchedumbre de uniformes brillantes, la llegada de las diputaciones aumentaba la solemnidad de la preparación de la fiesta. La alegría llegó á su colmo cuando por la tarde del día anterior los imperiales esposos salieron juntos en coche á su paseo acostumbrado por el jardín zoológico. Más tarde cinco bandas de música del ejército se hallaban allí, donde había fuegos artificiales, luz eléctrica y de bengala.

A las siete de la noche en la catedral uno de los predicadores de la corte celebró un servicio litúrgico. La capilla real cantó el Salmo Ciento.

Luégo se hizo una oración solemne, que por su gran interés y por lo raro de la solemnidad dejamos transcrita palabra por palabra. «Dios Todopoderoso y eterno, Padre misericordioso en nuestro Señor Jesucristo! Celebramos de lo profundo de nuestro corazón el amor paternal con que bendices tus hijos en la tierra. Tus piedades sobre nosotros son todas las mañanas nuevas y tu misericordia no tiene fin. ¿Qué es el hombre que te acuerdas de él y que

lo visitas? Tus ojos nos vieron cuando aún no teníamos perfecta configuración y todos nuestros días estaban escritos en el libro de tu ciencia, y señalados por tí con tus bendiciones ántes de que existiese uno sólo de ellos.

»De un día al otro tu mirada preserva nuestro aliento. En cada momento podemos sentirte y encontrarte, porque en tí vivimos, nos movemos y somos.

»Por tu hijo Jesucristo nos has bendecido desde la niñez con toda bendición espiritual en bienes celestiales, y de tu plenitud recibimos nosotros diariamente gracia por gracia.

»Para loor y alabanza de tu glorioso nombre estamos reunidos en tu Santuario. Tú has guiado con tu mano á nuestros emperadores por cincuenta años, para su salud y bendición de nuestro pueblo. Con el corazón conmovido los dos confesarán mañana ante tu altar cuanto has hecho durante esa larga época con ellos, y sus hijos y los hijos de sus hijos; cómo tú los has protegido en muchos peligros, consolado en muchas tribulaciones, y dirigido de tal manera que pudieron sobrellevar todas las pruebas de su vida. En el día de angustia tú los has salvado; cuando los ojos de los hombres no podían ver salvación alguna; tú que rompes todas las cadenas, has preparado senda y camino; y cuando han aparecido grandes días, tú eras el que los ha dado, tú, Padre de las luces! Así te da gracias el Emperador y la Emperatriz, así te da gracias toda la casa real, porque tú les has dado esta fiesta de una solemnidad tan extraordinaria; y con ellos te da gracias nuestra nación entera que se alegra de este día en tu presencia. Como tú hasta ahora has manifestado en los esposos imperiales la riqueza de tu gracia; así queda y permanece con ellos también en el porvenir. Amen.»

El día 9 por la mañana hubo una gran solemnidad musical en la plaza de Donhof, donde se habían reunido las delegaciones de las sociedades de canto de toda Alemania. El efecto fué grandioso cuando empezó con el himno: «Alabad al Señor al Dios poderoso de la gloria!» La segunda pieza que cantaron fué: «Oración para el Emperador» y nadie podía imaginarse el efecto producido por la melodía y por el canto. Luégo cuando la overtura de júbilo de Carlos María Weber «Salud Emperador!» había terminado, la muchedumbre toda entonó el himno nacional «Salud á tí en la corona de la victoria!» A las nueve y media el emperador había empezado á recibir las felicitaciones de los empleados y de la real servidumbre. A las once vinieron los príncipes herederos, la familia de los duques de Baden y el duque de Sajonia Weimar; á las doce en punto el Emperador fué por la Emperatriz y la condujo á la sala Blanca, donde recibieron las felicitaciones de los otros príncipes de Alemania, y luégo se trasladaron á la capilla del palacio. La Emperatriz iba á la izquierda del Emperador, su vestido de novia era de seda blanca con franjas de oro, bordado de ramilletes de arrayanes de oro con

flores de plata. En la cabeza llevó una corona de arrayanes de oro puro, regalo del Emperador, y al cuello un collar de diamantes. El Emperador llevaba en el ojal un ramillete de arrayanes de oro, al cuello la cruz del Aguila Negra y en la mano un baston de marfil. Es imposible describir la impresion que hizo la entrada de los esposos imperiales en la capilla del palacio. Les seguian primero sus nietos, y despues todos los príncipes; nada más que veinte y una parejas coronadas.

El predicador de la córte Dr. Kógel, había tomado por texto de su discurso las palabras de la epístola á los Corintios XIII, versículo XIII: «Y ahora permanecen estas tres cosas: la fé, la esperanza y el amor, más de estas la mayor es el amor.—Venid, salterio y arpa, empezó el discurso, entonad cánticos de alabanza! Y los himnos de alabanza se despertaron, y resuenan de las montañas vinícolas del Rhin y del Mosela donde anoche brillaron los fuegos de júbilo, hasta los últimos límites del Oriente, de las riberas del Rodensec hasta las orillas del mar Báltico y del Norte. Rodeados por una corona de hijos y nietos y la poco há nacida biznieta, por el júbilo de homenaje de la nacion entera, vosotros, ilustrísimos emperadores, dejais pasar ante vuestros ojos conmovidos, diez lustros con sus gozos, aflicciones, radiantes fortunas, tempestades borrascosas, consuelos y lágrimas. A las coronas de majestad y de gloria que adornan vuestras cabezas imperiales y reales, á las diademas que las coronan, la mano de Dios ha añadido el ornamento tan raro de la corona de las bodas de oro. En la misma casa de los padres, donde hace cincuenta años fué sellada y bendecida vuestra union, se enlazan otra vez las manos, llenos los corazones de agradecimiento profundo. Muchas cabezas nobles, que os rodearon entónces, han caido en el torrente del tiempo; pero los recuerdos dolorosos han de palidecer ante el brillo de la fiesta de hoy.

«Tres estrellas brillan en vuestra existencia: la fe, la esperanza y el amor; el amor es la mayor entre ellas. Desde aquel antepasado que duerme allá en las montañas de la Suabia en la bóveda que lleva como inscripcion la palabra de Jesucristo. ¡Qué serie de confesores y confesiones de aquella fe que permanece! Por vuestra propia vida, que ha experimentado tantos favores y sufrimientos, tantas penas y alegrías, tanta elevacion y tanta humildad, se mantiene la fe; por ella habeis experimentado la fuerza y el auxilio del Señor. Desde aquella hora en que la corona de la Prusia en el altar del Señor fué consagrada, hasta la en que la dignidad del nuevamente levantado imperio coronó vuestras cabezas, hasta los acontecimientos dolorosos del año pasado, una memoria llama á la otra.

»Y en la fe permanece el amor. La corona verde de arrayanes que un dia de amor os adornara, ha sido cambiada en la corona del amor conservado y probado. Si vuestro camino iba sobre las alturas de la fortuna ó por las profundidades de las lágrimas, siempre el

amor los unió, tanto en la propia casa, como en el círculo de una nacion entera...

»En la fe está fundada la esperanza y experiencia de una vida mil veces bendita, y se convierte hoy en súplica: Señor, no te dejamos sino nos bendices ántes. Haz que en la tarde venga la luz. Como los puntos más altos de las montañas, cuando vienen las sombras de la noche, están brillantes con la luz del sol, y se ven desde los valles más profundos, así saludais ahora rodeados de los rayos de la gracia divina á nuestra nacion con la esperanza de que el Señor os guiará y sostendrá siempre, hasta que por fin se cumpla la súplica: «Guíanos hasta la patria celestial. Amen.»

Luégo siguió una oracion de gracias con esta conclusion: «Dios vigila sobre ellos segun su promesa: Yo os llevaré hasta la vejez y hasta las canas; Yo lo haré, yo os sostendré, os soportaré y os salvaré. Por tu hijo Jesus les concede la entrada en tu reino eterno. Corona, padre de las luces, con tus bendiciones, nuestra casa real, nuestra patria, Prusia, el imperio aleman entero con sus príncipes y naciones. Lo que tu bendices queda bendecido eternamente.»

Despues del Padre Nuestro vino la nueva bendicion del matrimonio: «Nuestro socorro viene del Señor que hizo los cielos y la tierra. En su nombre, de su plenitud, para su gloria toda bendicion ha de ser dada y recibida. El Señor, que es la fortaleza de nuestra fe, el que ha acompañado y bendecido tu alianza hasta hoy te bendiga y te guarde. El Señor, que es el amor, y que te se ha manifestado con cruz, palabra y espíritu por estos cincuenta años haga resplandecer su rostro sobre tí, y tenga de tí misericordia. El Señor, que es nuestra esperanza en la vida y en la muerte, y que promete á aquel que perseverare fiel la corona de la vida alze su rostro á tí y ponga en tí paz. Amen.»

Los esposos oyeron de pié la primera oracion; al principio del discurso se sentaron, y por fin se arrodillaron ante el altar para recibir la bendicion. En este momento se dispararon los cañonazos.

Despues de salir de la capilla recibieron al cuerpo diplomático y las diputaciones. El Emperador mismo contestó á cada una de ellas. Traían documentos sobre las muchas fundaciones de instituciones benéficas que en memoria del fausto dia se han fundado por una idea felicísima del Emperador, la de rehusar toda clase de regalos, aceptando como tales todos los donativos para refugios, casas de huérfanos, cajas de viudas y otras por el estilo. La cantidad dedicada en este dia á tal objeto, ha sobrepujado todas las esperanzas.

Por la mañana, el Emperador había regalado á su esposa un collar con una cruz con la imágen de nuestro Salvador rodeado de brillantes, hecho segun un dibujo de la princesa heredera; además, le dió un gran crucifijo de márfil y un ópalo grande con su retrato.

A las tres de la tarde volvieron SS. MM. del castillo real á su propio palacio. La muchedumbre que llenaba el camino era inmensa,

semejante á un mar con su oleaje, y no es posible dar una idea del júbilo que conmovía todos los corazones; era más que en una fiesta nacional, era como una fiesta de familia para todos y cada uno de los súbditos. No había corazón que no tomara parte en la alegría comun.

La salud y el vigor de los ancianos emperadores, con que sobre llevaron tantas fatigas, hizo de este día una fiesta nacional y una solemnidad inolvidable.»

Un discurso de Julio Simon sobre la enseñanza.—El discurso del eminente hombre público francés Julio Simon al celebrar la distribución de premios de la Asociación de la Enseñanza Profesional de Lyon contiene grandes y provechosas ideas y noticias estadísticas sobre la Instrucción, interesantes á todas las naciones.

»Hace veinte años escribía: El pueblo que tiene las mejores escuelas, es el mejor de los pueblos; si no lo es hoy, lo será mañana.

«Tambien he dicho: Es preciso dar y más dar dinero á las escuelas; es preciso dárselo sin contar.»

Y sintiendo que acudían á su memoria infinidad de recuerdos sobre este asunto, dijo con el más conmovedor acento.

«Doy este consejo y yo no he podido seguirlo: es uno de los mayores pesares de mi vida. En 1872 preparaba el presupuesto de 1873 y mi ilustre é inolvidable amigo Thiers, me dijo:—No añadais un céntimo al presupuesto de instrucción porque no lo daré. Y es que se necesita explicar esto para comprenderlo. En ese gran ciudadano era un sacrificio enorme lo que hacía; lo sacrificaba todo por levantar en Francia, no sólo el crédito nacional, sino el honor nacional. El primer deber para él era hacer frente honrosamente á nuestros compromisos, levantar nuestro nombre, y lo ha hecho de tal suerte, que hemos salido de la crisis, no sólo con un crédito rejuvenecido, sino con honor y engrandecidos.

»Trabajaba, pues, con todas mis fuerzas por obedecer al señor Thiers y llegué con un presupuesto que sólo aumenté, vergüenza me dá decirlo—en cuatro millones. El, fiel á su palabra, rehusó secamente. Yo, fiel á mi sentimiento, presenté mi dimisión. Enseguida salí del Consejo.

»Apénas llegado á mi casa, encuentro al ministro de Hacienda, Leon Say. Había venido á escape para decirme: El Sr. Thiers y yo hemos buscado en todos los rincones de la caja, pero no hemos encontrado más que dos millones, y se los ofrecemos. Tómelos V. y retire su dimisión. No había medio de resistir, y recogí mi dimisión.

»En 1873 esperaba recuperar mis otros dos millones, pero no pude: se desembarazaron de nosotros ántes de que hiciéramos el presupuesto de 1874.

»Nuestros sucesores fueron más afortunados. Yo no pude tener dos millones y hoy se dan 10 millones, 15 millones, se dan 20 y aún 30 millones. Se da hoy largamente porque en Francia se cree, y se tiene razón, que es necesario dar millones á la instrucción sin arrepentirse.

»Francia, en 1830, gastaba sobre los fondos del Estado para la Instrucción del pueblo... ¡un millón! Y era un progreso desde la restauración. Hoy ese mismo presupuesto se eleva á 56.842,000 francos de los cuales toma la instrucción primaria, 30.400.000, y 8.679,000 la de segunda clase. Los departamentos han mostrado también un honroso celo por la instrucción. Los municipios, que no tenían escuelas, han seguido el movimiento. Las familias se distinguen también, pues pagan para la segunda enseñanza 65.605,965 francos, lo que jamás habían hecho en tales proporciones.»

Ocupándose de la enseñanza en la mujer no fué ménos oportuno é instructivo.

»Los 30 millones que el Estado consagra á la enseñanza primaria los reparte por igual entre la de ámbos sexos. Los 8.679.000 francos consagrados á la segunda enseñanza, son todos para los niños y nada para las niñas. No hay en Francia segunda enseñanza para niñas.

»Ustedes que están en Lyon á dos pasos de Ginebra, pueden fácilmente darse cuenta del colegio de niñas que allí hay y que da tan buenos resultados como el mejor de nuestros liceos.

»Uno de mis amigos, y casi diría de mis discípulos si no temiera incurrir en el pecado del orgullo, el Sr. Camilo See, ha depositado en la Cámara un proyecto para llenar este vacío.

»No hay razón en el mundo para que el Estado haga ménos sacrificios por las mujeres de los que hace por los hombres. Léjos de hacer una desigualdad *contra* las mujeres, si fuésemos cuerdos y justos, haríamos una desigualdad *en pro* de ellas.

»Las mujeres tienen más necesidad de instrucción que nosotros, porque necesitan compensar por más fuerza intelectual su falta de fuerza material, y además, porque nacen maestras por gusto y por temperamento. Y como al tiempo que dan la instrucción dan la educación, conforme más se eleven los destinos de Francia y de la república, más se habituará la sociedad á las costumbres de la probidad, sin la cual no se comprende la república.

»Si el Estado no da hoy más que ocho millones para la instrucción secundaria, en un porvenir próximo dará diez y ocho.

»¡Feliz necesidad la que nos fuerza á gastar millones! ¡qué de frutos enormes nos reportan! ¡Feliz brecha de nuestro presupuesto! ¡Excelente medio de hacer economías, dar sin tasa á la instrucción!»

La justicia en Francia.—Con razón se ha censurado á la extrema izquierda de la Cámara de Versalles su deseo de modificar radical-

mente la constitucion de los tribunales de justicia; pero la conducta de éstos no es el mejor argumento que pudiera emplearse contra aquel propósito. Véase una muestra de esa conducta en la relacion de un fallo dictado por el tribunal correccional de Baugé.

M. de Blois, alcalde de Houillé, fué acusado por haber hecho fijar en su municipio varios impresos en papel blanco y sin timbre con este título : *Protesta de los ministros del 17 de Mayo contra la órden del dia votada por la Cámara de los diputados*. Se le acusó de haber cometido tres faltas por ese hecho : Primera : fijacion de un impreso político ; segunda, empleo del papel blanco, reservado por la ley para los anuncios y avisos oficiales ; tercera, falta de timbre.

El tribunal correccional de Baugé ha condenado á M. de Blois á 16 francos de multa, haciendo preceder al fallo de algunos considerandos, en los que se afirma que la órden del dia de la Cámara, contra la cual protestaron M. de Broglie y sus compañeros, *es sólo la opinion de los 217 ciudadanos* (diputados que la votaron), *opinion que los franceses pueden ó no aceptar*; que «la libertad de la defensa proclamada por las leyes de procedimiento es un principio sagrado;» «que el alcalde de Houillé ha podido creer justo que hombres acusados de alta traicion se defendieran,» y que «debe considerarse una violacion de las leyes la decision que condenó á los ministros de 17 de Mayo.»

El *National* de París recuerda que, con arreglo al Código penal frances, delinque todo juez que llegue á inmiscuirse en el ejercicio del poder legislativo. Otros diarios piden al gobierno que someta la conducta del tribunal de Baugé al tribunal de casacion. Así se ha hecho, y el tribunal de casacion ha derogado los considerandos de esa sentencia.

Rebaja de contribuciones en Francia.—La contribucion territorial é inmueble va á ser rebajada en Francia, y el ministro de Hacienda, Sr. Say, ha presentado á la Cámara dos proyectos de ley encaminados á este fin.

El Estado frances carece, como el español y todos los demas católicos, de un catastro general, ó sea una estadística, planos y descripcion de cómo el territorio nacional está repartido, á qué está dedicado, y en qué condiciones se encuentra. Estos Estados, que nunca se han ocupado con interes en la hacienda nacional, se hallan como un propietario de inmensos terrenos, que al dia siguiente de heredarlos y sin conocerlos se le quemaran todos los documentos en que se describían, fijaban límites, historiaban y calificaban; sólo que el gobierno nunca se ha cuidado de reunir esos documentos.

Francia nos adelanta en sus esfuerzos por hacer ese catastro; pero se asusta ante la cifra de 250 millones de francos que ha de costar obtenerlo, además de ocho ó diez millones anuales para la conser-

vacion, y casi puede decirse que ha retrocedido. Tiene sí, como España, un cómputo más ó ménos aventurado sobre las cifras de sus bosques, campos, casas, fábricas, huertas; pero cálculos imperfectos hechos, como vulgarmente se dice, á ojo de buen cubero. En los detalles, Francia ya tiene algo hecho por el catastro; pero poco.

Si, pues, no hay un documento que dé conocimiento exacto de la riqueza territorial y urbana, ni de la edificacion, ¿cómo hacer reformas en la tributacion impuesta á esta riqueza? Todo el mundo reconoce en Francia que este impuesto está distribuido con irritante desigualdad. En una provincia paga más la propiedad, en otra ménos, y dentro de cada provincia á derecha se satisface un tipo, y á izquierda otro.

Para esto, el ministro de Hacienda frances, pide un crédito de un millon de francos que servirá á cubrir los gastos necesarios á hacer, por cálculos como hasta aquí ó por declaraciones, que no serán más formales, una revision de la reparticion que hoy tiene el impuesto territorial. Esta revision sólo comprenderá los terrenos sin edificacion y la harán inspectores de contribuciones directas de los más competentes de cada provincia. Sus trabajos, centralizados por el director de contribuciones, serán pasados á la diputacion provincial de cada provincia que los estudiarán y propondrán su modificacion si ha lugar á alguna. Estas observaciones y el resúmen de las operaciones en toda la Nacion, se someterán á una comision central con residencia en Paris y cuyos miembros serán designados por decreto. Por último, el trabajo de esta comision pasará á las Cámaras, con el proyecto de reparticion nueva de la contribucion territorial.

En lo que se refiere á la propiedad edificada, tambien ha retrocedido el gobierno ante la cifra de 8.500.000 inmuebles que tiene Francia y que habría que estimar, y para despachar más pronto, propone que los ayuntamientos formen y entreguen una lista de todas las nuevas edificaciones desde la última estadística, con el valor de su alquiler ó renta real, y sobre esta renta se impondrá el 5 por 100. Luégo, será de cargo de los ayuntamientos que la suma en globo que se pida quede distribuida entre las edificaciones, de modo que no paguen las nuevas más que las viejas, pues para esto disponen los municipios de sus catastros. Pero no todos los municipios tienen estos catastros serios y hechos por peritos, y por esto el proyecto de ley autoriza á las diputaciones provinciales para que designen los municipios donde deba procederse á operaciones catastrales.

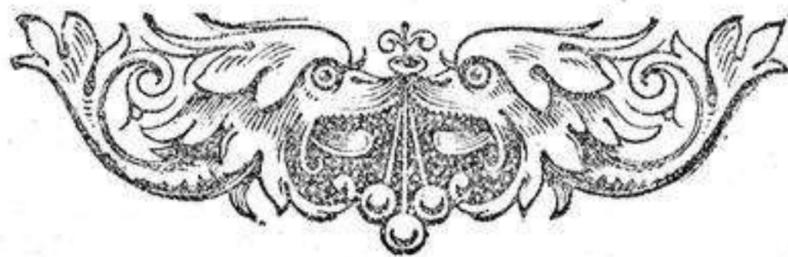
La contribucion territorial no es antigua en Francia. Se impuso en 1.º de Diciembre de 1790, calculando una renta territorial de 2.440 millones, á la que se fijó un impuesto de 240 millones, ó sea un 16,66 por 100. Desde entónces no cesó de bajar este impuesto: en 1799 no era más que de 183 millones; en 1805 de 175; en 1821 de 154. Y como la renta de la propiedad progresó al tiempo que dis-

minuía el impuesto, sobre ella, en dicho año, que se calculaba esa renta en 1580 millones y medio, se pagaba el 9,79 por 100.

Despues han venido los canales y ferro-carriles, y la propiedad territorial, como toda la riqueza pública, subió. En 1851, se calculaba la renta territorial en 2.540 millones y pagaba el 6,06 por 100, y la progresion siguió observándose; en 1874 una renta calculada de 3,959 millones y un impuesto de 168 millones ó sea el 4,24 por 100.

Desde que la Asamblea tuvo que buscar contribuciones extraordinarias á consecuencia de la guerra nacional, se expresó la necesidad de aumentar el impuesto territorial: el año 1876 se pidió por el gobierno un millon para los gastos de estadística necesarios para encontrar la relacion que existía entre este impuesto y la renta, con objeto de aumentarlo. Este año se pide el mismo crédito para conocer los errores y desigualdades con que se reparte y con objeto contrario al de 1876; para rebajar el total del impuesto.

Será una obra favorable á la agricultura que se queja creyéndose agobiada; una mano amiga tendida á los trabajadores que con tanto apresuramiento ven partir á sus hijos para la ciudad; pero si por otra parte se considera á la tercera república cayendo como sus predecesores en la rutina infecunda y ruinosa de pedir las estadísticas á sus funcionarios y no á la urgente, reclamada y riquísima obra de un catastro ¿qué de reproches no merecen los hombres de esta república? Porque seguir en el terreno de los cálculos, es no querer dar un paso firme para entrar en el campo de la verdad. Sancionar el error antiguo y perseverar en él. Y nunca por otra parte es mejor ocasion de acometer una obra, que cuando se tiene necesidad de ella.



ÍNDICE DEL TOMO XXI.

15 DE MAYO.

	<u>Págs</u>
Un amor fatal, novela, por <i>Julia Kavanagh</i>	5
La única tragedia de Aristófanes, por <i>Ricardo Blanco Asenjo</i>	23
El socialismo, fragmentos inéditos, por <i>John Stuart Mill</i>	34
La doctrina de la evolucion de las escuelas científicas, por <i>Joaquín Sánchez de Toca</i>	55
Análisis y ensayos.—Apuntes para la historia de la poesía latina, por el <i>Dr. Zingerle</i> .—La historia de la guerra de sucesion de España, obras de <i>Reinald</i> y <i>Gœdecke</i> .—Cuba en 1873, por el general <i>Piel-tain</i> .—España en los siglos XVI y XVII, por <i>Alfredo Morel Fatio</i>	92
Crónica de la quincena, por <i>Francisco de Asís Pacheco</i>	106
Miscelánea.—Exposicion de dibujos de la escuela de Bellas-Artes de París.—La próxima exposicion de Florencia.—El reinado del Padischah Soliman el Magnífico.....	123

30 DE MAYO.

Un amor fatal (conclusion), por <i>Julia Kavanagh</i>	129
Las ciencias en 1879 (Revista del primer trimestre), por <i>Ricardo Becerro</i>	146
El socialismo, fragmentos inéditos, por <i>John Stuart Mill</i>	166
La familia real de Egipto, por <i>Rolando L. N. Michell</i>	188
Análisis y ensayos —Correspondencia de Napoleon I con el rey José Bonaparte, publicada por el <i>Baron de Casse</i>	206
Crónica de la quincena, por <i>Francisco de Asís Pacheco</i>	218
Carta de Paris, por <i>Cárlos Bigot</i> : Paris está disgustado.—Los proyectos de M. Ferry.—Un manifiesto de M. Zola.—La última novela de M. de Goncourt.—Los orígenes del renacimiento en Italia, por <i>Sebhart</i> .—Salon de 1879.....	233
Miscelánea.—Los espiritualistas y positivistas y su doctrina sobre las causas.—Congreso literario internacional de 1879.—El firman de Mahomet II.—Un anuario artístico.—El Premio-Cortira.—Las catástrofes históricas y la interyencion de la Providencia en el gobierno del mundo.....	241

15 DE JUNIO.

	<u>Págs.</u>
La única tragedia de Aristófanes (conclusion), por <i>R. Blanco Asenjo</i> .	257
La doctrina de la evolucion en las modernas escuelas científicas, por <i>Joaquin Sanchez de Toca</i>	273
Cartas de China, por <i>Emilio del Perojo</i> .—El camino de Tientsin á Pekin.—Pekin; la ciudad; su aspecto interior.....	304
La familia real de Egipto, por <i>Rolando L. W. Michell</i>	321
Análisis y ensayos.—Historia contemporánea de Inglaterra, por <i>Justin Mac Carthy</i> .—Tres reformadores protestantes, por <i>Christiam Sepp</i> .—Filología comparada, por <i>Brinkmann</i>	345
Crónica de la quincena, interior y exterior, por <i>Francisco de Asís Pacheco</i>	357
Miscelánea.—La enseñanza intuitiva.—La cuestion del divorcio.—El proceso del folleto <i>¡Abas la Calotte!</i> —La Pascua de Pentecostés en el Norte de La Francia.—Península de los Balcanes (reseña geográfica).....	374

30 DE JUNIO.

El ataque del molino, novela por <i>Emilio Zola</i>	385
Campaña china en el Kharashar, por <i>C. A. de España</i>	404
Las lecturas públicas en Roma, por <i>Rafael Comenge</i>	423
El socialismo (fragmentos inéditos), por <i>John Stuart Mill</i>	435
La proteccion al trabajo nacional, por <i>Emilio del Perojo</i>	459
Análisis y ensayos.—Un adversario de la evolucion (<i>Samuel Butler</i>).—El poeta del hambre; vida y obras de Julio César Croce, por <i>Olindo Guerrini</i>	474
Crónica de la quincena, interior y exterior, por <i>Francisco de Asís Pacheco</i>	483
Miscelánea.—La casa de Austria y la casa de Borbon.—Las bodas de Oro (correspondencia de Berlin) —Un discurso de Julio Simon sobre la enseñanza.—La justicia en Francia.—La contribucion territorial; reformas de M. Say.	498

Madrid 30 de Junio de 1879.

Propietarios gerentes: **PEROJO HERMANOS.**

TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO
Mendizabal, 64.